

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 18 - 24 noviembre 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 416

NOSOTROS ESTUVIMOS EN BUDAPEST'

**NUEVE
PERIODISTAS
CUENTAN LO QUE
VIVIERON**

**EL DRAMA
DE HUNGRÍA
MINUTO
A MINUTO**

LA OPERACION «AMILCAR»

Un «dossier» secreto sobre
el ataque a Egipto (pág. 9)

C-4 H-10, un nuevo produc-
to para los hogares (pá-
gina 14) * Los siete de la
fragata «Asturias» (pá-
gina 19) * Alcántara, pueblo
de Extremadura (pág. 22) *
Entrevista con José María
Sánchez de Muniain (pá-
gina 29) * El «Ciudad de
Toledo», en Veracruz (pá-
gina 32) * Juegos Olímpicos,
Juegos Políticos (pág. 46) *
Alicante, una ciudad y dos
fechas (pág. 50) * Progre-
sistas, intelectuales y socia-
listas en busca de una he-
rencia (pág. 55)

HISTORIAS DE MARINOS
Novela por Fernando
Quiñones





ASI SE EMPIEZA

Un estornudo, un ligero golpe de tos o un poco de carraspeo no quiere decir que hayamos perdido la salud. Son, sin embargo, llamadas previsoras que debemos atender, como el silbato lejano de la locomotora, para apartarnos del peligro. Pongámonos a salvo, con EUBRONQUIOL, jarabe y comprimidos, que, además, de atacar la enfermedad declarada, previene contra los resfriados, la gripe y los catarrros.

Eficaz coadyuvante de los antibióticos.
Su médico se lo confirmará



EUBRONQUIOL

AFECCIONES DE LAS VIAS RESPIRATORIAS

Laboratorio: FEDERICO BONET, S.A. - Infantas, 31. - MADRID

Los húngaros han acorralado un tanque ruso y esperan la salida de sus ocupantes



“NOSOTROS ESTUVIMOS EN BUDAPEST”

NUEVE PERIODISTAS CUENTAN LO QUE VIVIERON EL DRAMA DE HUNGRÍA, MINUTO A MINUTO

RECOGEMOS aquí parte de las crónicas de nueve periodistas, corresponsales en Hungría, que han permanecido incommunicados del resto del mundo durante diez dramáticos días. Nada se sabía de ellos. Nada de su suerte. Las gestiones hechas desde los respectivos periódicos para tratar de seguir su pista resultaban infructuosas. El país, incommunicado por los rusos, bloqueado por divisiones acorazadas, era inaccesible al Occidente.

Estos periodistas vivieron en tensión esta semana y pico de incommunicación, terror y tragedia. Muchos de ellos imaginaron no poder

volver a pisar nunca tierra libre. Han visto y sentido el horror de la dominación soviética. Refugiados en las Legaciones, pasando por las calles de Budapest con el brazalete de su nacionalidad, cumplían con su oficio y su cometido. Ellos pudieron salvarse. Otros, como Jean-Pierre Pedrazzini, del «Paris Match», murieron por cumplir con su obligación.

Sus crónicas, dictadas desde las cabinas telefónicas vienesas, son un impresionante documento de primera mano de las dramáticas horas de Hungría.

“YA ESTAN OTRA VEZ AQUI”

LA gente estaba fuera, por la calle, y hablaban libremente y con algazara como si nunca hubiese conocido a la Policía Secreta, las delaciones, los procesos, los campos de concentración...

En los periódicos, escritores viejos y nuevos hacían el proceso del régimen que parecía haber caído definitivamente. Nadie tenía miedo de nadie. Todos discutían sus propias opiniones con el vecino de casa, con el amigo, con el viandante desconocido, con el periodista extranjero... Un aire de libertad y de occidentalismo parecía haber invadido a la capital húngara.

Una multitud amenazante se concentra en la plaza del Parlamento, delante del edificio que ha sido la sede del partido. Decían que en los sótanos se hacían refugiado, con las mujeres y los niños, trescientos agentes de la G. P. U. loc.1. La muchedumbre los ha rodeado y está dispuesta a que el hambre y el frío les obliguen a la rendición.

Los rumores de esta multitud aseguran que el edificio ha sido construido por un arquitecto moscovita que luego había sido ajusticiado, haciendo desaparecer los planos de las plantas, pasadizos y lugares secretos de las

partes subterráneas. Fábulas probablemente, pero entre cantos patrióticos húngaros y el entonar a veces de la «Marsellesa» parece que la multitud exaltada se enfrenta con el misterio y el mito de una nueva Bastilla que derribar.

Pero lo que no es una fábula es que aquel numeroso grupo de pretorianos rojos ha sido rodeado por una muchedumbre ululante deseosa de ajustarles las cuentas.

Otra cosa que se asegura cuando cesan los cantos es que esos esbirros de Moscú cobraban 10.000 florines al mes cuando el



Carros de combate soviéticos han despejado una calle de Budapest, dejando sobre el asfalto los cuerpos ametrallados de los patriotas

empleado y el obrero a veces ni siquiera ganaban 600.

En los sótanos del edificio del partido se han encerrado, según

se asegura, unos 300 pretorianos chequistas, pero por la calle se ha dado caza a muchos más. La venganza popular se ha

EMPIEZA LA CAZA DEL HOMBRE

BUDA no ha sido tomada aún. Los carros desfilan al otro lado del Danubio, por Pest, la ciudad nueva, sin rincones y con escasos escondrijos. A la batalla por las calles ha sucedido la esporádica de las ráfagas de metrallata. Los resistentes están en los tejados, detrás de las ventanas, cuyos cristales han sido ya rotos. Cuando los soviéticos localizan un foco de resistencia emplazan piezas de artillería contra el edificio en que dan señales de vida los patriotas.

La caza del hombre comienza, ya que la artillería trae detrás de ella a la Policía política.

Los niños, enrolados entusiastamente en la rebelión, se dispersan, se pierden y vuelven otra vez para lanzar «cocktail Molotov» sobre los carros de combate. Por

la noche la lucha contra el tanque soviético se ha multiplicado, tanto, que los blindados se dirigen a un parque común para evitar los atentados.

Con la luz del alba los blindados se movilizan otra vez y hacen temblar de nuevo al pavimento y aterrizan a las gentes. Pasan los puentes prohibidos a la circulación y, al otro lado del Danubio, comienzan a rodar los bastiones de la resistencia situados en las alturas. Hacen un fuego repetido.

El monte Gellert sucumbe el primero. Los jóvenes que, en esta altura, no tenían más municiones, caen en manos de los rusos después de haber encendido una gran hoguera para quemar las culatas de sus fusiles.

Dominado el monte Gellert, el

fuego de los tanques y de la artillería se dirige preferentemente al Var, que, después de unas horas de resistencia, este fuerte comienza a arder. En él está la guarnición de Ketchemet (llegada de su provincia para ayudar a la sublevación) y un fuerte número de jóvenes que se han improvisado en tiradores de la libertad húngara. Parece, en este momento, que el incendio se propaga.

Por las callejas de Buda encuentro a un hombre que camina con la mirada lejana. Le pregunto si voy bien en mi camino, y me responde en alemán: «No lo guarán vencernos. Nos podremos dispersar, pero volveremos a reunirnos. Esta lucha será renovada y continuará siempre.»

Llegamos a la estación de Dell, donde la lucha ha sido encarnizada. Hay dos vagones acribillados a balazos. Miro a derecha y a izquierda a los blindados soviéticos que montan la guardia. «Un día—me dice—habrá una tercera guerra mundial, y puede ser que sobrevivan a ella solamente diez húngaros. Pero serán libres como vosotros; como vosotros, que no nos habéis ayudado. Pese a que os hemos pedido socorro a grandes voces.»

¡Desgraciada Hungría! Millares de hombres están ya en la cárcel. En la estación del Este han sido almacenados muchos para enviarlos a Siberia.

La guerra caliente ha terminado y la fase política de la represión comienza. Es la caza del hombre por el hombre.

Dominique Auclares, de
«Le Figaro»



Parapetados en las esquinas, este grupo de heroicos húngaros cierra el paso a la invasión soviética



Apoyado sobre la valla de la calle este patriota ha sido ametrallado, pero aún hace un último esfuerzo por cargar su fusil en defensa de la libertad de su patria

UNA RAFAGA DE AMETRALLADORA

EN la Legación de Francia, donde se habían refugiado los periodistas franceses y algunos súbditos holandeses, austriacos y alemanes occidentales, asistimos durante cinco días y cinco noches a un horripilante espectáculo. Alrededor de la Legación numerosos tanques medios y pesados habían tomado posiciones para proteger las fincas vecinas a la Embajada rusa. También hubo en este barrio de las Legaciones algunos tiradores húngaros emboscados en casas particulares. Así, en el patio vecino de la Legación francesa oímos varios disparos de fusil. A cien metros de allí un tanque giró lentamente su torreta en dirección a la ventana del chalet de la Legación. Las personas refugiadas en la Legación, unas cincuenta, entre las cuales figuraban quince mujeres y niños, bajaron a la cueva. Un obús estalló —creímos— sobre nuestras cabezas. Había alcanzado la casa vecina y hecho volar en trozos las ventanas de una gran habitación del entresuelo. El tirador dejó de disparar. Una hora después, un camión transportó soldados con cascos hasta el patio vecino, de donde habían salido los disparos. Una mujer de rojo apareció en la puerta y condujo a los soldados al interior. Se oyó una ráfaga de metrallata. Minutos después salieron los soldados.

Así vivimos en la Legación francesa, transformada en campo de refugiados, cinco días y cinco noches, entre el estruendo metálico de los tanques rusos avanzando a ochenta kilómetros por hora en todas direcciones, entre las explosiones de los morteros y de los cañones del 100, entre las ráfagas de las ametralladoras pesadas.

El martes y el miércoles hizo su aparición la infantería motorizada. En numerosos barrios comenzó entonces la siniestra ope-

ración de limpieza. Rodeados por dos o tres tanques, y seguidos por camiones llenos de soldados de infantería rusos, se veía avanzar lentamente a diez o doce individuos de semblante siniestro, vestidos con impermeables de cuero marrón o negro, armados con metrallatas. Eran los de la A. V. O. —la Policía de Seguridad— que volvían. La furia popular se volcó contra estos A. V. O. en los primeros días de la revolución del 23 de octubre con una crueldad frecuentemente horrible. Colgados por los pies, degollados, apilados en horribles carnicerías, los A. V. O. habían sido ejecutados a centenares. Yo vi, algunos días antes de la invasión rusa, la caza de los A. V. O. por las tranquilas calles sobre las que paseaba a pie. De sótano, en sótano, de puerta cochera en puerta cochera, grupos armados se entregaban a la persecución de los A. V. O. para vengarse de diez años de terror y de crueldad. Fué un horrible ajuste de cuentas.

EMPIEZAN LAS DEPORTACIONES

Pero he aquí que los miembros de la A. V. O. supervivientes de esta matanza volvían a Budapest bajo la protección del Ejército soviético. He aquí que entraban en las casas, investigaban, detenían, transportaban a los camiones que les seguían cargamentos humanos. Y en seguida el rumor corrió por Budapest: «A los patriotas detenidos por los rusos y por los A. V. O. se les trasladaba a Rusia.»

Estos eran los únicos trenes que circulaban aún en este país, inmovilizado por la huelga general. Los trenes, cargados de prisioneros, salían, al parecer, de la estación del Este ocupada por los soviéticos después de una sangrienta batalla. Las casas, destruidas por los tanques en represalia contra los disparos aislados de

fusil. ¡Los patriotas conducidos a Rusia! El terror corrió de casa en casa, de calle en calle, de barrio en barrio.

Y el teléfono ayudaba a propagar estos incidentes. El teléfono fué uno de los milagros de esta guerra en una capital.

Porque nosotros esperábamos a cada minuto que la central telefónica de Budapest fuera destruida, o simplemente paralizada, por los rusos. Pero no ocurrió nada. Durante toda esa semana de horror, el teléfono funcionó en el chalet, que sólo fué aislado del extranjero. Y nosotros recibíamos llamadas telefónicas de amigos húngaros o de colegas de otra nacionalidad refugiados en su Legación.

—Hay dos tanques destruidos junto a nuestra casa.

—Los rusos acaban de demoler a morterazos la escuela de enfrente.

—Tiran hacia tal cuartel.

—No puedo hablar más; tiran mucho. Voy a salvarme al sótano. Hasta luego...

«Hasta luego» eran, a veces, dieciocho o veinticuatro horas en algunos barrios particularmente castigados.

UN MILAGRO: LA ELECTRICIDAD

El otro milagro fué la electricidad, que no faltó nunca —salvo en dos distritos, cuyas centrales o conductos principales fueron gravemente perjudicados—. Gracias a la luz podía vivirse en estas horas de terror, operar a los enfermos en los hospitales, y nosotros, aislados del resto del mundo, podíamos escuchar las radios extranjeras, única fuente de información del mundo exterior. Oíamos muchas noticias falsas sobre lo que pasaba en Budapest.

Michel GORDEY,
de «France Soir»

"EL MUNDO ENTERO NOS ABANDONA"

DURANTE la primera fase de los combates —entre el 23 y el 30 de octubre— la masa, en su furor y en su entusiasmo, fué, en efecto, a los lugares donde los insurrectos luchaban contra la Policía Política, contra los A. V. H., apoyados o no por los rusos. Ahora han vuelto a sus casas como agobiados por una calamidad sin remedio. El bulvar Tanacs está completamente desierto. Yo lo he atravesado corriendo. En la avenida Rakoczy, verdaderas barricadas se han levantado de nuevo, pero cerca de ellas no hay ninguna persona. Más lejos he encontrado a los primeros insurrectos armados de metralletas y apostados en las esquinas de las calles. Ningún vehículo, excepto algunos raros automóviles o ambulancias de la Cruz Roja. Una enfermera que viene a pie desde el hospital Saint Roch dice que los heridos comienzan a llegar. Se baten, al parecer, al lado de la estación del Este, y en el Sur, cerca de la plaza Calvin.

Un grupo de insurrectos definiendo una de las terrazas-balcones del teatro Nacional. Otro grupo, cerca de donde estoy parado, espera al borde de una calle. Dentro de un almacén des-

truido, y cerca de una barricada de adoquines, están preparando botellas de gasolina y granadas. Espectáculo patético el de estos hombres jóvenes —aparentemente obreros— que esperan mal armados detrás de un débil espectáculo llegado de los tanques soviéticos.

Todo aparece como si los rusos, después de haber acupado el Parlamento, los ministerios, Correos, la Radio, estuviesen en trance de avanzar sobre la periferia de Pest, a fin de continuar seguidamente por el Danubio, destruyendo todo delante de ellos. Yo continúo andando por el barrio que está al oeste del Rhin. Un hombre me dice en alemán: «Los franceses, muy bien. Pero nosotros no queremos a vuestros comunistas». Una mujer me grita: «No son periodistas lo que nosotros necesitamos; son soldados franceses lo que nos hace falta». Otra: «¿Se decidirán a hacer algo las Naciones Unidas? El mundo entero nos abandona».

Y, en efecto, es una impresión de abandono la que preside el sentimiento y la lucha heroica y desesperada iniciada por algunos millares de patriotas contra una máquina de guerra indestructi-

ble que se prepara a destruirlos.

Vuelvo sobre mis pasos. A lo lejos suenan las metralletas. Aquí todo está tranquilo. Un gato se pasea por la carrocería de un automóvil calcinado. Con las manos en mis bolsillos y sin sombrero me apresuro a llegar al hotel Duna. Cerca de la última esquina, a cincuenta pasos de mi hotel, una ráfaga de ametralladora levanta el pavimento cerca de mis pies. Afortunadamente para mí, el «tovaritch» de servicio ha tirado corto. Me he librado con un ligero temblor de piernas. Un siete en mi impermeable y una retirada sin dignidad al abrigo del muro han sido el balance final. Después de dos horas de paseo fácil, los últimos cincuenta metros me estaban prohibidos. Imposible entrar en el hotel.

Más tarde telefoneé al Duna. El conserje me informa que hay un cadáver delante del hotel y que un tanque soviético enfila la calle con sus cañones. Al día siguiente el muerto sigue todavía allí, lo mismo que el «tovaritch» de la metralleta.

«L'Aurore», por Pierre
Frédéric

DIARIO DE OCHO DIAS DE TERROR

FUI liberado ayer después de diez días de haber estado detenido por el Ejército rojo. Hice 120 millas hasta Austria en un pequeño coche negro tipo «Saloon».

Y he traído conmigo esto: el primer reportaje del asesinato de Hungría, la increíble y brutal supresión por mogoles asiáticos de una nación occidental.

Doy fe de cómo fué destruida una clínica de niños.

He visto cómo las tropas rusas mataban hombres, mujeres y niños que permanecían de pie haciendo interminables colas para comprar pan.

Y puedo decir que en esta noche del armisticio, aunque el movimiento revolucionario virtualmente ha dejado de existir, hay bandas de patriotas que aguardan a la oscuridad para matar a los soldados soviéticos.

Este es mi diario:

Viernes, 2 de noviembre.—Ibamos en un convoy americano lleno de hombres, mujeres y niños hacia la frontera austriaca. Cuando estábamos a diez millas de ella, nos encontramos con una columna de 45 tanques soviéticos, fusiles y rodeados de vehículos. La carretera hacia Viena estaba bloqueada por dos tanques soviéticos tipo «Tiger» rodeados por soldados rusos con bayoneta calada.

Entre la nieve, por las luces del coche, me recordaba las fotografías de la retirada de Moscú.

El jefe de los tanques rusos nos mando volver a Budapest. Dijo a un periodista que hablaba ruso y que iba con nosotros:

—Este no es momento de discutir, vuélvanse y vayan a Budapest.

Volvimos. No se podía discutir.

EL ESPAÑOL.—Pág. 6

Aquella noche la cosa estuvo quieta.

Sábado.—De casa en casa se murmuraba: «Los rusos van a volver». La ciudad estaba quieta. Los autobuses funcionaban. Y los húngaros comían sus bocadillos de mortadela y bebían su café con los fusiles entre las rodillas.

Domingo.—El fuego de la fusilería nos despertó a las cinco de la mañana. Nagi radiaba: «Este es mi mensaje a los húngaros del mundo...; ayudadnos». En una hora los tanques rusos habían cruzado los puentes, rodeado el Parlamento y alzado como una marioneta al Presidente Kadar.

Al mediodía nos trasladamos a la Legación británica. Se nos dijo que los rusos iban a arrasar Budapest si los revolucionarios no capitulaban inmediatamente.

A las dos de la tarde, los tanques empezaron a hacer fuego en Pest. Lo arrasaron todo. No había gracia para nadie. Y así tres días seguidos.

Mientras tanto, la aviación soviética bombardeaba los sitios donde los patriotas nacía horas y horas que luchaban. La lucha duró toda la noche. Nadie dormía.

Lunes.—Los tanques están en el centro de la ciudad. No se puede beber agua. Si los revolucionarios

eran encontrados en una casa, no sólo perecían ellos, sino que se asesinaba a todos los que estaban con ellos.

Ahora sabían bien que no había piedad para ellos. Estaban descorazonados. La revolución moría. Con ello moría en el pueblo la esperanza de una posible libertad. Los ingleses resultaban ahora impopulares. Los húngaros decían: «La O. N. U. nos ha dejado solos». Se nos acusaba de permitir otro Munich. Nunca me sentí tan mal como cuando paseé a través de aquellas calles vacías arrasadas y destruidas.

Sábado.—Por ahora tenemos un trozo de pan y una taza de té para desayuno. El lunch no existe, y para cenar nos dan una loncha finísima de hígado. La radio no hace sino decir que la gente vuelva al trabajo. Pero ellos no quieren. Hacen una pasiva resistencia.

Nosotros intentamos hacer que los rusos nos dejen salir de Hungría.

Domingo.—Libertad, y aquí escribo un epitafio en este «Día del Armisticio» a este gran pueblo.

LEOPOLD JOSEPH
(Del «Daily Mail»)

LA GRAN INCOGNITA ESTA EN EL CAMPO

UN fuerte grupo de insurrectos, atrincherados en el centro industrial de Dunapentele—la ex Stalinvaros— resisten aún a la hora de comunicar a las fuerzas acorazadas y a la infantería mogolica.

Numerosos ataques soviéticos han sido rechazados por esos pa-

triotas y los obreros parapetados dentro de las fábricas, amenazan las instalaciones si los soviets continúan en sus ataques.

La resistencia es desesperada y mientras continúa, el jefe del Gobierno fantoche, Janos Kadar, se ha entrevistado con Imre Nagy (el primer ministro por el

Ejército soviético) y con el ex ministro de Estado, Geza Losonczy (el primer ministro depuesto por el Ejército soviético) y con el ex ministro de Estado Geza Losonczy, en un supremo esfuerzo para volver a ganar la confianza de al menos una parte del pueblo húngaro.

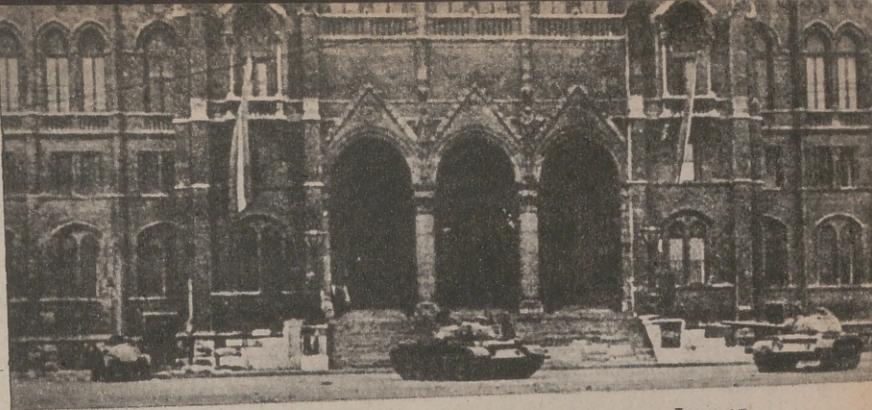
Kadar ha informado que mientras en provincias la situación es bastante tranquila no puede decirse lo mismo de Budapest, donde aun existen grupos de insurrectos. Ha asegurado que las tropas soviéticas y las de la Policía política comunista liquidarán, en dos o tres días, los grupos de insurrectos que aun se muestran activos.

También el jefe comunista húngaro ha descrito —en breves palabras— la situación en Budapest, donde la situación es catastrófica por la falta total de combustible. Centenares de casas han sido destruidas por los combates y millares de edificios han resultado dañados. En vastísimas zonas de Budapest no hay ni un solo cristal intacto y la gente no sabe cómo defenderse del frío.

Durante cuatro horas han permanecido abiertos algunos almacenes comunales de la capital y largas colas de gente famélica se han formado ante las puertas de estos edificios.

Las noticias oficiales rojas sobre las grandes destrucción que hay que reparar coinciden con lo visto por los corresponsales.

Parece que los combates propiamente dichos han terminado en la capital y que sólo, de cuando en cuando, se oye alguna rá-



Tanques rusos han acordonado el Parlamento húngaro. Las armas soviéticas dirigieron un debate sangriento y sin concesión al diálogo y a los derechos del hombre

faga de metralleta de algún obstinado insurrecto. Algunos dicen que no se trata más que de una tregua y que la lucha puede volver a reanudarse una vez se aclare la situación y los patriotas puedan reunirse otra vez para trazar una acción común bien organizada.

Es ahora en el campo donde está la gran incógnita. El mando ruso intenta que en los lugares rurales —donde no se ve, en muchos de ellos, ni la sombra de un policía— exista una organización de orden público roja. Se hacen llamamientos a los inscritos al partido comunista para que constituyan esa fuerza rural. Pero parece que ninguna, ni aun entre los que fueron comunistas convencidos, se presta a formar parte de esas partidas del terror

que se pretende tengan sus ramificaciones hasta en las más apartadas aldeas.

La impresión es que en esta tregua todas las gentes —o por lo menos la inmensa mayoría del pueblo húngaro— oponen a los rusos una sorda y obstinada resistencia y que el símbolo de la aplastante reacción soviética es precisamente el Gobierno títere de Kadar.

Es probable que una nueva fase de guerrillas sea la continuación de la lucha del pueblo húngaro por liberarse a sí mismo. A menos que la acción internacional de mundo libre pudiera hacer algo para salvar, de una vez y para siempre, a la heroica y mártir Hungría.

(Alceo Valcini, en «Corriere D'Informazione».)

“YA PUEDO CONTAR LA VERDAD”

EN la última semana, los rusos levantaron un muro de hierro alrededor de Hungría, cortaron las comunicaciones, hicieron virtualmente prisioneros a cien corresponsales del Este y entonces levantaron una serie de mentiras para decir al mundo exterior qué pasaba adentro. Por alguna razón, sólo bien conocida por la Policía soviética, los corresponsales del Este fueron de repente puestos en libertad, quizá por deferencia a la opinión del público internacional.

Ahora podemos contar la historia. La Unión Soviética ha actuado con extraordinaria crueldad, asolando una ciudad durante cuatro días, bloqueando la ayuda médica y reorganizando todo el régimen de terror que ha atormentado a los húngaros durante una década.

Cuando en el primer momento los patriotas húngaros lograron momentáneamente la victoria, pudo verse a los tanques soviéticos enarbolando banderas blancas de paz. Un periodista del Oeste siguió a dichos tanques; pudo ver que no iban lejos. Llegaron hasta el aeropuerto de Budapest con sus blancas banderas. La aviación húngara vió las blancas banderas, creyó en ellas y dejó a los tanques llegar hasta ellos. Entonces pudo ver cómo los tanques llegaban hasta el borde del campo, y alineándose tanque con tanque, cañón con cañón, se

apoderaban traicioneramente del lugar.

La aviación rusa estuvo automáticamente fuera de acción, el episodio del aeropuerto de Budapest no ha sido el único en el que se ha violado la bandera blanca.

Se estima que mil tanques tomaron posición alrededor de Budapest. Y en total en todo el país ha habido 1.100 tanques de 30 toneladas con cañones pesados de 122 milímetros; 3.300 tanques de 20 toneladas con cañones de 100 milímetros, y otros 1.100 de diez a quince toneladas con armas de 85 milímetros.

Ha habido también unos 155 cañones de 155 milímetros y unos cuantos de los cañones gigantes de 242 a 286 milímetros de la artillería de largo alcance.

Durante cuatro días, los teléfonos de la Legación americana, como los de otras, recibían llamadas desesperadas de los angustiados defensores preguntando cuándo llegaría la ayuda de las

Naciones Unidas. «No podemos sostenernos más que dos horas».

Los rusos no dejaban llegar envíos de medicinas. El 25 por 100 de los heridos que murieron podía haber sido salvado.

Cuando algunos de los corresponsales fueron llevados a los cuarteles soviéticos e interrogados para que les fuera permitido dejar al país, estas fueron algunas de las preguntas que les fueron hechas:

¿Cuánto gana usted?

¿Cuánto gana su padre?

¿Quién es el propietario de su periódico?

¿Es usted un comunista?

¿Qué piensa usted que ha pasado aquí?

Y en cualquier caso añadían:

«Tenemos información de un húngaro de que usted ha estado haciendo espionaje contra el Ejército soviético y, díganos en detalle con quién se ha puesto usted en contacto y le dejaremos marchar.»

Barrett McGurn, del «New

TRAS LAS ÚLTIMAS BARRICADAS

DE Budapest hasta Austria he hecho cincuenta kilómetros a pie. Utilicé todos los vehículos, desde el camión hasta la carreta de bueyes; he sido arrestado medio día por los rusos y atravesé la frontera al alba, después de errar toda la noche para encon-

trar el paso, a merced de una patrulla de vigilancia excesivamente celosa.

Centenares de húngaros nos suplicaron que los lleváramos con nosotros. Pasado el Danubio, y a la entrada de Buda, la atmósfera se tornó dramática. Amontonada

a lo largo de las calles la población nos saludaba; muchos lloraban. Para ellos nuestra partida significaba el final de toda esperanza. Nosotros nos íbamos muy lejos...

Todavía dos horas: el funcionario no está nunca, no aparece por ninguna parte. Es evidente que no tenemos ninguna esperanza de salir por los medios legales y, sobre todo, formando el convoy. Los que mantienen la postura legal discuten conmigo. Yo decido, con mi amigo el húngaro Stephan, intentar la salida a pie.

A las dos y media el convoy regresa a Budapest. Nos bajamos discretamente del coche que nos ha transportado hasta aquí para no ser acusados de traicionar el interés común, que para algunos no es otro que la imposibilidad de que nadie llegue antes que los demás. La aventura ha comenzado.

A poco de dejar un camión, que no podía continuar más adelante, vemos una batería rusa de 105

milímetros en posición a trescientos metros delante de nosotros. Están aquí para impedir un ataque probable de quinientos «desesperados», armados hasta los dientes, que vienen de Budapest.

Un gigantesco lugarteniente, tipo mogol, registra mi saco, examina largo tiempo mi crema de afeitar y, mientras me dice que en la vida civil él es conductor de tractores, ojea todos mis papeles, destruye las fotos que yo había sacado y me dice que Francia está en manos de los grandes propietarios.

Nos adentramos en la noche, pensando que ésta será nuestra última etapa. El aire es helado. Recorremos tres kilómetros mientras nos explican el camino: faltan aún quince kilómetros. Larga explicación que me parece confusa, pero mi amigo Stephan me dice que ha comprendido. En resumen, he aquí la noticia: un pequeño puente..., tres kilómetros... otro gran puente..., quinientos metros..., una casa de guarda forestal... La tierra está helada. Mi pie derecho sangra abundante-

mente. Stephan esta aún peor que yo. Nuestros progresos ahora son lentos. Avanzamos a pequeños pasos, de la misma forma que los danzarinés chinos. Al fondo, un puente de madera; a una distancia que nos parece interminable se destaca en la oscuridad. Es la medianoche.

A las seis de la mañana nuestros pies están completamente helados y nos duelen todos los miembros. Volvemos a recorrer el camino de la noche y, milagrosamente, la vida parece normal. El forestal que nos acompaña marcha delante de nosotros y nos habla del antiguo propietario, el duque de Esterhazy, que poseía una finca de ciento cuarenta y dos mil acres. Delante de nosotros, el puente del canal, y, trescientos metros más lejos, los últimos miradores de la frontera húngara. Stephan tiene lágrimas en los ojos. Nos abrazamos. Sin él yo estaría todavía al otro lado...

Alain DE SEDOUY,
del «Paris-Presse»

SALGO DEL INFIERNO HUNGARO

DURANTE tres días de huida he tratado de sacar conmigo de Budapest —hoy en día rápidamente cerrado para el resto del mundo— una de las historias más grandes y dramáticas de la Europa contemporánea.

La historia de la magnífica lucha de Hungría por la independencia nacional, de su bárbara lucha, no es un último episodio épico. Es, sobre todo, una tragedia.

El jueves, cuando salía con el coche de Budapest, a través de calles patrulladas por los tanques rusos, la corta historia de la alegría de la liberación se había convertido en negro luto.

La gente vivía una vez más bajo el signo del miedo. Las calles y plazas estaban otra vez dominadas por el Ejército soviético.

Ahora, la Policía del Gobierno impuesto por Rusia, bajo el mando de Kadar, hace investigaciones de casa en casa.

Cuatro terroríficos días y noches de Budapest.

Con los ojos llenos de terror, sin dormir, cara a los enloquecidos suplicios de la renovada ocupación rusa, han luchado contra los nuevos bolcheviques invasores desde las últimas calles, tras las últimas barricadas de piedras y tranvías volcados.

Todavía el martes último los fusiles rusos, desde la colina de Gellert, hacían fuego en las manchas aisladas de resistencia que se defendían entre las ruinas del castillo de Buda.

Cuando me marchaba de mi ho-

tel, el Duna Hotel, en el que más ventanas habían sido destrozadas por las balas rusas, el cuerpo de un paisano que había sido muerto el domingo último, aún yacía tal cual en el lado opuesto. He aquí un símbolo de lo que la fuerza bruta ha hecho con Hungría. Pero estoy seguro de que esto no es sino un desfallecimiento temporal.

El espíritu que preparó el levantamiento del 23 de octubre no perecerá bajo el fuego y los tanques soviéticos.

Mientras me preparaba a salir de Hungría, los tanques rusos, en patrullas, se metían por todas partes. El ruido de sus tirotesos se entremezclaba con el del rodar de la artillería ligera y pesada.

Dondequiera que fueran atacados por los rebeldes que hacían fuego sobre ellos desde ventanas y tejados, ellos contestaban destruyendo bloques enteros de casas.

Tuve una última cita con el jefe de la resistencia húngara:

«Por favor, salga de aquí lo antes que pueda, si es que puede, dijo, y diga al mundo que todavía no estamos vencidos. La lucha continúa.»

Cuando salía en el coche de Budapest pude comprobar que a duras penas había casa sin graves daños.

Las calles y anchas avenidas estaban erizadas de vidrios rotos, postes de telégrafos y de luz derribados junto a tanques rusos destruidos, cientos de cadáve-

res, algunos medio quemados, que yacían donde habían caído.

Detrás de mí dejaba 20 000 muertos, de los cuales la cuarta parte eran soldados rusos.

En el suburbio de Upjest casi evité un choque entre los carros rusos y los obreros de una factoría.

Al llegar a la frontera, los guardas me dijeron: «No le queremos a usted aquí.»

Espere hasta tarde y pude tomar un viejo ferrocarril que me condujo hasta Estergom.

Hablé con mucha gente del pueblo. Estaban tristes con las noticias de los asaltos rusos y llenos de miedo por lo que esto pudiera significar para ellos. Muchos de los que habían tomado parte en la nueva administración organizada por el Gobierno revolucionario temían un arresto.

Una vez cruzado el Danubio, pensé que el camino hasta Viena debía de estar libre. Pero en Győr, a 60 millas de la frontera, una patrulla soviética de carretera me detuvo. Junto con otros periodistas, fui conducido por guardias armados hasta el distrito militar de Győr.

Me quitaron las notas que llevaba encima y fui interrogado por los oficiales de la MVD. Pareció ser que andaban buscando «agentes revolucionarios» responsables de la situación actual.

Al llegar la noche, me soltaron. Así pude llegar a la frontera austriaca.»

Basil DAVIDSON
(Del «Daily Herald».)

SUSCRIBASE USTED A

LA ESTAFETA LITERARIA

Un año: 100 pesetas. Seis meses: 50 pesetas :—: Administración: Montesquiza, 2 - MADRID

LA OPERACION "AMILCAR"

Tropas francesas en Port Said. Al fondo, un barco hundido en el Canal



UN "DOSSIER" SECRETO SOBRE EL ATAQUE A EGIPTO EL "LOBO DE NEGUEV", EN EL DESIERTO DEL SINAI

Por el apodo de «lobo de Neguev» es conocido el general Moshe Dayan, comandante en jefe del Ejército de Israel. Su rostro hace honor a ese sobrenombre. De rasgos duros, sin un gesto de cordialidad, tiene el ojo derecho vaciado de un balazo y se cubre la órbita con un trozo de cuero negro.

—Yo observo con mi ojo derecho, pero mando a mis tropas con el izquierdo—decía horas antes de lanzar a los israelíes al asalto de Egipto.

Era la tarde del mes de octubre

y estaba Moshe Dayan esperando órdenes de París y Londres para pasar la frontera en los sectores de El Auja, El Kuntilla y Ras el Akab, situados entre la costa mediterránea y el puerto de Eilath.

Días antes, Tel Aviv había puesto en pie de guerra a cerca de 250.000 hombres. Para mantener el secreto de la movilización, los reservistas eran llamados por medio del teléfono o por telegramas. A altas horas de la noche, los enlaces subían y bajaban escaleras para avisar a los movilizados.

—Es el sargento mío el que aca-

ba de llamar a la puerta; mé ordena que le siga—comunicaba un ingeniero, en pijama, a su adormilada esposa.

Los propietarios de automóviles recibían de la misma manera instrucciones para conducir sus vehículos a determinados puntos de concentración. Los agricultores tenían que presentarse con los caballos y mulos de su propiedad, a fin de ponerlos a disposición de la autoridad militar.

Tres fechas antes de la agresión a Egipto, Israel estaba a punto. La sorpresa política y militar que-

daba asegurada. Únicamente tenía que llegar la orden de París y Londres para arremeter contra Egipto. Una orden estudiada y elaborada con puntual meticulosidad por los señores Eden y Guy Mollet desde muchas semanas atrás.

Pero los prohombres del ataque fingirían hasta el último momento que no se hallaban confiados.

—No había acuerdo previo entre nosotros—se apresuró a declarar Selwyn Lloyd, secretario del Foreign Office británico.

El eco de su colega en el Gobierno de Israel se escuchó pronto:

—Es inesperada la intervención de Inglaterra y Francia.

—No ha existido «orquestación» en los dos ataques—diría Guy Mollet, inventando una palabra musical para ocultar los manejos iniciados meses antes, cuando el pueblo francés se bronceaba al sol en las playas, ajeno por completo a lo que se tramaba a espaldas de sus diputados, elegidos democráticamente.

LA OPERACION «AMILCAR», EN MARCHA

Ahora todo está en claro. Lo primero que hicieron Londres y París para planear el ataque fué bautizarlo con un nombre evocador, a fin de mantener en secreto sus propósitos. Fué el señor Eden quien se sacó de la manga la palabra «Amilcar» para encubrir los «dossiers» de la operación contra Egipto. Guy Mollet, que tiene siempre sobre su mesa de trabajo un ejemplar de las obras de Shakespeare, tenía preparado el nombre de un héroe del autor inglés; pero dió su asentimiento a Eden para que «Amilcar» encabezara los planes.

Desde el mismo minuto y hora en que el coronel Nasser, el 25 de julio de 1956, anuncia la naciona-

lización por Egipto de la Compañía del Canal de Suez, medios influyentes de Francia e Inglaterra empiezan a madurar la idea de propinar un escarmiento al político egipcio. Hacia fines de julio y primeros de agosto son precisamente los diplomáticos quienes defienden a ultranza una intervención armada. Los militares eran más prudentes, entre otras cosas, porque juzgaban que un desembarco no se podía improvisar en veinticuatro horas ni en ocho días. El Alto Mando británico informó que precisaba, al menos, treinta y tres fechas, para emprender una acción ofensiva contra El Cairo, mientras el francés con diecinueve creía tener bastante.

Mientras se celebran las Conferencias de Londres sobre el problema de Suez se organiza la Asociación de Usuarios y se hace un llamamiento al Consejo de Seguridad, se van enviando a Chipre hombres y armas. Los tanques se iban pintando del mismo color amarillento de la tierra en la zona del Canal. Navíos de las Escuadras británica y francesa echaban el ancla en aguas chipriotas de Famagusta. En Clermont-Ferrand se imprimían billetes «de ocupación» para ser puestos en circulación a la llegada de las tropas a Egipto.

La actividad diplomática de aquellos días no bastaba para distraer la atención pública de los refuerzos militares que incesantemente se concentraban en la isla ocupada por los ingleses. El 21 de septiembre, después de la segunda Conferencia de Londres, que se liquidó con el acuerdo para constituir la Asociación de Usuarios, los planes de la intervención militar pasaron a primer plano. Pineau regresa entonces de la capital británica descorazonado por los indecisos resultados diplomáticos obtenidos.

Pineau no descansa a partir de ahora para convencer a Londres de que es urgente buscar el apoyo de las armas si se quiere salir airosos del trance. Y así, el 23 de septiembre, los dos Gobiernos, de la mano, elevan el «caso» al Consejo de Seguridad, manobra esta que, en su fuero interno, no pretendía otra cosa sino hacer creer al mundo en los propósitos pacíficos y en el espíritu benevolente de quienes estaban mientras tanto engrandando el mecanismo de la agresión. Aquel mismo día, Anthony Eden y Selwyn Lloyd se trasladaban a París para estudiar mano a mano con Pineau y Mollet los detalles de la operación «Amilcar». En esas conversaciones París asumía el papel de instigador, y Londres, de melancólico asociado. Para unos, «Amilcar» significaba liquidar de un golpe la rebelión argelina y la seguridad en el norte de África; para los otros, la vuelta a los modos y maneras de la rutilante era victoriana, cuando el estampido de los cañones de un buque de Su Majestad imponía la «Pax Británica» en todas las costas de un océano. Aunque las dos partes tenían su interés en la feliz realización de los planes «Amilcar» las dos, sin embargo, disientan acerca de la ejecución.

ISRAEL Y EL IRAK, EN LOS PLANES FRANCO-BRITANICOS

Mas astucia que prudencia iban a derrochar París y Londres en el empeño. Guy Mollet acaricia la idea de lanzar antes a otro Ejército contra Egipto, para respaldar la intervención francobritánica. El país elegido es Israel, el enemigo histórico de los árabes.

Francia da el primer paso. Se invita oficialmente a Menachim Beigin, antiguo terrorista y cabecilla de los israelíes, a pronunciar

Fuerzas de Policía de las Naciones Unidas, en el momento de desembarcar en el aeródromo de Nápoles, con destino a Egipto





En una de las fotografías se ve al coronel Asaf Simchoni y a Moshe Dayan, jefe supremo de las fuerzas de Israel, en el momento que éste se dirige a sus tropas después de la conquista de Sharem Sheikh. En la otra fotografía, unos árabes descansan en las ruinas de Port Said

un discurso en plena Cámara de Diputados, honor éste poco frecuente para un político de un país extranjero. Al mismo tiempo, embarca secretamente con destino a Israel 30 aviones a reacción, tipo «Mystere». David Ben Gurion en Tel Aviv, no puede ocultar su satisfacción al saber que Francia envía armas, y dice en público, imprudentemente:

—Al fin, hemos encontrado un amigo sincero.

El embajador norteamericano en la capital de Israel se queda muy intrigado al tener conocimiento de aquellas palabras, y envía una nota a Ben Gurión, tratando de saber quién es el amigo en cuestión. Pero el Gobierno israelí no responderá nunca a esa comunicación.

Londres, por el contrario, maduraba otros planes. Eden era partidario de empujar al Irak contra los egipcios. Los ingleses llevaban mucho tiempo, con tesón realmente británico, tratando de encender la rivalidad entre esos dos pueblos. Y pensaba Mr. Eden convencer al Gobierno del Irak para que invadiera Jordania, aprovechando las elecciones de este país, con el pretexto de protegerla contra un supuesto ataque israelí. Una vez invadida Jordania, Egipto llegaría a las manos para impedir que la supremacía en el Oriente Medio pasara al Irak.

A la vista de estas disparidades de criterios, nada tiene de normal que los dirigentes francobritánicos se separasen de las reuniones celebradas en París sin llegar a un acuerdo sobre la táctica a seguir para justificar la intervención armada. A poco, el Gobierno francés empieza a tener las primeras pruebas de que Eden está lle-

vando a cabo sus teorías. El «premier» británico sugiere, a primeros de octubre, que Israel acepte la paz con los países árabes, basándose en el plan de fronteras propuesto en 1947, lo que significaba que los israelíes renunciarían a los territorios conquistados en la pasada guerra con los árabes. La reacción no tarda en producirse. Tel Aviv hace público que tal proyecto significa la guerra.

Londres sigue adelante. Pero surge lo imprevisto: Jordania, al sentirse amenazada, vuelve sus ojos hacia Egipto, en lugar de buscar la protección del Irak. Es este un acontecimiento de primerísima magnitud, que echa por tierra las ilusiones inglesas y que deja tambaleándose la posición de Londres en el Oriente Medio. Por si fuera poco Ben Gurión pronuncia un discurso que sorprende a todos, en el que no ataca ni a Jordania ni al Irak, sino solamente a Egipto. El señor Eden ha visto derrumbarse todo el castillo de sus ilusiones para encender la mecha de la guerra en el Oriente Medio de acuerdo con la política británica. Es preciso dar marcha atrás y prestar oídos a los argumentos franceses si «Amílcar» se ha de llevar a la práctica.

El 16 de octubre es el día de la decisión. Eden y Lloyd toman el avión de París para entrevistarse con Pineau y Mollet. Cinco horas ininterrumpidas, conversan los cuatro sin ningún otro testigo. Es ahora cuando se llega al acuerdo de respaldar el ataque de Israel. Los franceses aseguran a los británicos, con toda clase de argumentos que los israelíes están dispuestos a provocar una guerra «defensiva» Eden y Mollet reparten entonces el botín de la

empresa armada, como buenos amigos. Para Israel se reserva la zona de Gaza y una rectificación favorable de sus fronteras con Jordania. Los francobritánicos se instalarán nuevamente en el canal de Suez, derribarán al coronel Nasser y su régimen y se instalará en El Cairo un Gobierno fiel y sumiso a los vencedores. Mollet sale radiante de la entrevista, y como las alegrías y las penas son difíciles de ocultar, tarda poco en hacer unas enigmáticas declaraciones.

—El país debe tener confianza en mí. Algo va a suceder antes de finales de año. No puedo decir más, porque se trata de un secreto diplomático que he de respetar.

El señor Eden se guarda bien de comunicar los proyectos a Washington. Tampoco dirá nada a los Gobiernos de la Commonwealth, ni a los miembros del Parlamento, ni a sus correligionarios del partido conservador. Solamente Selwyn Lloyd está al corriente. Aprovecha el momento el secretario del Foreign Office para decir seriamente al electorado británico: «El Gobierno tiene fundadas esperanzas de llegar a un acuerdo pacífico sobre el problema de Suez».

De cara a Estados Unidos, la misma reserva y cautela. Cuando el 25 de octubre Israel comienza su solapada y silenciosa movilización, los agregados militares norteamericanos advierten que sus colegas franceses e ingleses evitan toda oportunidad de un encuentro o cambio de impresiones. Los agregados militares francobritánicos confiesan que saben tanto de los preparativos israelíes como los propios estadounidenses.

A la hora misma en que la opinión pública mundial está sobre-

codiga por la gesta del pueblo hungaro, el general tuerio israeli Moshe Dayan da la orden a sus tropas de marchar sobre Suez. Pero el objetivo que le interesa es la zona de Gaza a su derecha, en el lado que tiene su unico ojo para «observar». Y hacia ese objetivo lanza sus mejores tropas, tratando de cercar a las dos divisiones egipcias alla estacionadas, a los 22.000 soldados mejor adiestrados de Nasser, a la mitad de su Ejercito en armas.

Guy Mollet estaba, mientras tanto, trabajando en su despacho oficial, con el libro de Snakespear al alcance de la mano. Anthony Eden hablaba de los Juegos Olimpicos en la cena que ofrecia en su residencia al «premier» de Noruega. Los dos, sin embargo, esperaban impacientes que algun secretario les presentase el despacho con la noticia de la ofensiva desencadenada por Moshe Dayan.

La cena concluye en Londres y Eden acompaña sonriente al politico noruego hasta la puerta. El automovil de este arranca. Eden deja de sonreír y se retira al interior. Pero en ese mismo instante llega un taxi y desciende de él un hombre muy agitado.

—¿Quién es?—preguntan los fotografos ingleses.

—Chauvel, el embajador de Francia.

Anthony Eden recibe ahora la noticia del avance israeli.

UN CORTE AL EJERCITO EGIPCIO

Al dia siguiente se celebra una reunion extraordinaria del Consejo de ministros frances. Su duracion es limitada. Guy Mollet pone al tanto de los acontecimientos a los asistentes.

—Señores, me voy a Londres. Estad de acuerdo para intervenir en Gran Bretaña decide una accion militar.

El Consejo asiente y son Chaban-Delmas, Mitterrand y Defferre quienes llevarán la voz cantante.

Guy Mollet se dirige al aeropuerto a fin de poner las ultimas cosas al ultimatum que se va a dirigir a Egipto. En Downing Street con Eden se puntualiza bien: «Las fuerzas egipcias deben alejarse 16 kilometros al este y al oeste del Canal, donde nosotros vamos a ocupar tres ciudades para garantizar la libertad de circulacion».

Nasser no podia aceptar. Era una imposicion humillante y significaba además dar un corte al Ejercito egipcio por la mitad. Representaba esa pretension dejar aisladas de las bases de aprovisionamiento a las unidades que combatian contra los israelies. Era entregar inermes 22.000 hombres, todos los que se encontraban en la peninsula de Sinai, abandonarlos en el desierto sin agua, sin posibilidad de municionamiento.

Entregado el ultimatum a los embajadores israeli y egipcio, Eden puede presentarse ya con hechos consumados en los Comunes.

El «premier» británico, mientras la oposicion le zarandea con una violencia y una agresividad pocas veces conocidas a lo largo de la historia parlamentaria inglesa, piensa que la operacion «Amílcar» será un triunfo militar sin precedentes.

El general Keightley, que manda desde Chipre las fuerzas fran-

cobritánicas, dispone de unos efectivos superiores a los cien mil hombres. Son ingleses cuatro batallones de paracaidistas, ocho de Infanteria, un Regimiento motorizado, una brigada de «commandos», la Tercera Division de Reserva Estratégica, el Regimiento blindado de Life Guards, el Tercer Batallon de la Guardia y el Primero de Infanteria Ligera del Somerset. Además, la VII Division de guarnicion en Alemania Occidental y otras unidades procedentes de la metropoli y de Gibraltar. Son de Francia unos ochocientos mil hombres elegidos entre las tropas más aguerridas de Argelia.

La potencia de las fuerzas navales y aéreas es considerable. La Escuadra británica se ha reforzado por una flota francesa compuesta por una treintena de unidades, entre las que se encuentran un acorazado, un crucero y tres portaaviones. El conjunto de la Aviacion es muy superior al que podrian reunir todos los pueblos árabes del Oriente Medio.

Los efectivos puestos en linea por Israel son más fuertes que los de Egipto, Jordania y Siria juntos. Son 16 brigadas y tres unidades de paracaidistas, con tanques modernos y 100 aparatos de Aviacion.

Frente a este despliegue enemigo, Egipto contaba con tres divisiones de Infanteria y una agrupacion acorazada, con medio millar de carros de combate de procedencia británica, norteamericana y rusa, además de un centenar de vehiculos blindados checoslovacos. Su Aviacion reunia 170 aparatos de caza y 50 bombarderos.

PORT SAID: UNA SANGRIENTA BATALLA

Tres mil bajas y 350 prisioneros franceses afirman los egipcios que han hecho a los francobritánicos cuando éstos se deciden, tras varios dias de bombardeos aéreos, a poner el pie en la zona del Canal.

El dia 5 de noviembre, a las siete y media de la mañana, el mando francobritánico arroja la primera oleada de paracaidistas sobre Port-Fuad, Gabbanah y Gumeil. Los egipcios defienden la zona con una division de Infanteria reforzada por dos batallones de defensa costera y paisanos armados. Según El Cairo las fuerzas de esa primera oleada estaban totalmente aniquiladas tres horas después.

A las once se arrojan más paracaidistas y una hora más tarde se repite la operacion. Otra oleada cae en territorio egipcio a las 14.30. Los combates son duros y se cierra la jornada con los francobritánicos hechos fuertes en las zonas de Gumell y Port-Fuad, pero sin dominar Port Said.

Al dia siguiente tiene lugar el desembarco naval. Las primeras luces del alba descubren en el mar a la flota aliada, que se habia aproximado a la costa al amparo de la oscuridad. Las unidades inglesas están al oeste y los franceses al este de la linea que prolonga el Canal en el mar. En primer plano, a menos de dos kilometros de la costa, se hallan los torpederos «Berberg», «Tourage» y «Sudanés». A retaguardia, los barcos de asalto están en movi-

miento y cierra la marcha el crucero «Georges Laygues», que ondea la bandera del contralmirante Lancelot, jefe de la fuerza naval francesa. A su lado está el grupo de sostén con el coloso «Jean Bart», el «Casard» y el «Bouvet», protegidos por buques de escolta.

Fuera del alcance de la vista, se alinean los portaaviones británicos «Eagle», «Bulwark», «Albion». Dos viejos portaaviones: el «Thesus» y el «Ocean» se han convertido en portahelicópteros y se han agregado al escalon avanzado.

En conjunto son 200 navios de diversas clases, desde las 40.000 toneladas hasta la barca anfibia.

Rompe fuego la Escuadra hasta las siete de la mañana. Las barcas de desembarco se aproximan a tierra. Las cisternas de petróleo arden en los puertos y grandes columnas de humo se remontan al cielo y llenan de sombras la costa.

Se combate encarnizadamente y al caer la noche los francobritánicos tienen en sus manos los depósitos de agua de Port Said y se lucha en sus calles. La Aviacion egipcia hace acto de presencia y castiga las posiciones enemigas. Al sur de la ciudad, las tropas de Nasser se defienden con ventaja. Se hace fuego de casa en casa, de esquina a esquina. El coronel Abdel Nasser diria sobre estas operaciones, dirigiéndose al pueblo en la mezquita del Ahzar:

—Cuando mister Eden anunció la rendicion de Port Said, lo hizo sólo para calmar las enérgicas protestas de su país, pero la verdad era que Port Said no se habia rendido ni se rendirá. La propaganda anglofrancesa quiso sembrar la escision en nuestras filas; dijeron que la solidaridad árabe no existia. Dijeron también que los ejércitos de la Arabia Saudí y Jordania no entraron en combate en cumplimiento de los pactos suscritos. En realidad, el Rey Ibn Saud me ofreció la participacion de su Ejercito en la lucha, lo mismo que el Rey Hussein de Jordania. Decidimos no aceptar estas ofertas ya que esas fuerzas tenían que proteger y defender las fronteras árabeisraelies. Todo el mundo árabe está con nosotros. Basta decir que estos países sacrificaron sus fuentes de riqueza basada en el petróleo para privar a Gran Bretaña y Francia de este vital combustible.

Según el propio coronel Nasser, el mando egipcio decidió preservar la aviacion y emplear sólo la artilleria antiaérea. Los aviones destruidos en los aeropuertos no eran más que aviones de madera y arpilleria. Y así en la fase decisiva de la batalla de Port Said, los francobritánicos se encontraron con la desagradable sorpresa de ver aparatos egipcios en perfecto estado y orden, tomando parte en la defensa. El material de guerra perdido ha sido sustituido por el de los depósitos ingleses que habia en la zona del Canal.

—Los comunicados aliados estaban llenos de mentiras y de inexactitudes—ha manifestado el coronel Nasser—. Los últimos decían que las bajas anglofrancesas se calculaban en cien. Basta decir para desmentirlo que el corresponsal del periódico inglés



Tropas inglesas controlan a la gente nativa en el barrio árabe de Port Said

«Daily Mail», que fué testigo de la batalla de Port Said, afirmó que veía a los paracaidistas caer muertos por el fuego de los egipcios antes de llegar a tierra. El lago de Mansola es testimonio de los cientos de cadáveres enemigos...

EL PRECIO DEL DESEMBARCO

Al aceptar Israel y Egipto el plan de las Naciones Unidas para establecer en Oriente Medio una fuerza de Policía internacional, Inglaterra y Francia dan también la orden de «alto el fuego».

Según el Cuartel General de Chipre, franceses e ingleses tienen en su poder 40 kilómetros de los 162 que cuenta el Canal. Pero el balance de la operación «Amilcar», tan meticulosamente preparada por Eden y Mollet, no parece serles muy favorable. No hay grandes triunfos que apuntar en el haber.

En primer lugar, si uno de los motivos que impulsaron a París y Londres a romper las hostilidades era asegurar el tránsito por el Canal, resulta ahora que esta vía de comunicación no estará libre de obstáculos en unos seis meses.

—En Port Said mismo hay por lo menos dieciocho unidades hundidas, entre ellas tres grúas flotantes, dragas, remolcadores y el buque de salvamento «Pollux». En los kilómetros cuarenta y cincuenta y dos hay otras dos dragas hundidas. En el kilómetro sesenta y ocho se ha volado el puente Del Ferdan y los restos han caído sobre las aguas. Una barcaza con cemento se ha sumergido en el kilómetro ochenta y siete. Cerca del Inar Rojo hay numerosas embarcaciones de mucho tonelaje sumergidas—ha declarado M. Gambier, técnico del Canal.

Los efectos de la «protección» francobritánica se han dejado sentir en sus propios países, donde se imponen restricciones de carburantes líquidos.

Por cuanto respecta a las víctimas de la guerra, de fuente inglesa se dice deben de haber llegado a cerca de 15.000 los muer-

tos, en su mayoría egipcios. Buena parte de éstos pertenecen a la población civil, debido a los bombardeos de Port Said, Port Fuad, Ismailia, El Cairo y Alejandria. El número de heridos se hace ascender a 75.000. Según informaciones israelitas, la acción de sus armas ha matado a 3.000 soldados egipcios y reconocen 150 muertos y 600 heridos en las fuerzas de Israel.

El bolsillo del contribuyente británico va a recibir un buen impacto por la puesta en práctica de los planes de Eden. No menos de un centenar de buques se han utilizado para llevar de la metrópoli a Malta y Chipre refuerzos de guerra. De Southampton a Nicosia se han transportado por lo menos 150.000 toneladas de carga neta durante el período preparatorio, y a mediados de octubre se habían echado por la borda unos tres mil millones de pesetas.

Luego hay que sumar el río de oro que supone el movimiento de la Armada, de la Flota aérea, el material destruido, la munición gastada... Hay más aún. La inutilización del Canal supondrá un encarecimiento acusado de la vida por el aumento de los fletes.

CAPODICHINO. UNA ETAPA HACIA SUEZ

El «alto el fuego» supone, asimismo, la evacuación de las tropas francoinglesas y de las israelíes del territorio egipcio, y su sustitución por una Policía internacional dependiente de las Naciones Unidas.

Para cumplir este cometido se cuenta con la oferta de las pequeñas potencias que no tienen intereses directos en el Medio Oriente ni en el Mediterráneo. Nueva Zelanda, Colombia, Noruega, Holanda, Dinamarca, Finlandia... han brindado a la Organización internacional unidades de sus fuerzas armadas.

El aeropuerto de Capodichino, en Italia, es punto de escala para los aviones procedentes de los cuatro puntos cardinales que transportan los efectivos que van

a Egipto para asegurar el orden. A las 23.10 del día 9 se posaba en las pistas de aterrizaje un voluminoso «Globe Master», del Ejército estadounidense, que llevaba a bordo a la primera expedición de la Policía internacional.

Esperando a las fuerzas estaban el comandante del campo, el prefecto y el cónsul de Dinamarca. Desembarcan pronto doce oficiales y cuarenta y ocho soldados daneses, todos ellos voluntarios para cumplir esa misión. Van vestidos con uniforme de tipo inglés, boina verdosa, cartucheras de lona y mochila, también de color verde. Forman de tres en fondo y el pequeño ejército desfila ante las autoridades y son trasladados en un «Pullman» al cuartel donde esperarán órdenes para dar el salto a Egipto.

La Compañía Suisse Air ha recibido la misión de organizar un puente aéreo desde Capodichino a Egipto, a fin de transportar a los contingentes que seguirán llegando a este punto de Italia, cercano a Nápoles, y etapa previa antes de la meta de destino. Cuarenta días se calcula que se emplearán hasta tener en la zona del conflicto a todos los efectivos de la Policía internacional. Para ella se están confeccionando unos brazaletes con la inscripción: «Fuerza de Emergencia de la Organización de las Naciones Unidas». El general Burns canadiense, que tiene bajo su mando a ese ejército de la paz, ha declarado:

—Estas fuerzas cumplirán, fieles a la O. N. U., su importante misión para el porvenir del mundo.

No podía pensar el señor Eden, cuando elaboraba la operación «Amilcar», que la acción anglofrancesa iba a abrir el paso a los soldados del general Burns y que el coronel Nasser seguiría en El Cairo al frente de su pueblo. De haberlo previsto, se habría ahorrado mucha sangre y muchas otras cosas.

Alfonso BARRA

C₄ H₁₀: UNA NUEVA FORMULA PARA LOS HOGARES

EL GAS BUTANO, UN COMBUSTIBLE LIMPIO, COMODO Y BARATO

PASE, por favor. No se fije en la casa. Está hecha un asco. Es lo primero que dicen las amas de casa cuando no les gusta que sus visitantes vean la casa por barrer y encima de la basura alguna que otra silla desvencijada. Sobre la silla, una botella de acero. Una botella gorda, panzuda y que suena a hueca. Dar a ella con los nudillos significa oír a hueco. No es que esté hueca. Esa botella de acero—parece a primera vista una garrafa para el vino—está apretadamente llena. Llena a presiones desorbitadas. Como lo puede estar el oxígeno en balas alargadas, al parecer dispuestas para un bombardeo sobre cualquier ciudad enemiga.

—Pase por aquí. A lo mejor tropieza, pero es que estamos de reforma en la casa.

Me lo había dicho antes la portera.

—Los del cuarto izquierda están de reforma porque van a poner una cocina de gas.

—¿De gas?

—Sí, de ese nuevo que hay ahora; se cambian las botellas en la Campsa y otra vez hay gas. Lo que no sé es cómo se llama el gas.

Gas butano. Al otro día la portera me dijo cómo eran las botellas, cuánto pesaban aproximadamente—porque para eso ella las levantó del suelo—y cómo era el nuevo infiernillo. Ella misma había puesto todos los flamantes aparatos en el ascensor y los había mandado al cuarto. Después se metió en la portería y se sentó detrás de los cristales a esperar vecinos.

—¿Sabe usted? Los del cuarto izquierda han comprado una cocina de gas butano.

Ya se sabía el nombre del combustible. Y su utilidad. Y que con el gasto equivalente a cinco pesetas diarias en gas butano, tres o cuatro personas hacían las cuatro comidas del día.



El manejo de las botellas del gas butano es sencillo y no ofrece ningún peligro

UN HORNO QUE AUN NO SE SABE ENCENDER

En la puerta de la casa los albañiles esperaban la hora del trabajo. Fueron llamados al cuarto para desmontar la antigua cocina de lumbre, que ya no servía. También ellos hablaban de la nueva cocina que sólo necesita un hornillo y una botella de acero conteniendo gas. La botella la subieron con cuidado. Con mucho cuidado, porque esas cosas tan comprimidas en un envase de acero les preocupa.

No tanto como a la dueña del piso, que ahora sólo tiene que abrir la llave de paso de la botella de acero y encender el hornillo. Lo demás se deja para el gas. Sin embargo, la dueña del piso quiere hacer ver a sus visitantes que la casa está hecha un asco, porque hay que desmontar la antigua hornilla de lumbre construida a base de ladrillos y de piedra, encima las chapas de hierro.

—¿Ve? Voy a encenderle las tres bocas para que se dé cuenta de cómo funciona todo esto. No tiene complicación alguna.

La botella, en cualquier rincón de la cocina. En el más apartado,

para que no estorbe. Un tubo de acero de medio metro de alto por bastante menos de grueso. Un sencillo conducto de plexiglás y, por último, el hornillo. Los hay que no se diferencian de los normales de petróleo o gas del alumbrado. Tres bocas para la salida del combustible. Ni más ni menos. Se pueden colocar encima de cualquier mesa de cocina.

Otros son algo más complicados. Forman un mueble metálico de un metro de altura. Arriba, las bocas de salida; abajo, un recogido horno con diversos departamentos: para el asado, para la repostería...

—Lo malo es que aún no sé cómo se enciende el horno. Aún tengo algo de miedo en probar.

La cocinera ha puesto sobre el hornillo una sartén con aceite. Después echa la sal sobre las patatas aún crudas. En pocos minutos el aceite está caliente. Humea. Está a punto para freír. La botella de gas butano se queda sola en un rincón de la cocina. Como si de ella no dependiera la comida del día.

«C-4 H-10». Ni más ni menos. Acaba de aparecer una nueva fórmula en algunas cocinas de los



En este recipiente, que parece un cántaro, hay combustible para varias semanas, limpio y barato



Cualquier cocina de gas puede ser acondicionada para el empleo del butano, el combustible del día



La C. A. M. P. S. A. suministra gas butano para usos domésticos

hogares españoles. Una fórmula que no ha despertado aún la curiosidad de muchas cocineras porque pocas de ellas la saben descifrar. Ninguna cocinera se ha recogido todavía el delantal mientras se inclina con esfuerzo para leer C-4 H-10 en una botella de hierro. Pero muchas conocen ya el resultado de esas botellas a la hora de hacer la comida: gas butano igual a menos tiempo de cocción, menos combustible cocinero, más limpieza en el servicio, más economía y más a la mesa. Ahora sí que se puede decir en verdad que donde se sientan a comer cinco, caben seis. Todo gracias a la nueva fórmula en las cocinas de algunos hogares españoles. Una nueva comodidad para un hogar cómodo: el gas butano, C-4 H-10.

CALOR, LIMPIEZA Y COMODIDAD

La idea de emplear el gas butano como combustible nació más allá de nuestras fronteras. Más arriba de los Pirineos. Primero fué Francia. Después, Italia. Hoy en Francia y en Italia no se conoce otro estilo de cocinas que las que se alimentan de butano. Por

dos razones: porque este gas no admite competidores más baratos y por la limpieza en que se pueden mover con él las cocineras. Esto sobre todo. Hacer la comida con limpieza es el primer mandamiento de cualquier ama de casa que quiera enseñar un guiso especial a su vecina.

Casi al mismo tiempo que Francia e Italia, Norteamérica se decidió por las cocinas con gas butano. Aquí las posibilidades eran mayores, el gas más abundante y los agentes de publicidad y de venta más convincentes.

Poco antes de la aparición de estas cocinas los norteamericanos habían construido un oleoducto desde Chicago a San Luis, por el que era transportado el metano, y ahora lo será el butano. Ya no hace falta, pues, que las refineries de petróleo estén próximas a los centros de consumo. Ni el transporte del gas en camiones. Los oleoductos están a la orden del día.

El butano es un gas incoloro y de olor débil. Se produce en grandes proporciones en el «cracking» del petróleo. El «cracking» es un proceso de fraccionamiento de una molécula en otras de peso molecular mucho menor. Por con-

siguiente, el butano es un subproducto petrolífero. Su empleo es muy diverso. Desde servir como iluminativo en los faroles callejeros hasta convertirse en productos muy parecidos al caucho. En este caso recibe los nombres de Buna, Perbuna y Neopreno. Estos cauchos sintéticos son más resistentes al calor, a los aceites minerales y a la acción del tiempo.

Pero, sobre todo, el butano puede ser encerrado en cilindros a presión. Es entonces cuando aparece en los hogares y en las cocinas. Por derecho propio. Por su elevado calor de combustión.

EL BUTANO ESPAÑOL

Hizo su aparición en España cuando Cartagena dió el gran paso en la industria española con su refinaria de petróleo de Escobreras. Un formidable complejo industrial a pocos kilómetros del centro urbano. Escobreras está a punto de convertirse en una de las principales factorías de Europa en su género.

Se ha logrado iniciar la reacción en cadena característica de toda industrialización. Uno de los eslabones de esa cadena es el gas butano. El primer eslabón está a

muchos kilómetros de Cartagena: en el Oriente Medio, de donde viene a España el petróleo.

Hasta ahora la cantidad de butano producida en Escombreras era muy escasa. Mucho más que en Francia o Italia. Pero el hecho de haber aumentado notablemente ha hecho pensar en la distribución del citado gas, que hasta ahora se quemaba en la famosa «antorcha» de la refinería cartagenera, encendida día y noche desde hace algunos años.

Cartagena está a punto de convertirse en un importante centro distribuidor. La producción de butano se cifra actualmente en varias toneladas.

Casi a flor de tierra acaba de aparecer en algunas regiones españolas. Sobre todo, en la cuenca del río Guadalquivir. Las nuevas obras de encauzamiento del río dejaron al descubierto una formación de gases metano y de su derivado, el butano. Nada tiene esto de extraño. Acababa de dejarse paso al viejo «gas de los pantanos».

A la vez que en la cuenca del Guadalquivir, en el pueblo navarro de Gastiain hizo su aparición el butano. Las exploraciones petrolíferas le abrieron paso. Por esta causa—y por ser este gas un subproducto petrolífero—se creyó en la existencia de petróleo. Sin embargo, puede venir a flor de tierra el butano, sin que por eso haya de venir después el petróleo.

BOMBAS PARA LOS HOGARES

Bombas pacíficas. Sin el menor peligro de explosión. Es la modalidad que requiere el butano para entrar en los hogares españoles. El primer eslabón está ahora en Cartagena. Allí se cargan estas bombas de butano. Las carreteras españolas ya conocen a muchos camiones transportando esas armas pacíficas. Después, el último eslabón está en los hogares españoles. En un apetitoso asado o en el agua caliente para el baño.

Madrid ya conoce bastantes cocinas montadas a base de gas butano. Es la nueva aplicación del C₄ H₁₀. Valencia conoce muchas más, porque en la capital levantina no existe el gas corriente del alumbrado.

Para montar una cocina de butano no hace falta echar abajo ningún tabique ni levantar otro nuevo. Basta con implantar un hornillo nuevo y junto a él, la bomba. Cuando se agota ésta, se vuelve a llenar.

Hoy, en los países en que se ha divulgado el empleo del butano, se utilizan botellas de acero en dos tamaños. Las más pequeñas tienen una capacidad para abastecer de combustible a bajo costo, durante un mes, a una familia normal.

Con la producción de gas que se espera alcanzar en Cartagena se calcula que se necesitarían 200.000 botellas de esa clase para obtener un abastecimiento regular.

Mientras tanto, las botellas no señalan cuándo están a punto de quedar vacías. Unas botellas que no suben a medio metro. En forma de bombonas corrientes. En el cuello, un manurreductor para regular la presión. En el bolsillo de las amas de casa, sólo cinco pesetas diarias—tres o cuatro personas a la mesa—, que es el término medio de gastos para el nuevo combustible.

UNA BOTELLA DE BUTANO SIRVE PARA MUCHAS COSAS

Hasta ahora la producción de butano en España no sube de las decenas en toneladas. Por eso la industria está en espera. No puede contar con el gas como combustible. Haría falta una considerable producción y una red de distribución. Es costoso el transporte de las botellas de acero por carretera.

Por eso, hasta ahora, sólo los hogares y sus cocinas han impuesto la nueva modalidad. No es lo mismo alimentar a una fábrica de accesorios o de neumáticos que a tres o cuatro de familia.

—Ni el hornillo de gas, ni el de petróleo, ni el de lumbre, puede aventajar a los nuevos.

Habla un propietario de la nueva cocina de gas, adquirida sólo hace tres meses. Son diez de familia. Llenar una botella de butano les cuesta noventa pesetas. Les dura veinte días. Después, se renueva y en paz. A seguir cocinando.

Otras veces, cuando van de excursión al campo, se llevan el nuevo hornillo y la bomba. Todo cabe perfectamente en el portamaletas del coche. Y aún sobra sitio para una manta que después se extiende por el suelo y para los cartuchos de arroz. También para los juguetes de los niños.

Es la nueva modalidad que va a revolucionar incluso las excursiones al campo. Ya no habrá que buscar leña ni protegerse los ojos contra el humo pesado de las fogatas en espera del arroz. Bastará una botella de butano y un infiernillo singular: tres bocas para quemar el gas.

—Una para las grandes cacerolas. Ya lo ve. Las otras para calentar agua en un pequeño cazo. Y hasta para asar una gamba o dos a la plancha.

Es la costumbre de husmear por la cocina probando todo, antes de sentarse a la mesa.

EL HOGAR ANTES QUE LA INDUSTRIA

La utilización del gas butano

no lleva consigo peligro alguno de explosión o intoxicación. El butano roba menos oxígeno que cualquier otro gas corriente.

Al principio de su utilización en los hogares valencianos, algunas amas de casa se vieron afectadas por hemorragias y pequeñas intoxicaciones. La causa no tenía nada que ver con el gas. Las amas de casa, no acostumbradas aún a la nueva cocina, encendieron a la vez braseros de leña. Los arrinconaron y no se acordaron más de ellos. Se produjo el clásico «tizov» de los braseros, y las consecuencias no tardaron en llegar.

Después de los hogares le llegará el turno a la industria. Cuando el butano cuente su producción por centenares de toneladas y cuando los oleoductos estén desparramados por el territorio nacional. O cuando aparezca en abundantes proporciones el petróleo en España. Mientras tanto, se impone la espera. E tal vez le ha tocado al hogar antes que a la industria.

Y al hogar, después que a los libros científicos. Aún puede verse muchos de ellos que dicen textualmente, del butano ni más ni menos: «Un hidrocarburo alifático de algún interés científico, pero de ninguno industrial».

De esto, no hace muchos años. Los suficientes para que en España se instalara la refinería de petróleo de Escombreras y comenzaran a llegar a Cartagena barcos cargados del preñado «oro negro», procedente del Oriente Medio.

Los suficientes años para que en la refinería de Escombreras comenzara a quemarse, en la famosa «antorcha», el gas que entonces no servía para nada. Si acaso, para darle una vuelta hacia abajo una vez salido de la chimenea, y volverlo a utilizar para el recalentamiento de las grandes calderas. Un subproducto del petróleo que hasta hace poco sólo servía en Escombreras para refinar el mismo petróleo. Después, se dejaba escapar sin otra utilidad.

Aquellos años se han acortado. Ya no se quema en la «antorcha» cartagenera porque no había más remedio que quemarlo. Ya no se deja libre para que se diluya en los aires que refrescan las altas chimeneas. De ahora en adelante, tiene una finalidad industrial. Tanto más remunerativa, cuanto mayores sean las probabilidades de aplicación a la industria nacional.

Pocos años faltan, muy pocos, para que el nuevo producto—tan viejo, por otra parte, como el mismo «gas de los pantanos»—diga su última palabra en la economía nacional.

Juan J. PALOP

(Fotografías de CORTINA)

LA ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA DEL MUNDO ARTISTICO Y LITERARIO LA ENCONTRARA EN LAS PAGINAS DE

"LA ESTAFETA LITERARIA"

Lea usted este interesante semanario. PRECIO: 2 PESETAS

Para caballero

Distinción y elegancia en las novedades de punto son las características que ofrece nuestro Departamento en su amplia colección

**SUETERS, JERSEYS, PULLOVERS,
CHALECOS MODELO SASTRE,
CARDIGANS...**

**NUEVAS CREACIONES EN LAS QUE
PREVALECE LA LINEA RECTA**

Pullover lana Australia, sin mangas	217 ptas.
Sueter abierto, fantasía	435 ptas.
Pullover manga larga, pelo camello	750 ptas.

Toda una inmensa gama de prendas seleccionadas y cuidadosamente realizadas para el hombre elegante

PLANTA TERCERA

PIDA CATALOGO

ENVIOS A PROVINCIAS

El Corte Inglés

"DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO"



RUSIA Y LA MACHTPOLITIK

Por Camilo Barcia Trelles

HE aquí el punzante contraste que al observador atento y no fácilmente impresionable brinda el mundo internacional, a lo largo de unas semanas que reputamos decisivas para la plural causa de la paz y la estabilidad: el mundo se agrieta con estrépito y semejante resquebrajamiento pretenden los míopes elevarlo a la sorprendente categoría de coyuntura adecuada, para adentrarse en lo que constituiría insensata tarea, alimentada por la peligrosa práctica del sistema de los hechos consumados. Actuando de ese modo, la paz inestable, que se nos ofrece, como único y lamentable fruto posbélico, va a parecerse dentro de poco algo así como una esperanza esfumada, cuyo éxodo dejaría en nuestro ánimo el amargor de la nostalgia y el desamparo del vacío, como única imagen siniestra de ese futuro cuya difícil predeterminación de tal modo nos angustia.

Lo precedentemente aseverado hace innecesario consignar lo que, ello no obstante merece específica mención y es lo siguiente: aquello que se consideraba como plural mácula posbélica (el momentismo y el inmediatismo) se agravó visiblemente en las últimas semanas en términos innegablemente impresionantes, y si el mundo posbélico, a lo largo de una década, ha vivido exclusivamente a base de acciones y reacciones (alimento polémico de un pernicioso ocasionalismo), en estos días últimos el inmediatismo ha tornado a ser puesto a la moda. Así, el fenómeno posbélico de la celeridad de las desactualizaciones se ha fortalecido con evidente intensidad, y el sucederse de las medidas de fuerza, amparados sus patrocinadores en lo que estiman erróneamente como propicias coyunturas, aún más que como reacción episódica, debe ser considerado en función de un mañana respunteado por toda suerte de incertidumbres.

Explicablemente, tras esas alusiones de carácter genérico, consideramos oportuno referirnos a determinados problemas, desgarradores e insoslayables a la vez. Estamos aludiendo, como habrá presumido el lector de EL ESPAÑOL, a los acontecimientos de Hungría, no para destacar lo que hay de monstruoso en la despiadada yugulación practicada por Rusia en tierras magiars, sino con el específico propósito de sentar deducciones que la explicable pasión reactiva de quienes condenan la brutalidad soviética no permite consignar.

Los que desde tierras occidentales europeas han querido nutrir una sospechosa inclinación neutralista o especular en torno a un impremeditado tercerismo, consideraban excusable su posición sospechosamente marginalista, aduciendo, como causa explicable de una sedicente prudencia, la existencia del fenómeno posbélico que se ha dado en rotular como «guerra fría» y que dialécticamente articulaban del siguiente modo: Rusia, desde los diálogos de Teherán, sin discontinuidad, ha retenido en sus manos la iniciativa, limitándose el llamado mundo libre a producirse en función de las que se consideraban como inevitables iniciativas rusas. El propio Foster Dulles, antes de ser secretario de Estado, no ha logrado liberarse de los efectos de ese espejismo e incluso ha ido a buscar en el lejano precedente de una Filípica de Demóstenes lo que pudiera servir como elemento aclaratorio de por qué Rusia, desde 1944, ha logrado retener en sus manos la iniciativa.

Suponemos que a estas horas tal curiosa exégesis se habrá derrumbado en el orden dialéctico e incluso tal hundimiento pudiera decirse que se nos ha ofrecido con visible estrépito. La verdad es que Rusia, ni en la época staliniana, ni después de registrada la excomunión del autócrata georgiano, ha hecho otra cosa que actuar atendida a la práctica de un puro episodismo y, a nuestro entender, resulta imposible construir una política internacional de amplio alcance, cuando dialécticamente no disponemos de otro artilugio que el ofrecido por la obsesión de prolongar indebidamente lo que, en esencia, no resulta ser otra cosa que una mera interinidad. Esa contradicción aún se acentúa más si pensamos que es portador de tal inclinación momentista un país al cual, con razón o sin ella, se le ha atribuido el ambicioso designio (referido a la época zarista) de construir su política internacional, con base a la puesta en práctica de constantes históricas.

Lo anteriormente consignado destaca aún más claramente si recordamos de qué modo Rusia elevó a la categoría de norma de acción el satelitismo. Esa actividad expansiva, manifestación específica del más cruel de los colonialismos, es portadora de tal número de elementos contradictorios, que quien lo practica, en definitiva, no hace otra cosa que cavar su propia sepultura. Un sistema de imperialismo descarnado que a los diez años de su instauración se hunde, al parecer de modo irremediable, constituye prueba evidente de su impracticabilidad. Sólo es dable imaginar una posible galvanización de tal sistema si a la «Machtpolitik» patrocinada y practicada por Rusia no opone el mundo occidental (como ha sido el caso hasta el presente) otra reacción que la muy lamentable de ahondar sus dimensiones e incluso al amparo de la crisis sustancial que hoy padece la Unión Soviética, frívolamente se adentra en el peligroso sendero de los hechos consumados.

A una política internacional de fuerza, tapadera inútil de una crisis que resulta ser de imposible eliminación, es preciso contraponer algo más que la dispersión, hoy claramente perceptible en determinados medios diplomáticos del mundo occidental y que constituye deplorable realidad, a contar del día en que la Asamblea Nacional francesa inhumó el Tratado de 1952, que instituyó la Comunidad Europea de Defensa. Aquel sepelio ofrecía a la Gran Bretaña adecuada coyuntura que el Gobierno de Londres no malogró—para imponer a Occidente la versión anglica y, por ende, insular, de lo que Albión considera definición específica del problema europeo. Así resulta que cuando un colonialismo—el ruso—se nos muestra a la vez como monstruoso e impracticable, a Francia y a Inglaterra no se les ocurre cosa mejor que resucitar la que fuera cordial inteligencia, basada en la liquidación de una rivalidad colonial secular, a expensas del mundo ultramarino y en beneficio de las dos metrópolis. Es así como hacen cóctano acto de presencia los dos colonialismos de la hora presente: el ruso y el francobritánico; ello también explica por qué se ha percibido más de un motivo para establecer conexión y mutua relación de dependencia entre lo sucedido en Budapest y lo registrado en Port-Said.

La fragata «Asturias»,
1857-1908



LOS SIETE DE LA FRAGATA "ASTURIAS"

MEDIO SIGLO DESDE EL PUENTE DE MANDO

DIECISEIS ASPIRANTES Y UN BARCO CON HISTORIA

SON las cinco de la mañana. En dársena de El Ferrol se mece nuevamente la fragata «Asturias» de tres palos, sin blindaje. La fragata es gemela de la «Almansa», que mandó Sánchez Barcáiztegui en El Callao durante las guerras coloniales. Ahora sirve de Escuela Naval flotante.

El corneta se ha vestido al comienzo del último cuarto de guardia. Treinta segundos antes de las cinco y media de un día cualquiera de este invierno de 1906 suena la diana rompiendo el silencio y apagando el suave quejido de las costillas de madera de la nave.

En un pequeño camarote duermen los dieciséis aspirantes de la última promoción que ha de pasar por esta fragata. El Gobierno cierra las puertas de acceso a la Armada detrás de estos dieciséis marinos que duermen en literas superpuestas dentro del breve camarote. Ellos serán, durante los seis años que duró la decisión los portadores del viejo y glorioso espíritu de la Marina española y los que en 1912 transmitirán a los nuevos aspirantes las lecciones de ética naval y del espíritu heroico del Arma. Ellos revivirán las historias maríneas que contaron los

Bastarreche, los Concas, los Eulate, los Barroso, los Fery que a las órdenes de Méndez Núñez se batieron en El Callao otro 2 de mayo de 1866.

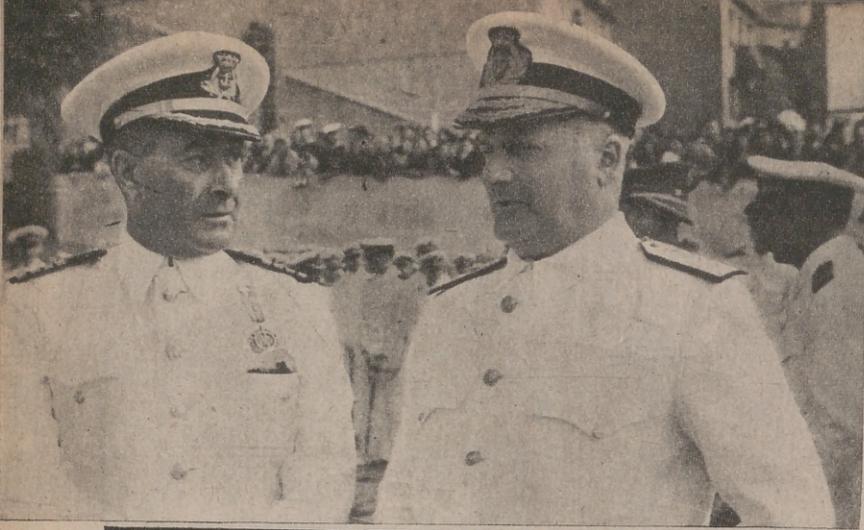
Como ha recordado recientemente uno de aquellos aspirantes, don Emilio Suárez Fiol, hoy inspector general de Servicios Marítimos, la corneta repetía mentalmente en la cabeza de cada uno de los dieciséis con una letrilla desenfadada: «Levántate Aspirante que las cinco son y viene el comandante con su levitón. Si viene que venga o deje de venir, que se vaya a... cubierta y me deje dormir».

A las seis menos cuarto se formaba para la primera revista. Pronto se terminaba la lista de los dieciséis. El contramaestre va recitando los nombres por el apellido único y más familiar; a veces, otras por los dos: González Aller, Díaz del Río, Rotaache, Sartorius, Suárez Fiol... y las respuestas breves y uniformes se sucedían rápidamente: Presente... presente... y el mar daba el eco oportuno lamentando a babor y a estribor con idéntico ritmo. ¡Mille, Lucio Villegas, Guimerá!, seguía el contramaestre, Cano-Manuel, Tajuelo



Arriba: Don Francisco de Rotaache.—Abajo: El conde de San Luis, dos veteranos en la Marina española





Don Guillermo Díaz del Río, junto al almirante don Francisco Rocha

100 BECAS GRATUITAS

SORTEADAS QUINCENALMENTE HASTA EL 31 DE DICIEMBRE

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA

CCC

AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL NUMS. 35, 36 y 37

SAN SEBASTIAN

INGLES	CONTABILIDAD
FRANCES	TRIBUTACION
ALEMAN	CALCULO Y REDACCION
LITERATURA INGLESA	TAQUIGRAFIA MECANOGRAFIA
LITERATURA FRANCESA	ORTOGRAFIA
CON DISCOS (NORMALES O MICROSURCOS)	CULTURA GENERAL
SIN DISCOS	RADIO JUDO
	DIBUJO ARTISTICO
	CORTE

CORTE O COPIE ESTE CUPON

Nombre _____

Domicilio _____

Localidad _____

Provincia _____

Marque con una X la casilla que le interesa, indicando el curso o cursos preferidos.

REMITALO A **CCC**
APARTADO 108 - (156)
SAN SEBASTIAN

Lapique, Arnáiz, Nieto, Bausá, y cargaba el acento hasta hacer familiar un nombre al estilo de la Marina.

A las seis de la mañana tenían una hora y media de estudio. A las siete y media desayuno y segunda revista. Los profesores habían subido a la nave algo antes de las ocho y sus lecciones duraban hasta las once y media de la mañana. Luego se almorzaba y se bajaba al Arsenal para continuar sobre tierras las enseñanzas militares. A las tres y media continuaba el enjabonado marinero de los aspirantes con ejercicios de tiro al blanco, esgrima, subida a los palos, etc. Pocas horas libres y muy pocos permisos.

Gobernaba en España el partido liberal-conservador bajo la jefatura de Maura desde el 25 de enero de 1907 hasta el 21 de octubre de 1909 y era Ministro de Marina Ferrándiz. Se abrieron las Cortes el 13 de mayo de 1907 y se presentó un proyecto de «Organizaciones marítimas y armamentos navales», que fue aprobado en una memorable sesión patriótica en la que Maura obtuvo el apoyo de la oposición después de una acertadísima intervención. En 1909 se formó un bloque de izquierdas que no desaprovechó la ocasión para batir al señor Maura. Se había adjudicado a la Sociedad Española de Construcciones Navales la tarea de reformar nuestra Escuadra y dicho bloque apoyó una campaña que estimaba irregular la decisión del Gobierno. Se probó la corrección con que se había procedido. El bloque de izquierdas no pudo ocultar su contrariedad por el fracaso de la maniobra.

Cuando Jesús María de Rotache vivía en Bilbao antes de 1906 y preparaba su ingreso en la Marina, hablaba frecuentemente con el capitán de navío señor Fery. El señor Fery le repetía siempre el siguiente pareado:

—Si quieres ser marino, que te prepare Saturnino.

El colegio de don Saturnino Suanzes de El Ferrol era conocido por todos los marinos. Allí, generalmente en dos cursos se preparaba para el ingreso en la Escuela Naval. El almirante Rotache hace pocos días al celebrar sus bodas de oro y en representación de toda la promoción última de la fragata «Asturias» ha tenido emocionado recuerdo a la labor docente del padre del actual presi-

dente del Instituto Nacional de Industria. En aquel colegio de don Saturnino estudió el General Franco y hoy al recordar con él aquellos días el almirante Rotache ha comentado:

—Naturalmente, nuestro recuerdo se remonta a ese medio siglo, cuando en aquel inolvidable colegio de don Saturnino Suanzes, vivero fecundo de militares y marinos, en el que convivíamos contigo, soñábamos con vestir el uniforme y consagrarnos por siempre al servicio de la Patria; recordamos el ambiente que en El Ferrol vivíamos todos, rodeados de protagonistas por mar y tierra de nuestra guerra del 98 y de la pérdida de nuestras colonias, en el que alimentábamos nuestros espíritus con relatos de sus episodios vívidos y se encendía nuestro rostro unas veces de vergüenza; otras, de ira, oyendo el abandono en que nuestros políticos dejaron a nuestras fuerzas; pero también nos sentimos orgullosos por el comportamiento de éstas, tanto en la lucha como en el cautiverio, y estos encontrados sentimientos estimulaban nuestro natural deseo de superación y de sacrificio para levantar a España. En ese ambiente y con esos sentimientos que compartíamos contigo, empezamos nuestra vida militar.

La última promoción íntegra embarcaba en otra fragata, la «Nautilus», a principios de 1909, para cumplir el año reglamentario de navegación en barco de vela.

LA VELA, EL VAPOR Y EL PRIMER DESTINO

La Marina de guerra venía necesitando un tipo de buque menos poderoso que los grandes colosos del mar pero más rápido. Así nacieron las fragatas y las corbetas. La corbeta «Nautilus» era un buque muy marino y rápido; de vela, sin motor auxiliar. Un año antes del que les correspondía, la promoción de la «Asturias» fue agregada a la anterior y salió rumbo a América del Sur. La fragata «Asturias» sería desguazada posteriormente, y su gemela la «Almansa» dormía sus pasadas glorias varada y desarbolada en la Malata. Al pasar de la vela al vapor la marina bélica creó el acorazado y los demás tipos apropiados.

«Encapillados» en sus blusas de marino los aspirantes pasaron el Ecuador con la tradicional visita de Neptuno. Los silbatos de mando dieron el toque de atención y subió Neptuno alborozado por la presencia de los aspirantes a quienes, según ha dicho don Emilio Suárez de Fiol, terminó saludando: «...porque desde el grumete al almirante, uno solo faltaba: el aspirante».

Coincidió este viaje del buque escuela en Argentina con la Infanta Isabel durante las fiestas del centenario de la independencia de aquel país. Dos años duró la dura escuela de la navegación a vela en la «Nautilus» de 1.200 toneladas, en la que se llegó a dar la vuelta al mundo. Al cuarto año, los aspirantes ya con categoría de guardias marinas pasaron a los buques de vapor.

En 1911 viajamos con los dieciséis de la última promoción de

la fragata «Asturias» rumbo a Spithead entre Southampton y Portsmouth, Inglaterra, a bordo del crucero «Reina Regente» para asistir a la coronación de Jorge V. En la gran parada naval de la Flota se dispone a cada lado de un barco inglés otro de los países allí representados. Junto a un acorazado al mando del vicealmirante, príncipe Luis de Battenberg, forma nuestro crucero: el «Reina Regente». Los oficiales españoles son invitados al barco inglés en una visita de confraternización marinera.

Al día siguiente, es el comandante del «Reina Regente», don Augusto Miranda, quien recibe a los oficiales ingleses. Los guardias marinas españoles se preocupan de demostrar sus buenos deseos en atenderlos delidamente. Al final, la fraternidad alcanza sus más elevados índices en optimismo inglés.

Más tarde, la promoción se dispersa, pasando a diferentes destinos. En 1912 consiguen el grado de alféreces de Navío. Cada uno va definiendo su carrera. El entonces alférez de Navío Rotaèche sale para Lieja, en donde se gradúa como ingeniero.

EN EL PRIMER SUBMARINO ESPAÑOL

Un frío amanecer de 1917 en los muelles de una base de submarinos en los Estados Unidos. Un grupo de oficiales españoles disimula el uniforme de la Marina de guerra nacional debajo de sus abrigos civiles.

—Más adelante.

—Aquí está.

La silueta oscura del submarino se adivina junto al muelle. Uno de los oficiales se llama Jesús María de Rotaèche, marqués de la Onza del Valle, número uno de la última promoción de la fragata «Asturias», Escuela Naval Flotante en la dársena de El Ferrol. El ahora almirante Rotaèche había sido enviado a Estados Unidos a estudiar submarinos en la Escuela de New London. Allí junto con don Francisco Regalado ex Ministro de Marina, fué alumno del almirante norteamericano Nimitz.

—A bordo—ordenó el comandante don Fernando Parranza, que manda la nave.

La nueva arma se ha probado con éxito en los primeros años de la guerra del 14. Al principio sólo existían cuarenta submarinos. En 1915 estos han logrado hundir cerca de quinientos barcos. Alemania no se atreve a emplear sin restricciones la nueva arma por temor a las consecuencias diplomáticas en los países neutrales. No obstante, desde el 1.º de febrero de 1917 decide iniciar la guerra submarina integral, anunciando a los neutrales que serían echados a pique los barcos que se encontrasen en aguas de los países beligerantes. Estados Unidos rompe sus relaciones diplomáticas con Alemania.

En este amanecer frío de 1917. Norteamérica ya ha entrado en guerra. El Gobierno español que ha seguido las actuaciones de los submarinos en los comienzos de la primera guerra mundial había comprado uno a este país. Al intervenir en la contienda mundial, Washington envía una Comisión para incautar la nave. Enterados de ello los marinos españoles se



El almirante González Aller



En la inauguración de la Escuela Naval de Marín, el almirante don Pedro Nieto acompaña al Ministro de Marina

disponen a zarpar antes de que se requiese el primer submarino de la Armada española.

—Izad bandera.

Nuestra bandera ondea en la popa y así se sale sin novedad de la base. El viaje hasta España se realiza felizmente. Don Jesús María de Rotaèche, aspirante de la última promoción de la fragata de tres palos «Asturias» viaja en el primer submarino español: el «Isaac Peral» de la Marina de guerra.

LA MARINA TAMBIEN VUELA

El alférez de navío Sartorius, conde de San Luis, embarca en el crucero «Príncipe de Asturias».

La historia del conde de San Luis, una historia más de uno de los dieciséis de la promoción, continúa en este crucero, en el que viaja hasta Turquía en 1913 durante la guerra de los Balcanes. En 1915—antes ha servido en el acorazado «España»—ingresa en el entonces llamado «Servicio de Aviación», al que

acuden militares de todas las armas.

La aviación, por aquel tiempo, es una aventura arriesgada. Los accidentes mortales se suceden en los primitivos aparatos que se emplean. En el «Servicio de Aviación» están los señores Kindelán, Herrera, Ortiz Echagüe... En 1917 el señor Sartorius, hoy contraalmirante y oficial de enlace entre los Ministerios de Marina y Aire intenta la travesía Madrid-Sevilla. A poco de la salida cae el aparato—en el que también viaja el capitán Moreno Abella—por exceso de peso. En otro nuevo intento, en 1919, se rompe el motor cuando el avión remonta difícilmente Sierra Morena. No obstante, consiguen aterrizar en Fuenteovejuna el piloto y el observador, capitán de artillería señor Claros, milagrosamente ilesos. Días más tarde, el capitán Claros moría al estrellarse sobre Balsain.

Pasan los años 21, 22, 23..., señor diputado Sartorius; excelen-



Don Jesús María de Rotaache, acompañado de las autoridades de Bilbao, en una visita a la capital vizcaina

tísimo señor Sartorius. Gobernador de Sevilla; comandante de torpedero Sartorius... 1930 nuevamente Gobernador de Sevilla. Recibe la gran Cruz de Isabel la Católica. Al llegar la República, lo mismo que el almirante Rotaache, se retira—por la ley Azaña—del servicio activo.

La última promoción de la fragata «Asturias» había mantenido durante los años más difíciles el legado firme de tradición marinera de España. El mar es ancho y ahí está, abierto al espíritu amplio y disciplinado de la Armada. Todos los que ingresaron en las oposiciones de mayo de 1906 llegaron con vida al 18 de Julio de 1936. A la lista corta de todas las mañanas de la Escuela Naval Flotante de El Ferrol no faltaría ningún ¡presente! rítmico y rotundo en el gran momento, treinta años después.

LA ESCUADRA ESPAÑOLA EN 1956

España ocupa, en la Marina de guerra, el quinto lugar del mundo. Pero ¿qué ha ocurrido durante estos cincuenta años; de 1906 a 1956? ¿Qué barcos quedan de los construidos en los años 22, 23, 24...? Los ciento cuarenta y ocho buques de guerra actualmente en servicio y en constante aumento anual, tienen las siguientes características: cinco son cruceros, los más antiguos el «Galicia» y el «Almirante Cervera», fueron botados en 1925, y el más moderno, el «Canarias», flotó por primera vez en 1935. El «Méndez Núñez» es algo anterior al 24, y el «Miguel de Cervantes» salió al mar en 1928.

El destructor «Alsedo» fue terminado en 1922; el «Velasco», en el 23 y el «Juan Lazaga» en el 24. Actualmente hay veintitres destructores en servicio, de los que el «Alava» y el «Limiers» están construidos en 1950. El «Oquendo» fue botado posteriormente, hace dos años, y es cabeza de una serie, que se halla en construcción en los astilleros de El Ferrol del Caudillo, de ocho

modernos destructores que no hemos incluido en la suma total. El resto han sido botados entre 1928 y 1936.

Los nueve torpederos de nuestra Marina de guerra son posteriores a 1954 y llevan los nombres de «Osado», «Rayo», «Relámpago», «Audaz», «Atrevido», «Furor» «Ariete», «Temerario», e «Intrepido».

Los dragaminas «Bidascosa», «Nervión», «Jerez», «Tambre», etc., etcétera, hasta quince, son de bautismo reciente. En 1954 se unió a la Flota el dragaminas «Nalón», antimagnético, primera unidad naval entregada a España en virtud de los convenios con los Estados Unidos. También la Flota dispone de seis minadores, algo más antiguos.

Actualmente los oficiales españoles y la marinería hacen sus prácticas en el submarino español «B-2» y estudian en la Escuela de Submarinos de Cartagena. La Escuadra tiene en servicio desde 1931 al «General Mola» y desde el 34 al «General Sanjurjo», armados con dos cañones, dos ametralladoras y ocho tubos lanzatorpedos. Está en servicio la serie de los «D-1» (1947), «D-2» (1951) y «D-3» (1954) de 84 metros de eslora y más de 20 nudos de velocidad en superficie. El «G-7», botado en 1949, corresponde a una nueva serie armada con dos cañones y cinco tubos lanzatorpedos. Otros seis, del «G-1» al «G-6» se han terminado o están para terminarse en los astilleros de Cartagena.

Terminamos, con nueve guardacostas, 14 lanchas torpederas, 21 guardapescas y 25 buques especiales. Los buques que se emplean para la formación de marinos son el buque escuela «Juan Sebastián Elcano», el «Galatea», el «Virgen de la Caridad» y el «Uad-Martín», además del citado submarino «B-2». La oficialidad estudia en la Escuela Naval Militar de Marín (Pontevedra) y también en otros diez establecimientos docentes especiales.

Lo que costaron el «Jaime I» y el «Alfonso XIII»—unos 45 millones de pesetas—vale hoy una

simple reparación. Ocorre actualmente que los aparatos especiales con los que es necesario equipar a los navíos cuestan tanto como el mismo buque. La artillería naval y sus aditamentos se lleva el 50 por 100 del presupuesto de un navío.

UNA PROMOCION DIEZMADA, CINCUENTA AÑOS DESPUES

En 1936, el almirante Rotaache escapó de Bilbao en un buque alemán: el «Bressel». Desde Francia pasó a Burgos y durante nuestra guerra se ocupó de la organización eficaz de la dispersa Flota mercante. Después de 1939 fue durante quince años Subsecretario de Marina y hoy pone su experiencia al servicio de la Empresa Nacional «Bazán». El contraalmirante Sartorius, conde de San Luis, fué detenido en los primeros momentos del Alzamiento en Madrid. Pudo escapar al fin y sirvió junto a Ramón Franco—hasta la muerte del que fué jefe de las fuerzas aéreas de Baleares—como segundo jefe. Allí, el contraalmirante Sartorius, vió terminar la contienda.

La promoción última de la fragata de tres palos «Asturias» quedó diezmada en nuestra guerra. «La guerra nos hizo los primeros huecos: Mille, Lucio Villegas, Guimerá, allí quedaron; Cano-Manuel, Tajuelo y Lapique, después de los horrores de las prisiones, con sus privaciones y, de evasiones novelescas por el frente de Madrid, llegaron a tiempo de prestar excelentes servicios en nuestro Zona, sucumbiendo después por los quebrantos originados en su salud. Arnáiz fué el único de nosotros que falleció de muerte natural», es así la breve oración de los que aun viven, la sencilla y emocionada oración de los almirantes González Aller, Díaz del Río, Rotaache y Sartorius. La de don Emilio Suárez Fiol y la de los señores Nieto y Bausá, por sus compañeros a los cincuenta años de su ingreso en la Marina de guerra.

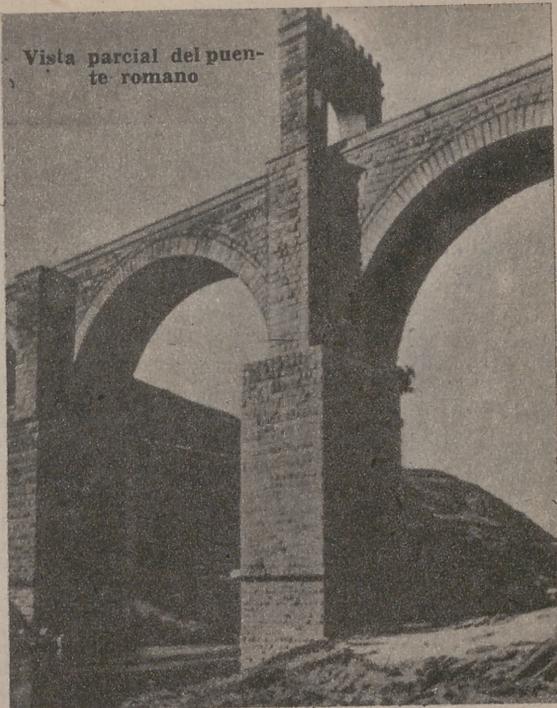
Fernando M. ETCHEVERRY

ALCANTARA:

Junto al Puente Romano
surgirá el mayor lago
de Europa

Un Eldorado agrícola
que se llama Brozas

Vista parcial del puente romano



EL joven entrañablemente ligado a esta tierra, conociendo sus pequeños y grandes misterios, levanta un poco su mano derecha y me dice sólo dos palabras:

—Ahí está.

Filosófica manera de valorar la grandiosidad. Cierto: no hace falta más; no es necesario adentrarse en vanas disquisiciones. Ante los ojos, en un marco dominado por montes con reminiscencias de paisaje lunar, aquí está el puente de Alcántara.

Las nubes apagan el sol de la mañana. Desde esta altura, término del camino del pueblo que baja por la falda de la montaña, nuestra mirada es como de halcón o de águila. El puente romano de Alcántara clava en un barranco los cinco pilares de sus arcos, como cinco admiraciones gigantescas y petrificadas. La vista se desgaja, se desmenuza ante las dos obras de la Naturaleza y del hombre.

Bajo el puente, por fin, el Tajo. El río Tajo que cruza Cáceres de punta a punta y que bordea las ciudades para entregarle a Alcán-

tara las primicias de su paso, lento, como causado. El agua, cristalina, y el cauce, caprichoso, zigzaguea jugueteón y desaparece en un recodo.

A la orilla izquierda, una carretera estrecha no es más que un mirador eterno de las aguas que camina con el mismo norte que el río. A su lado, los montes caen a plomo, se desmayan.

Y, sobre todo, por encima de todo, el puente de Alcántara. —Este puente lo cortaron tres veces. Fíjese en los dos últimos ojos. Se nota con poco esfuerzo.

Aquí, en tres líneas, la síntesis de las vicisitudes de este puente romano que se comenzó en el año 98 y se terminó en el 106. Es único en el mundo. Granítico, en forma de tajamar por el este; rematado con arco de triunfo en el centro; asentado por pilares de nueve metros de espesor; tendido sobre los quebrados riberos, con 194 metros de longitud, 8 de ancho y 71 de altura. Al lado izquierdo del puente se alza un templo, dedicado a Trajano, con escalinata de acceso, puerta en-

cuadrada entre dos columnas toscanas.

Al ver todo esto pienso que el paisaje está intacto; que los años y la civilización dieron un rodeo y que todo está exactamente igual que en tiempos del divino César.

EL MAYOR LAGO ARTIFICIAL DE EUROPA

Este mismo paraje será dentro de diez años escenario de uno de los más importantes saltos de aprovechamiento hidroeléctrico del mundo. Aquí, encerrada entre estas montañas, terminará la cola del embalse con 70 metros de altura de presa.

Ya es conocido el vasto plan estatal en lo que se refiere a aprovechar las cuencas de los ríos Tíetar, Tajo y Alagón. Estos dos últimos, que unen sus caudales poco antes de llegar a Alcántara, después de construída la presa, formarán un lago artificial de una longitud sorprendente; nada menos que desde Alcántara hasta cerca de Villarreal de San Carlos, localidad que forma apro-



La antigua iglesia conventual de San Benito en Alcántara

Huellas gloriosas en las ruinas de San Benito

Benito? ¿Y el Cristo Yacente?
¿Y...?

Quedamos citados para ver más tarde, a la salida de misa, la iglesia parroquial.

14 DE DICIEMBRE DE 1955, UN DIA TRIUNFAL

Don Carlos Martín Vicente, secretario del Ayuntamiento, va dándonos cifras y cifras.

Los cuatro mil habitantes de Alcántara viven principalmente de cereales y ganadería. Se cosecha trigo, aceite y cebada. Pero la mayor riqueza es la ganadera. Existen 46.870 cabezas de ganado lanar, contando los trashumantes que vienen de León, Burgos, Soria, Avila y Zamora. A éstas hay que añadir 1.100 de ganado vacuno, 2.000 de cerda y 600 de caballo y mular.

—¿No se les planteará un grave problema de abastecimiento de agua cuando comiencen las obras del embalse?

—En absoluto. Nos alimenta una presa sobre el río Jartín de 12 metros de altura y 178 de longitud, de 27,8 y un volumen de agua de 235.700 metros cúbicos.

—¿Qué caudal continuo representa?

—Cinco setenta y un litros por segundo o, lo que es lo mismo, lo necesario para que 4.483 habitantes reciban 100 litros por habitante al día.

La labor realizada por el Ayuntamiento bajo la vara suave de don Luis Bóveda en los últimos años es larga, en lo que respecta a enumeración de realidades. Las obras para el abastecimiento de aguas se terminaron en 1955, tras una década de esfuerzo, y costaron 3.275.000 pesetas, incluido el coste de la expropiación de terrenos del embalse. Esta obra se ha completado con un ramal de alcantarillado con distribución urbana de agua, por un valor de 200.000 pesetas. Y como última construcción referente a esto, resalta la nueva fuente pública, en la calle del Generalísimo Franco, sobre los que se ha erigido un arco de triunfo almenado, reproducción del de Carlos V, que se encuentra en el histórico puente romano que da nombre a la villa, en cuyo frente campea la verde cruz de los caballeros de Alcántara.

En la parte alta de la villa, una calle recta, nueva, de casas blancas y limpias, pone su contraste con los edificios antiguos, graníticos. Es un grupo de viviendas construido por la obra sindical del Hogar, que ha importado un millón de pesetas. La barriada tiene un bello jardín y la urbanización da un sello alegre y jugoso a esta parte de Alcántara. Todas estas realizaciones fueron inauguradas el mismo día: el 14 de diciembre de 1955.

CERCA DE LA HISTORIA LA VIDA SIGUE

El suelo lleno de tumbas. Sobre la piedra, gastada por las pisadas, las inscripciones votivas

van sucediéndose ininterrumpidamente, mostrando nombres y nombres, que aparecen tallados a continuación de los escudos. Estamos dentro de la iglesia, y así es su suelo. Última morada de hidalgos, de caballeros de la Orden de Alcántara y de otras Ordenes que se crearon bajo su sombra. Lejanía, solemnidad, unión e Historia. Los bancos, alargados aquí y allá, enseñan algo curioso: una cadena y un candado. Don Jesús, el párroco, aclara el misterio:

—Antes, cada familia de bien, en el sentido aristocrático, tenía un banco en la iglesia de su propiedad. El asiento se doblaba hacia arriba y nadie podía sentarse en él, sino el poseedor de la llave.

Don Jesús es muy joven. Rostro circular, buen color, parece un seminarista a punto de oficiarse la primera misa.

En la parte de atrás de la iglesia, la pila en donde se bautizó San Pedro de Alcántara. En la sacristía, cinco cuadros del Divino Morales. Entre los cinco destacan «La Madonna» y «La resurrección de San Pablo».

Cerca de la entrada, la tumba de doña María de Vileda, madre de San Pedro de Alcántara, que se casó en segundas nupcias en San Benito, mientras San Pedro la veía casarse bajo un púlpito.

Don Jesús nos enseña el «Cristo Yacente», orgullo de los feligreses, que se atribuye a Montañés. Es un Cristo articulado, impresionante, con ojos semiabiertos, que expresan un infinito dolor y una ilimitada ternura. Este Cristo se usa para el Santo Entierro y para el Descendimiento, y, debido a los años, está bastante deteriorado.

Cuando estamos viendo el mausoleo en alabastro de Antonio Bravo, fundador, en 1562, de la capilla de San Benito, nos interrumpe la llegada de una muchacha. Ha muerto un recién nacido. Y en la puerta de la iglesia, bajo la mansa llovizna, mientras el sacerdote rezaba, vi a la abuela de la criatura sostener en sus brazos temblones la cajita humilde, blanca, de un niño que sólo pudo llamarse Pablo durante pocas horas.

Todo aquel cuadro, el ambiente, la paz, la tristeza, parecía salido de un poema de Juan Ramón o de un lienzo de Guaya-samin.

HOMBRES DE CUARENTA AÑOS Y MUCHACHAS DE CATORCE

Por muy ignoto, por muy apartado que sea un lugar, siempre existe en él ese hombre paciente y enamorado de la historia lugareña. A ella dedica las mejores horas de su vida; mientras las calles se abren a la diversión, él, codos sobre la mesa de trabajo, toma apuntes y consulta libros apolillados.

Alcántara también tiene su erudito: don Fermín Alamillo, farmacéutico, segundo alcalde y diputado provincial. Mirarlo y darse cuenta de su vocación por los datos ocultos, la misma cosa. Y por si hubiera duda, aquí está lo que me dijo, poniéndome



ximadamente un triángulo equilátero con Plasencia y Navalmaral de la Mata. Pronto comenzarán los trabajos, cuya terminación está prevista para dentro de diez años. Esta obra hace necesario cambiar el ferrocarril a Cáceres y la carretera Cáceres-Salamanca.

El proyecto aprobado por el Consejo de Ministros el día 2 de febrero de 1956 cambiará casi de forma total la vida de Alcántara. En efecto: se espera un incremento de seis mil personas, entre trabajadores y familiares, que llegarán a medida que avanzan los trabajos del embalse.

Esto supone una serie encadenada de problemas curiosos que ha de resolver el Ayuntamiento, y por ello echamos a andar carretera arriba en busca del secretario de la corporación. Llovizna mansamente. Es domingo y Alcántara está en fiestas. Alcántara comienza en un arco, también romano, y las calles empinadas y típicas, sorprenden en cada esquina al viajero con un escudo blanco y cargado de gloriosa historia. Hay una animación inusitada. Es la hora de Misa Mayor y una caravana de mujeres y hombres—ellas con mantilla y breviario en la mano; ellos saboreando el primer cigarrillo del día—bajan en procesión por las callejuelas.

Me presentan a don Luis Rodrigo Arias, el más antiguo veterinario de Alcántara y pueblos limítrofes. Ejerce su profesión aquí, ya va para veintiocho años, tras pasarse catorce en el vecino pueblo de Ceclavin. Es, pues, sobradamente popular. Hombre de lenta palabra muy pensada y reposada, sombrero y puro, y que, por lo oído, conoce tan a fondo la liturgia que, al terminar la misa, se permite corregir al cura en pequeños detalles de vestimenta. En el pueblo, por esto, creen que fué seminarista, pero no hay tal, lo único que pasa es que es católico, viejo y arraigado, y se lo sabe todo. Me habla e, instantáneamente, pienso que es hombre temperamental.

—¿Ha visto el convento de San

en la mano dos gruesos cuadernos escritos con letra menuda y un poco temblona:

—En el primero encontrará toda la historia del puente; en el segundo, la historia de la villa.

Así es, en efecto. Dos curiosas monografías completísimas, por las que se pueden seguir los cambios y los acontecimientos de Alcántara a través de los tiempos.

Salimos de la farmacia del señor Alamillo y entramos en el bar de Gundín, en el que tocan tres músicos llegados de Cáceres. Gundín, el dueño, es un personaje semifabuloso, que mientras sirve botellas de cerveza atraviesa la sala marcando el compás de la música con los pies y realizando ejercicios malabares con la bandeja.

En el bar se baila, se bebe y se charla sin pausa. El tema principal es la capea de la tarde en la plaza de toros. El que más y el que menos piensa echar su carrerita en el ruedo y tentar la suerte de dar un par de capatazos.

En el baile observo un hecho curioso: hombres ya maduros danzan con muchachas jóvenes. Pregunto si esto puede considerarse como una originalidad de Alcántara y se me contesta afirmativamente.

—¿Cuántas bodas anuales?

—De 30 a 35. Y abundan los matrimonios con más de cuatro hijos.

TITO, EL ESPONTANEO

Alcántara, a 19 kilómetros, por carretera, de la frontera, no tiene ninguna influencia de Portugal. Parece más bien una villa situada en el centro de Cáceres; a veces, con su andariego vuelo en cielo alto y libre de nubes, y en otras ocasiones con un letargo ancestral y solemnisimo.

El alcantarino gusta de apurar la conversación, de dejarlo todo llano y no dificultoso. Tiene una pasión: los toros. Se habla de toros a gritos, casi violentamente, y a la tarde, pese al tiempo inseguro, la plaza está totalmente abarrotada.

En medio del ruedo se levantan dos palos verticales y una lona blanca enrollada.

—¿Qué es eso?

—La pantalla del cine. En la plaza, tras la corrida, hay cine.

—¿Y viene mucha gente?

—No queda una silla libre.

Aquí el cine es el «Non plus ultra».

—¿Más que los toros?

—¡Por ahí andará la cosa!

Realmente, todo hay que decirlo, en la plaza no se iban a lidiar toros, sino vacas bravas. En fin, una capea divertida, alegre y muy concurrida. Mediada la fiesta la plaza entera vibró al unisono. He aquí, en pocas palabras, lo sucedido: Tito es un muchacho popular en Alcántara. Veintiún años, pertenece a la Banda Municipal y se le ha metido entre ceja y ceja—o se la han metido sus amigos, que de esto se podría hablar largo y tendido—la idea de ser torero.

El caso es que al salir la segunda vaca, cuando todo el mundo se estaba quietecito en los burladeros, porque la vaca em-

bestia con la fuerza y la arrogancia de un toro, Tito intenta lanzarse al ruedo, tras alcanzar una capa de un torerillo anelante, y lo consigue, zafándose de las manos del director de la banda de música.

El muchacho, valientemente, avanza hacia la vaca, y a las primeras de cambio resulta volteado. Se coge entonces a un cuerno de la vaca y ésta lo arrastra por todo el ruedo.

Interviene el hermano de Tito, que es municipal, lo agarra por una oreja y se lo lleva.

—¡A ése le están envenenando la sesera!...

MITAD MONJES, MITAD SOLDADOS

Los célebres caballeros de Alcántara, cuyo lema se hizo mundialmente famoso, vivieron en el convento de San Benito. Este era su cuartel general; aquí estaba su iglesia, su celda, su caballeriza y hasta su tumba, con el correspondiente mausoleo. San Benito, por fuera, es impresionante. Se levanta como en un ciclópeo rincón de la villa, de cara a los edificios, con su parte derecha casi completamente derruida, y en un contraste con la parte izquierda, que continúa casi intacta.

Pero quizá lo más impresionante de todo sea adentrarse en el inmenso edificio y escuchar el aleteo de las palomas en los rincones oscuros; subir por las escaleras de caracol, inmenso prodigio arquitectónico—que hasta da el apoyo de un pasamanos cilíndrico, hecho de roca granítica, como una filigrana de siglos—, y ya arriba, en el tejado, echar los ojos a volar y admirar el pueblo a vista de pájaro.

Aquí vivieron los caballeros de Alcántara, mitad monjes y mitad soldados. Aquí vivieron las Ordenes Calatravas, Pereiros y Alcántara. Y aquí también está una cisterna a la que bajó Isabel II a caballo. Y una inscripción de don Diego de Santillana al pie del Evangelio.

Que así nos lo dice Pedro Barroso Pérez, un viejo de gorra visera, de voz pausada y lengua cansina, de oficio cuidador de monumentos.

LO QUE DURE EL MUNDO

Alcántara, sobre una loma. Cayendo las casas suavemente hacia el Tajo. Villa cargada de Historia, con devoción profunda a la venerada imagen de la Virgen de los Hitos. Hombres que lo mismo beben vino de fuertes grados que un ponche a base de azúcar, vino rebajado, naranja o melocotón, y que saben compaginar la bebida con las monumenteras, rosquillas de harina, miel y almendra.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando aún estaba caliente el último trago, «la espuela» de los trasnochadores, me fui de Alcántara.

Eché una última ojeada al pueblo. Las calles, dormidas, desiertas. La fuente pública, gorgo-

teando su eterna canción. Arriba, un sol glorioso abriéndose paso vertiginosamente entre las nubes.

Mientras salgo de Alcántara pienso en su puente y pienso en aquellas palabras, no sé si legendarias o no:

—Este puente durará lo que dure el mundo.

BROZAS, ELDORADO AGRICOLA

A quince kilómetros de Alcántara, por un camino lleno de alcornoques y encinas, separándose levemente de la carretera que va a Cáceres, sobre una loma, Brozas. Otro pueblo extremeño típico, con su plazuela llena de acacias.

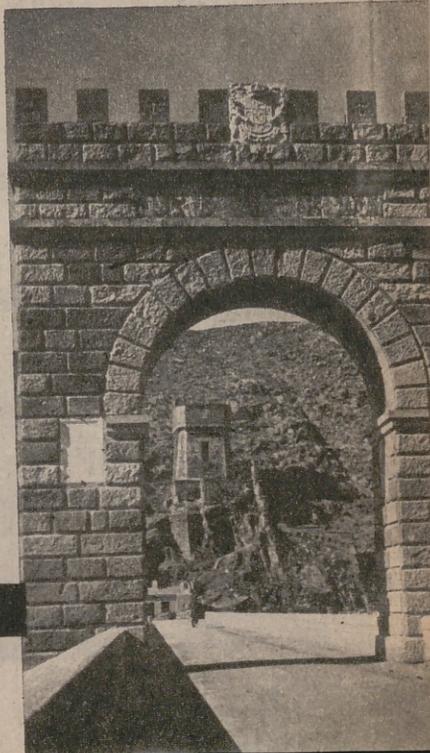
Después de esta plaza, las calles se estrechan y se angostan súbitamente, y se apiñan los balcones en lo alto, formando como un puente a todo lo largo del pueblo. Precisamente en estas calles es donde palpita toda la vida de Brozas. Aquí, en una diminuta calle de baldosines está el mejor café. El Comercio, completamente lleno de gente que habla de cosas dispares, pero con un denominador común: el negocio. He llegado a El Comercio por mandato de un guarda municipal, en busca del Alcalde, Leonardo Méndez, que no tarda en aparecer y en sentarse a una mesa. Le rodean los concejales, y falta exactamente media hora para comenzar la corrida de toros. No me parece estar en Brozas; más bien creo charlar en Madrid, en cualquier café urbano. Tal es el bullicio, el eco inusitado de voces que se repite en progresión. Brozas tiene aspecto de capital, por lo menos en lo que respecta a la vida interna de los bares. Es una localidad eminentemente agrícola y ganadera, y explora-mo un poco los datos.

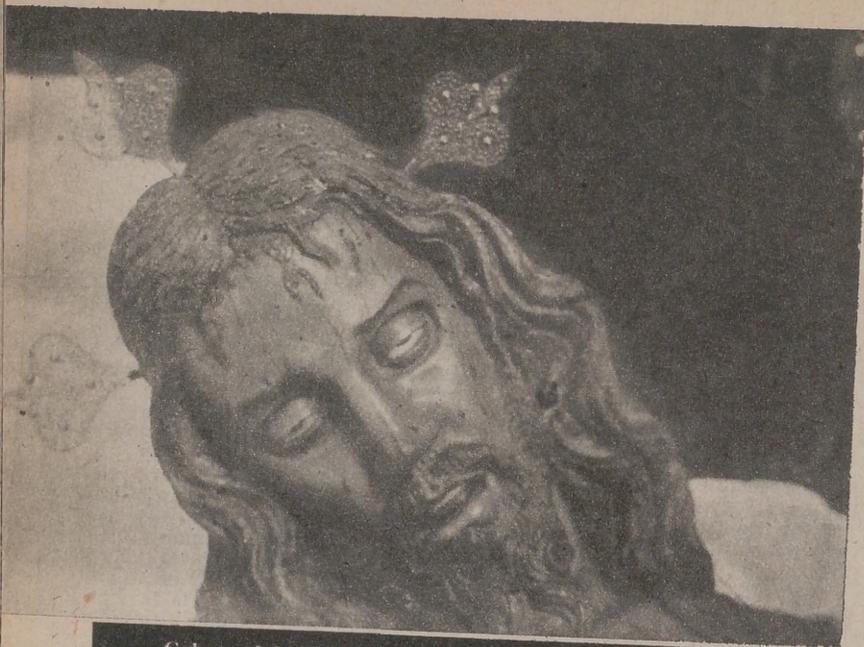
—¿Qué cantidad produce anualmente la agricultura?

—Veinticinco millones de pesetas.

Una cifra insospechada. Y lo más curioso de todo es que solamente con el trigo se alcanzan los

Arco de Trajano en el centro del puente





Cabeza del «Cristo Yacente» que se venera en Alcántara

seis millones. A esta riqueza hay que añadir la ganadería, teniendo en cuenta que Brozas es el principal centro de la trashumancia, e invernan en ella la mayoría de las caravanas. Esto reporta muy buenos beneficios al Ayuntamiento y a los arrendadores.

—¿Qué kilogramos de lana se consiguen?

—Cien mil kilos de inmejorable calidad.

Las cifras altas continúan. Es necesario, ante todo, hacer constar que Brozas es uno de los pueblos más ricos de Cáceres. En los alrededores se suceden ahora tras esfuerzos que abarcan desde los quince años hasta el presente y en este lapso de tiempo se han puesto en regadío las siguientes fincas: Greña, El Baldío, Dos Quemados, El Noque y Araya.

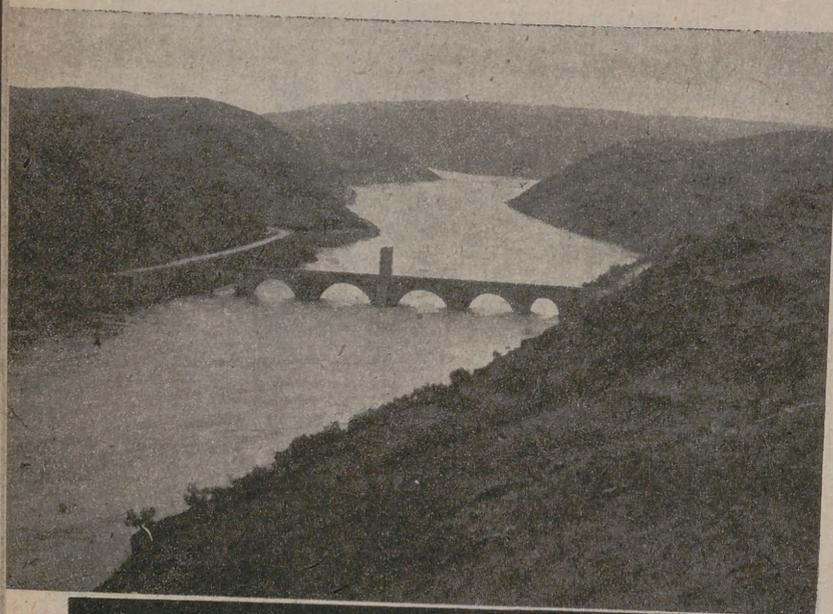
—Araya merece capítulo aparte—continúa diciéndome Leonardo Méndez, maestro nacional,

campechano, de media estatura y complexión maciza. Allí se está construyendo un embalse de dos millones de metros cúbicos, con el fin de regar toda la zona de Araya.

—¿Cuántos obreros trabajan?

—Cien. Y todos son vecinos de Las Navas.

(Las Navas del Madroño, pueblo antiguo, disminuido y limitado a un breve trecho de la carretera general, dista diez kilómetros de Brozas. Allí vi un caballo de buena estampa, sereno, medio adormilado, y el dueño me lo ofreció en venta por mil pesetas. También topé e hice amistad con Julio, el sacristán, un hombre que se lo debe todo a sí mismo, un auténtico luchador, dueño de la única casa de huéspedes, que tiene un hijo llamado Nicolás, de pierna rígida y ojo vaciado de una pedrada. Un muchacho alegre, a pesar de sus defectos físicos, que sueña con ser torero de cartel.)



Las aguas del Tajo, en una crecida pasan bajo el puente

VAYA USTED CON DIOS

Van llegando las cosas a esta España nuestra. Brozas tenía desde siglos un gravísimo problema de aguas. Pero este año se ha sacado a subasta un proyecto, y al ser aceptado ya han comenzado las obras, que importarán más de cuatro millones y medio. Son diez kilómetros de recorrido en la traída del agua, ya que se alimentará de la Rivera de Patos, en las proximidades de Las Navas. Al resolverse el problema del agua, automáticamente se solucionará el de alcantarillado.

Brozas. Siete mil habitantes sobre una loma, a pocos metros de la carretera.

Varios chalets en fila a la entrada del pueblo. Y dentro, muy pegado a la economía y al progreso, un almacén del Servicio Nacional del Trigo de tres millones de pesetas sólo en su construcción. Y aún se piensa construir otro.

Pero el mayor orgullo de Brozas va por otros caminos. Aquello que realmente se estima es un coto escolar que está considerado como modelo de la provincia. Es a su vez un centro de experimentación agrícola y forestal. Como va íntimamente ligado con la escuela todos los ingresos que reporte el mencionado Centro se dedicarán a dotar a los niños necesitados. Una iniciativa verdaderamente ejemplar y digna de imitarse, precisamente ahora que el Estado ha hecho público el ambicioso plan estatal de crear 25.000 nuevas escuelas.

En Brozas existen en la actualidad doce maestros.

Leonardo Méndez es un hombre enterado. Sabe cuanto me interesa y responde sin vacilaciones.

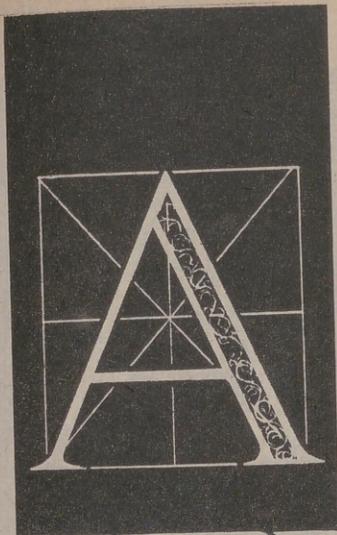
—Está en germen una idea para construir setenta viviendas protegidas. Espero que cuaje en el próximo año.

La charla se corta. Allí, en la plaza de toros, espera ya el gentío multicolor de los brocenses.

Me quedo sólo, con las calles partidas, indecisas, cruzadas en cada esquina por cuatro calles más que se desperdigán en recordos. Cae la tarde sobre el pueblo. Una tarde cansada de sol, como hambrienta de paz. Es la hora en que se recogen los higos que forman coronas doradas alrededor de las higueras verdes, de copas anchas, con las hojas a ras del suelo como un gigantesco abanico. He visto por estas tierras muchas veces la misma escena. Los higos se calientan al sol, se van secando minuto a minuto, y los hombres, las mujeres, esperan pacientemente tumbados a la fresca sombra de la higuera, ocultos a las miradas por las hojas.

Es la hora en que los caminos de la tierra cacereña sienten los últimos pasos de las cabalgaduras, que ya ven a lo lejos la meta. Y ahora, en este mismo momento resonará en los caminos, al encontrarse dos personas, esa fórmula fervorosa que ninguna región de España conserva tan arraigada: «Vaya usted con Dios, señor.» Así, Cáceres. Siempre.

Pedro MARIO HERRERO
(Enviado especial.)



Va

Clásicos

Compruebe
la marca Bambara
en el orillo
y el marchamo
de garantía
adherido
a la pieza.

Nuestra marca
le garantiza
nuestros paños



Paños...

Fontcuberta

GARANTIA DE UNA PRODUCCION

CLARIN



En sus gafas... cristales

ZEISS
PUNKTAL 



La mujer moderna
debe poseer un
BUSTO
perfecto

Sabed que ahora, sin necesidad de tratamientos internos, podéis obtener un busto firme y bien desarrollado, que proporciona a aquellas que lo poseen la confianza en sí mismas y el orgullo de poseer un cuerpo perfecto. Resultado de estudios realizados por los más eminentes especialistas de Cosmética franceses y americanos, PLASTO SEIN, de fama mundial, os ofrece el tratamiento de uso externo más eficaz de cuantos se conocen actualmente, por que estando constituidos por substancias vitamínicas, triunfan en algunas semanas sobre los casos más desesperados.

"Hoy me siento completamente feliz y de ello tengo que dar gracias a PLASTO-SEIN que ha hecho que sea admirada..." Así nos escribe la Sra. E. T. de Ceuta.

En América, en Europa y en África, no se cuentan más que los numerosos éxitos de los tratamientos

Plasto-Sein

RESULTADOS OBTENIDOS EN 4 SEMANAS

¿Por qué no
obtenéis vosotras
el mismo éxito?

HACED UNA PRUEBA A NUESTRAS EXPENSAS

sin pagar nada si no quedáis realmente satisfechas de los resultados obtenidos.

Enviad este vale o su copia a **LABORATORIO SVELTOR**
Osio, 27 - Barcelona

PARA UN TRATAMIENTO

- N.º 1 Busto muy pequeño
- N.º 2 » flácido
- N.º 3 » muy desarrollado

Nombres
Calle

Población

No enviéis dinero, solamente sellos de correo para la respuesta

PARIS BRUSELAS MILAN DUSELDORF AMSTERDAM CARACAS



UN CORNER
APROVECHADO

El delantero da fuerte, pero apenas siente molestia por que su abundante cabellera amortigua el golpe.

LOCION AZUFRE VERI

es un producto para fortalecer el cabello, impedir que se caiga, disolver y quitar la caspa (causa de muchas calvicies) y conservarlo **LENO DE VIDA**.

Muchos médicos la usan y recomiendan para cuidar el cabello, evitar que se caiga y combatir la caspa.

Preparado bajo dirección farmacéutica
IDESCONFIE DE IMITACIONES!

(C. S. 14955)

!!! ES VERDAD!!!
LA COCINA CON
OLLA A PRESION

de **MARIA VIDAL**

Es un libro práctico de cocina española, pudiéndolo utilizar aun que no se sepa cocinar, de acuerdo con las instrucciones del mismo

480 recetas; 2 índices, uno general y otro alfabético

Forma un volumen tamaño 14 x 22, encuadernado en glosófán (lavable) a 3 colores, con 400 páginas e ilustraciones de

S'vell. Precio: 100 pesetas

Pedidos: a su habitual librero o a

EDICIONES GINER

Cuesta Sto. Domingo, 13 - Tel. 47 07 52

MADRID

JOSE MARIA SANCHEZ DE MUNIAIN NOS ACERCA A MENEDEZ Y PELAYO



Entre sus libros, el catedrático de Filosofía don José María Sánchez de Muniain se encuentra en un ambiente grato y estimulante

"LA JUVENTUD INTELECTUAL DE NUESTRO TIEMPO SOLO CONOCE A DON MARCELINO A TRAVES DE PANEGIRICOS RETORICOS O DE RETICENCIAS MALEVOLAS"

Al autor de la "Antología general" nada le subyuga más que orientar a muchachos de valer para que se abran camino en la vida

ME encuentro rodeado de libros por todas partes. Y de mucho silencio. Es una hora mañanera y por la ventana amarillea el otoño entre las construcciones rojas de la Ciudad Universitaria. Son las nueve, y en este despacho de un catedrático de Filosofía y Letras, entre estos libros un tanto raros y serietes, ya hace bastante rato que se trabaja intensamente.

—Teaga la bondad de esperar. Mientras espero paso revista al despacho. Abundan los libros de filosofía y los de acción política. También está la colección de la Biblioteca de Autores Cristianos, San Agustín y Suárez en obras completas. El Diccionario de Teología, de Vacant, y en el centro un retrato de don Angel Herrera Oria. Detrás de su sillón, retratos familiares. Pierde el cuarto su seriedad filosófica. Sobre la mesa, un crucifijo y el Nuevo Testamento en la edición de la B. A. C. En un rincón, cartas pendientes de despacho. Y en el otro, varios periódicos dirigidos al consejero delegado de Redacción de la Editorial Católica. En otro montón las capillas sin encuadernar del libro que me han traído aquí: «Antología general de Menéndez y Pelayo.

En un momento sintetizo todo lo que aquí se encierra: meditación cristiana; especulación filosófica; acción moderna, siguiéndole, al talón, la marcha a la actualidad, y un fondo de vida hogareña, a lo Navarra—nació en

el Roncal—, y todo bajo la sombra del crucifijo.

UN RETRATO Y LA HUELLA DE UN GRAN MAESTRO

—¿Cuándo trató usted a Angel Herrera?

—Primero como redactor de «El Debate», cuando él lo dirigió. Luego, cuando a él le nombraron presidente de la Junta Central de Acción Católica, el año 1933. fui secretario suyo. Le debo la huella mayor de mi vida. Su ejemplo ha sido avasallador para los que le tratamos de cerca. Él ha representado la aplicación de los principios evangélicos a la actividad política y social española haciendo de la vocación pública un puro apostolado cristiano. El supo realizarlo, y los que nos gloriamos de ser discípulos suyos quisiéramos conseguirlo como él lo ha conseguido.

—Entonces, ¿el hombre de acción ha vencido al investigador y filósofo?

—No son cosas reñidas ni contradictorias. Procuero dedicar la mañana a la investigación y la tarde a una actividad profesional por la que el estudio se convierta en acción de apostolado cristiano.

—¿Y cómo nacieron estas dos facetas en una misma vocación?

—Vocación es una palabra casi sagrada. Dios es el único que puede llamar. Cuando yo llegué a Madrid, el momento trágico de

España y de su Iglesia era una llamada acuciante a hacer. Estudiaba yo entonces Derecho. Acabé a los veinte años y comencé periodismo en la Escuela que fundara «El Debate». Entré en el periódico. Pero la afición íntima era, desde mis quince años, al estudio de la Estética. Fué curiosa esta primera afición que me llevó a lo que es hoy, en definitiva, mi profesión. Mire usted.

Busca entre las capillas que tiene sobre la mesa. Este texto de Menéndez y Pelayo me ha hecho siempre muchísima gracia, y aquí le he recogido en la «Antología».

Me lo da y leo: «¡Pobre juventud nuestra, condenada a optar entre las lucubraciones de Krause y las del jesuita José Jungmann! El que quiera cerrarse para siempre los caminos de toda emoción estética no tiene más que aprenderse cualquiera de estos dos manuales».

—Pues mire usted: este libro, del que hoy confieso con el mismo Menéndez y Pelayo que es «un absurdo sermonario lleno de pasmarotadas sentimentales», me abrió a mí el camino de mi profesión. Mi padre compró el libro y lo leí a los quince años. Se me metió el veneno de la Estética, y corriendo de un lado para otro, en aquel quehacer de España, no se me escapó el deseo de investigar por cuenta propia.

UNA TESIS DOCTORAL EN LA MOCHILA DE UN CABO DE INFANTERIA

—¿Y la carrera de Filosofía?

—Me la tronché la guerra. La licenciatura la saqué, ya casado.

en 1939. La tesis doctoral la perfección toda en los frentes.

(Otra vez el recuerdo de la acción-especulación y del sentido del aprovechamiento del tiempo. Le dejó hablar. Ahora vagamos lejos de este despacho y de estos libros y del otono de la ventana.)

—En los montes de Tortosa. Era cabo de Infantería. Llevaba en la mochila las cuartillas en las que iba escribiendo la tesis doctoral. En realidad no sabía si había vacantes o no para la cátedra. Pero era un buen ejercicio para los momentos de ocio. ¿Verdad?

UNA ORDENACION SISTEMATICA DE LA OBRA DE MENENDEZ Y PELAYO

—¿Cómo nació la idea de esta «Antología General de Menéndez y Pelayo»?

—Desde hace mucho tiempo era una necesidad que venía dada por los caracteres mismos de la producción de Menéndez y Pelayo. Tiene ésta algo de fragmentaria en sus planes no acabados. Azorín escribió ya hace bastante tiempo: «Hay en España necesidad urgentísima de una antología de Menéndez y Pelayo». Después se ha insistido en ello, y aun se han hecho antologías parciales.

No se trata de una selección con los capítulos o tratados mejores. Había que leer con cuidado y pacientemente toda la obra y hacer la recolección de todo lo que estuviese granado, sea donde fuere. Y luego estructurarlo. Lo que es digresión llevarlo a su sitio. Formar un cuerpo de doctrina.

—¿Pero Menéndez y Pelayo fué un pensador?

—Lo fué, pero insisto en que su método de trabajo, su voracidad de lectura y su apresuramiento en todo le quitó algo de reposo a su meditación. Fue maestro inigualado de nuestra crítica literaria, paladín de nuestra fe, nuestra historia y nuestro pasado científico; maestro en hablar y juzgar; ejemplo de virtudes ciudadanas; un espíritu que roba la voluntad del lector que le trata. Varias cosas más y entre ellas una de las cumbres españolas de la cultura de todos los tiempos. Ya es bastante si estamos sinceramente persuadidos de que es verdad. Pero no fué un filósofo. Ni tampoco puede ser propuesto como el único conductor de nuestro pueblo ante problemas históricos que él no conoció ni siquiera se planteó.

—¿Qué es lo que de nuevo ofrece esta «Antología General»?

—Esa ordenación sistemática de lo más granado de la obra de don Marcelino. De los 62 tomos de sus Obras Completas, más los Epistolarios y los trabajos aun no recopilados en la Edición Nacional. He seleccionado una materia equivalente a ocho de estos volúmenes, que en la colección de la B. A. C. equivalen a dos de algo más de mil páginas cada uno. Creo que casi todo tiene una novedad esencial. En las 40 primeras páginas el mismo Me-

néndez y Pelayo se nos dibuja en un retrato simpático totalmente desconocido; luego unas 300 páginas con la ordenación de su idealismo o «juicios teóricos»: Religión, Moral, Filosofía, Arte y Literatura, Política y otra sección bastante desconocida; su descripción del alma de los pueblos y las regiones, especialmente de las españolas. El resto contiene una Historia de la Filosofía, que no hizo don Marcelino, pero que en esa serie de digresiones y minas iniciadas dejó despendida; una Historia General de España, otra de la Historia Religiosa, un resumen de su Historia de las Ideas Estéticas y una gran Historia de la Literatura Española y Extranjera que tampoco hizo él. Todo sistemáticamente ordenado.

Me da los índices analíticos. Paso la vista y me pesa encima la magnitud del trabajo que esto ha llevado consigo.

—Varios años de lectura repasada y dos de intenso trabajo para clasificar, ordenar y encajar perfectamente cada cosa en su sitio.

«ESTE HORRIBLE MADRID DONDE CADA MENDRUGO DE PAN TIENE CIENTO ASPIRANTES.»

—¿Hallazgos inesperados?

—Siempre hay cosas nuevas. Quizá lo más interesante sus rasgos personales: amistad, su vida incómoda en Madrid, las antipatías infantiles de este hombre que era la misma bondad.

—¿Por ejemplo?

—Los periodistas de su tiempo y Madrid. He recogido un florilegio de alabanzas para todas las regiones españolas. Con Madrid no podía. Es un encono ingenioso por el trabajo oficial al margen de su vocación y hasta por el clima: «He encontrado en este odioso pueblo el frío más horrible que puedes imaginarte»; «este horrible Madrid donde cada mendrugo de pan tiene cien aspirantes»; «estoy deseando perder de vista a Madrid... En las cartas familiares constantemente se le escapan expresiones de este tono. «En cambio, aquí—añade en una de ellas refiriéndose a Santander—me encuentro como el pez en el agua y suelto la piel vieja como las culebras.»

—¿Y para nosotros los periodistas?

—Era otra clase de periodismo. Hoy la profesión se ha dignificado. Don Marcelino, a pesar de sus continuas protestas, tenía muchas cualidades de periodista en cuanto a la facilidad de improvisación. En muchos aspectos fué un gran repórter de la Historia: desentrañó y divulgó noticias; así llamaba él a los resultados de sus investigaciones. Escribió en periódicos y revistas y aun dictó normas de cómo debieran ser muchas de las revistas en cuya creación tomó parte. Pero su honradez profesional, el sentido vocacional que daba al trabajo para una misión superior, le puso instintivamente frente a aquel pe-

riodismo vagabundo y bohemio, enviado y perezoso.

De este periodismo decía que había nacido para extender por el mundo la ligereza, la vanidad y el falso deber para agitar estérilmente y consumir y entontecer a los pueblos, para halagar la pereza y privar a las gentes del racional y libre uso de sus facultades discursivas para levantar del polvo y servir de escabelo a osadas medianías y espíritus de fango, dignos de remover tal cloaca.»

Para de leer y ríe.

—Conociendo a este hombre todo bondad, esta rabieta de niño, que se repite en bastantes textos, tiene un gran valor de humorismo humano. Pero éstos son detalles accesorios, aunque pintorescos, a la hora de abarcar la figura gigante del genio.

NOS LEGO LOS FUNDAMENTOS DE UNA ESPAÑA NUEVA

—¿Qué temas le han interesado más de la obra de Menéndez y Pelayo?

—Los que analizo en la Introducción General al libro: el hombre, a través del estilo—quizá por mi preocupación estética—, el hombre, en sus normas de conducta ciudadana y su posición política en un momento de crisis. Eran momentos de pesimismo. Lo más que se podía esperar del Gobierno era que no malbaratara nuestro patrimonio espiritual y material. Era mirado como un mal inevitable. Lo mejor en el sentir común era ponerse a la defensiva por las buenas y las malas. Trampeando como se pudiera en las coyunturas electorales y enseñando de cuando en cuando los dientes. Manteniendo con el Estado los contactos indispensables. La experiencia de cien años no había sido para despertar muchas ilusiones.

—¿Y la posición de Menéndez y Pelayo?

—Ni a la economía ni a los problemas sociales les concedió demasiada beligerancia. En esto fué un hombre del XIX. Las grandes encíclicas de León XIII no habían logrado eco en España. Habló mal del progresismo y de Espartero; de los carlistas recogió la herencia religiosa y nacional, pero sin incorporarse a ellos en cuanto grupo político; aceptó la restauración de la rama alfonsina quizá sin entusiasmo. Con mayor desgana fué diputado. Vindicó de todo corazón el gran esfuerzo fracasado de Balones. Defendió la descentralización administrativa y el respeto a la personalidad de las regiones, pero sin admitir cantonalismos federales. Políticamente espero otros tiempos y otros hombres para su Patria. Pero, entre tanto—y ésta fué su gran labor—, recopiló en su soledad la herencia histórica de España y nos legó los fundamentos de una España nueva.

—También dejó en obras y palabras los fundamentos de una convivencia política.

LEA TODOS LOS SABADOS

LA ESTAFETA LITERARIA

PRECIO 2 PESETAS

—¿Los principios fundamentales de esa convivencia?

—Es de lo que más claramente quedó formulado en la «Antología»: Inquebrantable fidelidad a las creencias católicas; cortesía y caridad con los adversarios, sin rastro de apostasía, y, por encima de todas las diferencias, una unión definitiva entre todos los católicos.

LA JUVENTUD ACTUAL ES MAS FRANCA, MAS DEPORTIVA Y GENEROSA QUE LA DE HACE TREINTA AÑOS

—¿A quién va dirigido principalmente el libro?

Respuesta inmediata, sin vacilación.

—A la juventud intelectual de nuestro tiempo, que sólo conoce a Menéndez y Pelayo a través de panegíricos retóricos o reticencias malévolas.

Sé que hemos tocado una de sus más hondas preocupaciones. La juventud. Desde este mismo despacho sé que son varios los muchachos que han salido con su vida decidida. No es la primera vez que hablo con José María Sánchez de Muniáin. Recuerdo otra conversación sobre este mismo tema. Entonces me confesó intimamente: «Nada me subyuga tanto como orientar a muchachos de valer, para que se abran camino en la vida». Y añadió después como en una íntima acción de gracias a Dios: «El Señor me ha concedido el tropezarme con algunos y poderles ayudar de una manera definitiva en su vida. Es una de mis mayores satisfacciones». Ahora sigue obstinadamente convencido.

—La juventud actual es más franca, más deportiva y más generosa que la de hace treinta años.

Este hombre pleno de experiencia, al mirar atrás no cree que cualquier tiempo pasado fué mejor. Por la ventana veo el tranvía de la Universidad que sube y baja en afán constante. Más allá, los campos de deportes.

MEDITACION, DEPORTE Y ARTE

—¿Las tres aficiones del catedrático de Estética?

—Meditación, deporte y arte. Confieso que me he quedado sorprendido sin poderme explicar luego por qué. Hay una perfecta vinculación en esta trilogía. Pero trato de adentrarme más.

—Meditación ¿de qué?

—Sobre todo, y como base diaria, el Evangelio y San Pablo. Son nuevos siempre. Luego, en un plano inferior, mi estudio de Estética.

—¿Deporte?

—Montañismo y frontón. Este nació con mi niñez en Navarra. Luego lo dejé. Ahora hago todos los domingos dos horas de pala. Creo en la formación del deporte y le considero un elemento de educación humana, como ya he expresado públicamente en diversas ocasiones. El deporte tiene valores físicos, morales y sociales de primera calidad en orden a la educación.

—¿Y el deporte como espectáculo?

—Me ha «pillado» usted con una impresión reciente. El jueves pasado asistí por vez primera a

un partido de fútbol, empujado por mis primos Jaime y José Luis Lazcano.

—¿Su impresión?

—No sé si por «snobismo» debiera decir que no me gustó; pero lo cierto es que encontré en él gran belleza, sobre todo en la prontitud de los reflejos psíquicos del jugador. Comprendo que apasione a la gente, aunque lamento que, para la mayoría, el deporte sea sólo espectáculo. En esto coincido con Lili Alvarez.

POETAS: SAN JUAN DE LA CRUZ, JUAN RAMON Y MACHADO

—¿Y de artes?

—Todas.

En un rincón de la librería, y también cubierto de polvo, he visto un violín.

—Por desgracia llevo mucho tiempo sin tocar. No tengo tiempo.

Catedrático de la Facultad de Madrid, vicepresidente del Consejo Nacional de Educación, consejero delegado de Redacción de la Editorial Católica, subdirector de la Biblioteca de Autores Cristianos, investigador y publicista, llega a la principal de sus aficiones de «evasión» y acaba confesándome que tiene que arrinconarlas entre el polvo de los estantes. Luego me habla de Bach, Beethoven y Stranvinsky como de vértices que cierran el triángulo de todo el arte musical hasta hoy producido.

En pintura todos los estilos son buenos. Desde los clásicos hasta Picasso, cuando existe el verdadero artista. Entre las varias obras que tiene entre manos, me subraya «La fundamentación metafísica del arte moderno», «al que desahucio», añade.

—Los estilos se prestan como modas, pero son modos y tienen todos su razón de ser. El artista tiene derecho al «ismo», pero no puede constituirse ninguna filosofía del arte sobre los «ismos».

Me dice que el mejor poeta español ha sido San Juan de la Cruz, y entre los modernos, Juan Ramón y Machado.

UNA TRISTEZA Y LA INCOMPRESION DEL PREUNIVERSITARIO

Dos son las facetas que me interesa tocar, aún para tener toda la personalidad compleja de José María Sánchez de Muniáin.

—Quiero que hable ahora el ex director general de Enseñanza Media.

—Una profunda tristeza porque no se haya entendido el verdadero significado del curso preuniversitario. Podría ser la base de la formación de la juventud y la mejor experiencia para la renovación de los métodos de la enseñanza.

—¿Dónde está la clave de esa renovación?

No hay que renovar sólo los métodos, sino la educación en su conjunto. La clave está en la formación del profesorado. Mientras no le hinquemos el diente a este problema, las diferencias entre cualquier ley o plan son accidentales. En el curso preuniversitario se quiso quitar todo lo que fuese carga memorística y se dejó al alumno en manos del profesor para que éste le diese esencialmente una «formación», le moldease humanamente, según un criterio humanístico. Lo que han faltado han sido iniciativas formativas en el profesorado.

Una última pregunta:

—¿Contento de la obra realizada en la Biblioteca de Autores Cristianos?

—Es una obra que Dios ha bendecido por encima de todos nuestros esfuerzos e ilusiones. Su principal artífice ha sido su director, Máximo Cuervo. Yo sólo he colaborado con él. Si a la hora de comenzar nos hubiesen anunciado los títulos que luego hemos publicado, no hubiéramos creído en el éxito. Es reconfortante comprobar la sed que en todo el mundo de habla española —en América se vende casi tanto como en España— había de los libros de esta cultura religiosa. La Biblia, San Agustín, la «Suma» de Santo Tomás, el Derecho Canónico se han difundido con prodigiosa proliferación.

V. L. AGUDO



La vida hogareña compensa al hombre de la dura jornada del trabajo cotidiano

LA CIUDAD DE VERACRUZ TOMADA AL ASO POR LOS VISITANTES DEL "CIUDAD DE TODO"



Una multitud llena de curiosidad e interés, recorre la Exposición del «Ciudad de Toledo», amarrado en Veracruz

SOL TROPICAL Y TIBURONES

Españolito dormido no tiene hotelito en Veracruz...

NOS despertamos sobresaltados. Al otro lado de las abiertas ventanillas del coche, guitarra y laúd, dos veracruzanos de buen humor nos daban los buenos días con una canción apropiada al instante. El calor en el coche era impresionante. El sol tropical, despejado e hiriente como un mazo, brillaba sobre el puerto. Estaba alta la marea y coleaba la espuma en los malecones. Buen momento para darse un baño después de haber dormido, poco y mal, durante dos horas. Las noches de Veracruz son alegres y desventueltas.

—¿Podemos bañarnos por aquí? Los veracruzanos miraron el mar con su mirada negrísima y tranquila.

—Si que pueden.

—Estupendo.

—Pero por aquí mismo se comieron los tiburones a un inglés. ¿Saben lo que son tiburones?

Con la noticia se nos quitaron las ganas de mojar en el agua ni un solo dedo. Esperaríamos, luego, a hacerlo en las playas protegidas. Ahora, sin más explicaciones, a buscar un sitio donde lavarnos y desayunar. Esto era un pequeño recorrido de aventureros. Todos los hoteles estaban ocupados. Los comedores, restaurantes y bares tenían cola. La ciudad de Veracruz, «la siempre heroica», estaba tomada al asalto por los visitantes del «Ciudad de Toledo». La noche antes habíamos recorrido, uno por uno, todos los hoteles y casas particulares que ha-

bían querido huéspedes. Ni esperanza. En uno de ellos nos dijeron:

—Duerman en el jardín. Allí hay unas sillas.

—Para eso dormimos en el coche.

—¡Pues qué bueno, mano!

Ahora, en la mañana, entramos en El Castellan. En el lavabo del comedor me afeité tranquilamente, mientras fuera los felices huéspedes golpeaban la puerta para lavarse las manos. Cuando salí...

Así empezó el día. El «Ciudad de Toledo», limpio y claro, tenía ya una respetable «cola» para entrar. Menos mal que, desde la noche antes, el jefe de la Exposición flotante, señor Erice, nos había dado su contraseña. Veracruz ardía bajo el sol. Cientos de coches, alineados en las calles, enseñaban la cara alborotada y lastimosa de sus ocupantes:

—Buenos días, hombre.

—¡Uf!

CON EL SEÑOR QUE HACIA EL NUMERO MILLON Y MEDIO DE LOS VISITANTES

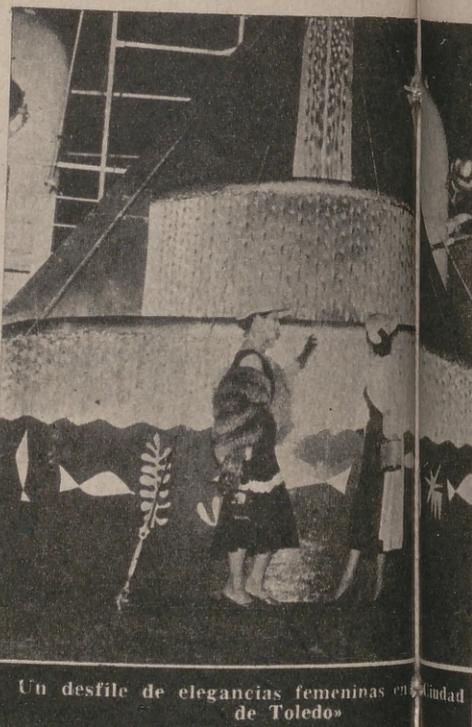
Lo fantástico del interés y del entusiasmo despertado por la Exposición flotante española no es, ni con mucho, la presencia de los españoles que vinieron desde miles de kilómetros para verla, sino la superior y manifiesta simpatía de los mejicanos. Eran éstos los que predominaban en número y los que iban a tener, en una de sus gentes —como se dice por aquí—, la satisfacción de convertirse en el visitante «millón y medio», entendida la cifra, naturalmente, en la totalidad de su recorrido.

Nos hemos sentado en el bar del «Ciudad de Toledo». Rodea un

MILES DE KILOMETROS CORRIERON MUCHAS PERSONAS A VER LA EXPOSICION FLOTANTE ESPAÑOLA EN EL PUERTO MEXICANO

EL SEÑOR "MILLON Y MEDIO" Y SU ESPOSA SOÑARON TODA SU VIDA CON PODER VENIR A ESPAÑA

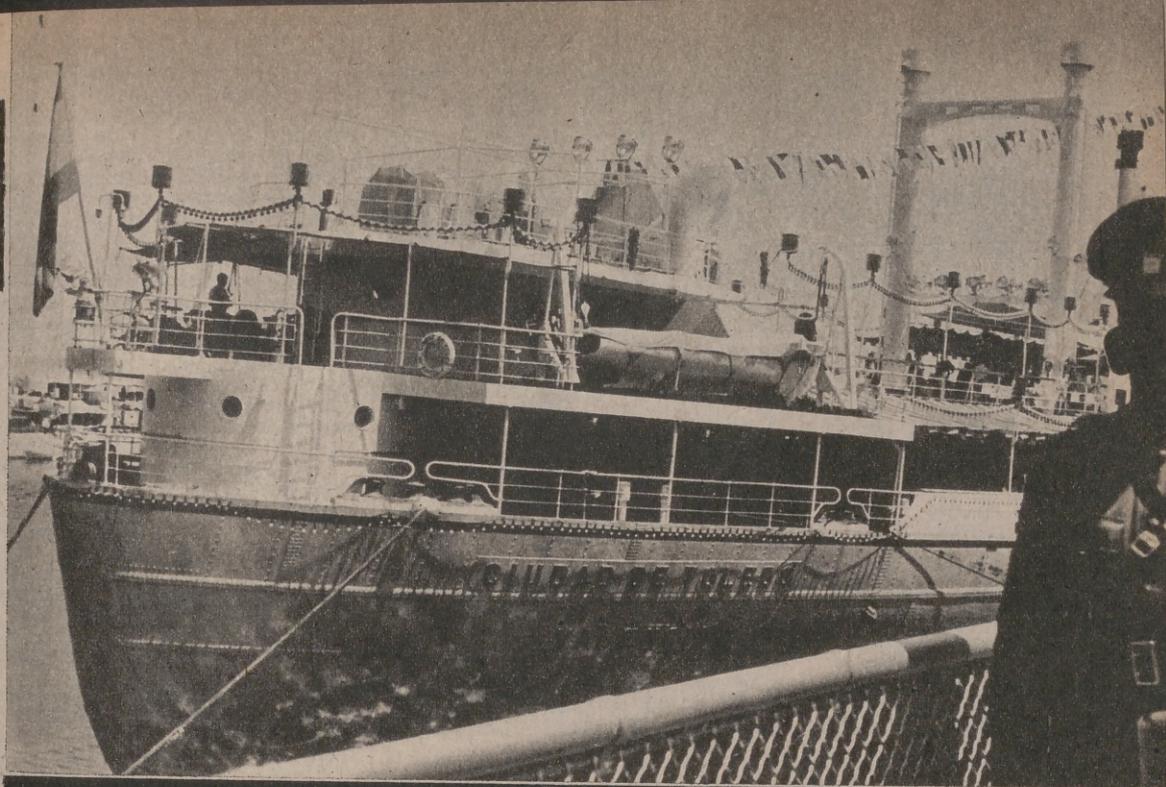
Cientos de anécdotas emanan en el recuerdo de la travesía



Un desfile de elegancias femeninas en el «Ciudad de Toledo»

poco de expectación y de halago a la pareja..., porque el señor «millón y medio», como le llama todo el mundo, son dos. Es decir, él y su esposa. Es un hombre alto y fuerte, con aire de rancharo. Una mirada brillante y alegre detrás de las gafas. Un bigote negro y el color moreno y campero. Su esposa, tocada con la mantilla española, regalo que le hicieron a

Erice jefe de la Exposición Flotante, conversa con nuestro redactor Enrique Ruiz García en Veracruz en presencia de un secretario de la representación española en Méjico.



El «Ciudad de Toledo», donde va instalada la Exposición Flotante Española que navega por aguas americanas

bordo, es la figura neta y clavada de una andaluza.

—Pues soy «mera», «mera» mejicana por los cuatro costados, señor.

—¿Y su ascendencia?

—Yo soy de Pizarrón de los Montes, en la provincia de Querétano. Lo que si sé decirle —dice alegre— es que nuestro pueblo lo fundaron muy allá... pues treinta familias españolas. De ahí vendrá todo.

El marido, José Bautista Romo, de Aguas Calientes, está feliz en su papel de cifra redonda. Por tres veces, marido y mujer, habían subido al barco, y venían, como tantas y tantas familias, de muy lejos.

—Teníamos una ilusión tremenda.

Ahora, recíprocamente, regala a Francisco Sebastián Erice, en caja de plata, un artístico alacrán de vainilla, el producto natural de su tierra. El terrible animal de las tierras calientes. Aún de vainilla, la verdad, no dan ganas de jugar con él.

Repentinamente, Erice tiene una idea bien singular. Insiste en que la haga llegar a la Prensa española. La idea es la siguiente: «Inventar un sistema por el cual esta feliz pareja pueda visitar España.»

Una vez lanzada la noticia, el

matrimonio se queda suspenso. Más tarde, como si estuvieran solos, tal como hablarán en su casa, se dirige ella a él:

—Pero, ¿lo oiste?

—Pues sí, mujer; pero ese es el sueño de nuestra vida... Luego salen. El barco tiene millares y millares de visitantes. Las noticias, sin embargo, vuelan. Todo el mundo les conoce. Ya en la tarde, como quien no quiere la cosa, se daba la idea por segura: «Van a ir a España.» Así se escribe la Historia.

CONVERSACION CON ERICE

El jefe de la Exposición flotante española anda de un lado para otro incesantemente. Todo el mundo pregunta cosas y algunas de las más extrañas. Pero aun así, se encuentran respuestas. En las cubiertas, las veracruzanas, morenas y bellas, preguntan y preguntan a los jóvenes oficiales.

Nosotros, mientras tanto, hemos encontrado un momento de calma. Es la conversación que cuenta, un poco, la historia de los viajeros. El barco por dentro, con sus emociones.

—El recibimiento y el cariño

de Méjico nos ha parecido admirable. Además, hoy tuvimos una visita impresionante.

—¿Cuál fué?

—En la mañana estuvieron aquí tres exilados políticos que pidieron permiso para besar la bandera. La escena fué tan impresionante que lloramos todos.

Hay un momento de pausa.

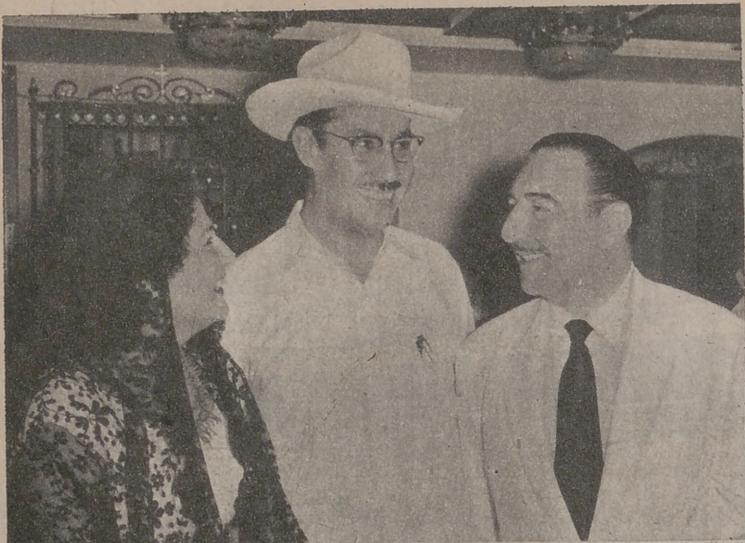
—Por seguir la misma historia le diré, igualmente, que otros dejaron unas hojitas de propaganda, y que los mismos mejicanos, los visitantes, las recogieron y las entregaron al oficial de guardia.

Son, en realidad, cientos de anécdotas emocionantes las que van rodando en la charla. En todos los puertos, en todos los lugares, se repite el mismo deseo unánime de visitarle, es decir, en el fondo, de tomar contacto con España. El gobernador de Veracruz, que visitó el buque con su esposa, estuvo enormemente cordial. Al final, en el primer día de visita, se tocaron los brazos nacionales de los dos países.

—Puede ser que hiciera veinte años que no se hiciera en un navío español. Al gobernador le regalamos una pistola española damasquinada.

Esta es la entrada a la Exposición del «Ciudad de Toledo». Las numerosas personas que acudieron a Veracruz para visitar el barco español, crearon en la ciudad un problema de aglomeración





Jose Bautista Romo (centro) con su esposa, mejicanos, de Aguas Calientes, que cumplieron durante su visita el número de millón y medio de visitantes desde que el barco comenzó las escalas americanas. El señor Erice (derecha) obsequió a la señora con una mantilla española

Repentinamente entra en el bar una joven pareja mejicana.

—Señor —dice la mujer—, hemos hecho quinientos kilómetros para venir. Antes de salir de casa le dije a mi esposo, ¿a qué no lo adivina?

—Pues le dije que estaría encantada de dormir en el parque..., y así nos ha pasado. Mi marido protesta —dice sonriendo— porque es un poco «lojón».

FANTASIA DE LAS CIFRAS

El puerto donde mayor cantidad de público ha visitado la Exposición ha sido en Buenos Aires, donde la cifra llegó a 450.000 personas. Fué libre, también, la entrada. En los demás puertos las Comisiones hispanolocales ponen un precio de entrada, que se destina a obras de beneficencia del país.

—Para darle alguna idea de lo que significó en Venezuela la presencia del barco, le diré que solamente los derechos de peaje automovilístico entre Caracas y el puerto de La Guaira significaron una cantidad de 64.000 bolívares, equivalentes a algo más de tres millones de pesetas. Y en Montevideo, los ingresos de entrada se destinarán a una nueva sala que se llamará «Ciudad de Toledo».

UNA BANDERA ESPAÑOLA EN EL VIEJO FUERTE DE CARTAGENA DE INDIAS

Contar y no acabar. Vienen los jóvenes oficiales y despliegan, en la emocionada memoria, el gran reportaje de todo lo pasado.

—¿Y qué me dicen de los de Cartagena de Indias?

Francisco Sebastián Erice vuelve a tomar la palabra. Es un patriarca fino y joven entre la muchachada.

—Verdaderamente fué algo hermoso. Durante todo el tiempo que permanecimos en el puerto, la bandera española estuvo izada en el castillo de San Felipe, que defendiera, en otros tiempos, el gran Blas de Lezo. Fué una gran gentileza.

Un leve momento de descanso. Rompe la palabra un oficial.

—Me asomaba en la mañana a cubierta y sólo de ver la bandera se me calentaba el corazón.

LA RUTA DE BALBOA

La milagrosa memoria escala todos los puertos. Las figuras pasadas vuelven.

—¿Os acordáis del americano de Colón?

—¿El de las castañuelas?

—Sí. Es un hombre muy curioso y que tiene una colección estupenda de castañuelas españolas, aparte de las que él mismo fabrica de las maderas más exóticas. Su interés por España ha terminado haciéndole descubridor de nuevos aspectos arqueológicos del viejo fuerte de Panamá. Allí también los americanos conservan cuidadosamente la vieja ruta de Balboa y uno de los lugares donde acampó en la peregrinación hacia el Pacífico. Es una selva impresionante que hoy sigue siendo impracticable.

LAS IMPRESIONES DEL COMANDANTE DEL BARCO

Son muy pocos días los que el barco permanece en estas veinticuatro escalas americanas. Pero

durante ese breve tiempo, millares y millares de personas, con días de treinta y de cuarenta mil visitantes, pasan por la Exposición. Un instante después, sin pausa, comienza nuevamente el «acicalamiento», el orden y la armonía de las salas.

—Todos trabajamos en algo—dice el comandante—; pero no por ello deja de ser meritosa, y le ruego que lo haga saber, la incansable actividad de la tripulación.

El comandante es un hombre fuerte, rojiza la piel, gruesa y amable la voz. Parece un vasco.

El se ríe: «Todo el mundo me dice lo mismo, pero soy catalán. Mi apellido es Leal».

Lleva veintisiete años en el mar, pero todavía no se ha recordado de la sorpresa y de la emoción que le produce, por sus especiales características, este viaje.

—Para un marino siempre es halagador hacer un viaje como éste: escala y escala en los países de nuestra Lengua.

—Entonces dígame su impresión como marino.

—La mejor impresión—amarinera— se entiende—es la de haber realizado hasta hoy 14.000 millas sin haber tenido un solo día malo. Piense además que traemos una carga delicada y que el mar fuerte puede ser desastroso a esos efectos, aunque se han fijado lo mejor posible.

En el despacho del comandante, moderno, bello y funcional —¡qué lejos estamos de los tradicionales!—, campea la fotografía de su esposa y sus seis hijos.

—A nosotros, marinos, nos sorprende y nos deja confusos, en parte, los recibimientos y las despedidas que tenemos hoy. Normalmente, como comprenderá, estamos más acostumbrados a la paz de los puertos. Piense que en Buenos Aires entraban 70.000 u 80.000 diarios. Aquí, en Veracruz, entre los 20.000 y 30.000.

—¿Cuál es la preocupación dominante en el buque?

—Que la Exposición siga siendo una Exposición y no «lo haya sido». Que continúe como el primer día en cuanto a presencia y forma exterior. Yo calculo que llevamos unas cuatrocientas toneladas de materiales diversos.

LOS JOVENES QUERIAN UN «CICLONITO»

El poco tiempo que se ha esta-



Jóvenes mejicanos contemplan un tapiz que dibuja una vista de Toledo

do en el puerto de Veracruz impidió a la tripulación hacer una visita a la ciudad de Méjico a 457 kilómetros. Una de las «victimas» era García-Sánchez, que tenía anunciadas unas conferencias, y que a la hora matinal de la misa me decía: «Me he quedado compuesto y sin novia.»

Donde la cosa era más graciosa era entre los jóvenes oficiales. En el comedor de a bordo, mientras desayunábamos, me preguntaban, bien eufóricos, si con mi experiencia de «aclimatado» tenía alguna pequeña esperanza de un pequeño «norte» veracruzano, que, como es sabido, alcanza una furia vertiginosa. Uno, la verdad, no podía darles, ni aun en broma, la menor respuesta. Por el brillante, claro y cálido mundo tropical, la verdad, no pasaba una levé corriente de mal viento. No se podía ni presumir de lo que no se sabe. Claro está que era conversación de mocedades.

Jorge Salvat, ingeniero del barco, con abundante correspondencia femenina en la mano, escuchaba, entre bocado y bocado, la amonestación paternal de otro de sus compañeros, maduro ya:

—Mira, yo me inclino por...

Todo este ambiente de buen humor, alegre y festivo, tenía por fondo la fantasía andaluza del mayordomo del barco, un andaluz de nombre Juan Montoya, que se acercó a mí para someterme a bello interrogatorio:

—Oiga, me dice el señor Erice que se va a quedar a comer con nosotros... ¿E verdán?

—Desde luego.

—Pues ya verá qué paella va a comer, hombre de Dios, después de tantos meses de América.

Juan Montoya, alegre y solícito como un niño, vino unas horas después, en la sobremesa, a mi lado:

—Firmeme el menú y póngale alguna cosita. Ande, hombre.

Yo firmé la cartulina a este hombre encantado y feliz con su oficio. La paella era buena, la verdad sea dicha.

VERACRUZ EN DIA DE FIESTA

La ciudad tenía al mediodía el aire de un día de peregrinación o de campamento múltiple. Es una ciudad extremadamente alegre y feliz. El sol parece dar, con su sola presencia, entre un mundo de verdura, de palmeras, plátanos y cocoteros, la línea general de su íntima naturaleza. Cafés y terrazas estaban llenas, completamente de gente. Se desbordaba ésta a las calles para adquirir su plenitud en el Zócalo, es decir, en la Plaza Mayor, entre el Palacio municipal y la catedral.

Jóvenes muchachas, la cesta de flores en el brazo, recorrían aquel mundo de improvisado turismo, colocando en las solapas las rojas flores.

—Pues sí que estaría muy bien que viniera un barquito de esos muy de vez en vez—decía, admirado, un veracruzano vendedor de refrescos.

Un ambiente acogedor y tierno. No es raro que alguien, a bordo —no está bien decir nombres y señales—preguntara por los ciclones del golfo.

Mientras tanto recorrimos, paso a paso, esta ciudad que nació con Hernán Cortés, soldado y bachil-

ler nacido en Extremadura, en la madrugada del 21 de abril de 1519. Sobre unos arenales se hicieron las primeras casas. Casas que el «norte» fué desmantelando y destruyendo. En tres ocasiones los españoles buscaron por estos lugares una situación geográfica propicia, pero de una y de otra parte la arena, el viento, el ciclón y el clima acabaron con aquel inicial mundo naciente. Allí por 1599 el virrey, cansado de la peregrinación entre hombres y elementos, decretó que la ciudad se edificara definitivamente en los iniciales arenales del desembarco cortesiano. Ahí está hoy la bella Veracruz.

Mirando hacia el puerto, por las oscuras aguas que llevan a la Isla de los Sacrificios, dorada bajo el sol, el «Ciudad de Toledo» dispone todo a bordo para la partida. En el agua, buen camino, según la fama, para los tiburones, la proa levanta la espuma blanca de los primeros movimientos. La ciudad espera, reloj en mano, la hora de partida anunciada: las seis de la tarde.

REGRESO A LA CIUDAD DE MEJICO

El regreso a la ciudad de Méjico, después de la emocionante despedida, es otra aventura. Cientos de coches ocupan, en fila un día, las carreteras. La aventura surge, en un país donde las dis-



Una impresionante fotografía. Una veracruzana, descalza, no ha querido dejar de ver el «Ciudad de Toledo». La entrada costaba cinco pesos, es decir, 17 pesetas.

tancias no tienen mucha importancia ante el acelerador, en el bonito momento de pasarse unos a otros. La selva verde a un lado y a otro del camino abre un paréntesis.

En el entretanto, se acabó la «supergasolina» y los grandes coches americanos «cascabelean» en la carretera. En todas partes nos encontramos, entre serios y divertidos, con el cartelito de «No hay» o «Se acabó». Ha sido, en fin, como una especie de repentina plaga de langosta por todos los caminos.

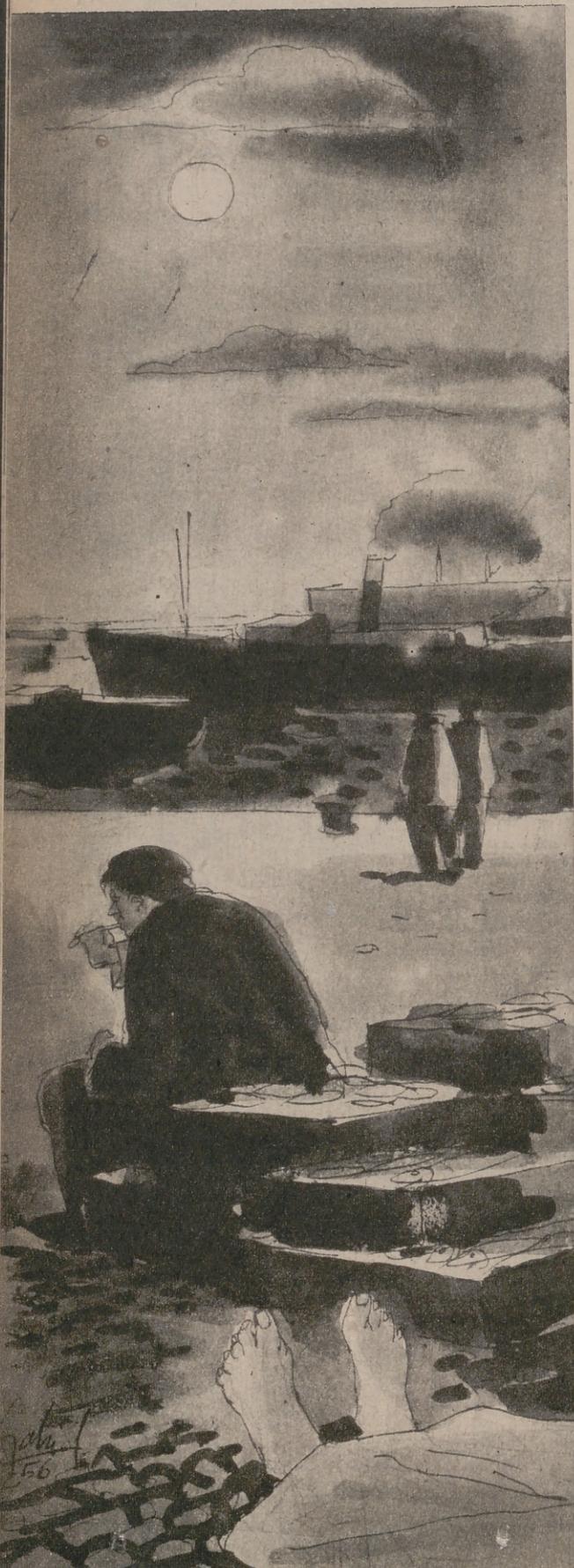
Cuando llegamos a la ciudad de Huamantla, casi las once de la noche, gentes madrugadoras nos habían dejado sin café con leche y casi, la verdad, sin cena. Después de diversas y diplomáticas entrevistas con la cocinera y el aturdido y simpático camarero del bar conseguimos llegar a una especie de «tente en pie» para continuar viaje. La lumbre blanquecina y roja de los faros de los coches iluminaban, uno tras otro, el paisaje en sombras. Cuando llegamos a Méjico era la una de la madrugada. Veracruz nos había tenido dos días sin dormir. Pero podemos contarlo.

(Fotos Roig y Varela.)

HISTORIAS DE MARINOS

NOVELA

Por Fernando QUIÑONES



ENTRE los muchos papeles que dejó al morir (junto a dos mil seiscientas pesetas en billetes de veinticinco) el patrón que lo fué de barcos pesqueros Elías Cantalejano Lanz, salen, un tanto arregladas y puestas en orden por quien se hizo cargo de ellas, estas historias; gustarán o no, pero vienen de la novela misma de su vida y puede ser que, como son verdad y él fué un hombre que sabía mucho y que estuvo muy en el ambiente de los marineros y los pescadores, hasta resulten interesantes. De escritas y artísticas si que no calcula uno cómo estarán... Elías hizo tres años de estudios con los Maristas antes de caer por el muelle, y el que le ha apañado después las Memorias que dejó hizo cinco, eso desde luego.

I

EL AHOGADO

MANOLO Briaña, el patrón, venía encaramado en la proa y empezó a contarlo a gritos limpios mucho antes de que la motora «Paquita» tocara los cantiles del muelle, y de las chabolas hundidas, de los malecones oscuros, de las tabernitas húmedas y calientes, fué acudiendo toda la gente del pescado. Se formó, a la orilla del muelle, una hilera tan larga, tan gris y tan triste como la baja tarde de aquel día de noviembre, cerrado en nubes y viento frío. Manolo Briaña voceaba la noticia:

—¡Eh, Juan Pintado! ¡Qué traigo muerto a Juanito Pintadooooo!...

Juan Pintado se enredó en la red cuando la sardina, y ya no hubo manera de sacarlo vivo. Yo lo había visto por última vez una semana antes, festejando el estreno de sus treinta y cinco años con Laiño el de Bouzas y su abuelo «Verderol», el acordeón más habilitoso de toda la costa. Le oí cantar muchas veces seguidas la copla de la Antonia Reyes, aquella mujer que dicen que supo más que nadie de las cosas del agua y que ya con ochenta años timoneó una fragata hasta Cabo Verde. Y ahora lo traían en cinco cajas de las grandes, cubierto de nieve como un cazón, con las manos tiesas y superpuestas sobre la hebilla de la correa y un gesto más bien tranquilo en las carnes heladas del rostro. Alguien dijo:

—A ver, que no se le vaya a acercar el perro, animalito... Tú, «Mojarra», hombre, ¿por qué no te lo llevas y lo encierras para que no vea al amo así, animalito? Luego se podría quedar en la caseta de los de «La Limitada», que estaban queriendo un perro.

A las ocho y cuarto, sin moverlo de los cajones negruzcos ni de la nieve que lo estaba aguantando, subieron a tierra a Juan Pintado. «Verderol», el abuelo, estaba en la mar. Y alguien tenía que velarlo. Los que habían ido a dar parte volvieron diciendo que el juez vendría por la mañana a verlo, a levantar el cadáver que es como se dice, y en el entretanto no se le podía tocar ni aun pelo de la ropa. Manolo Briaña me dió un cigarro y me puso una mano en el hombro:

—Mira, Elías, de todas las maneras, como tú tendrás que estar aquí al cuidado de la calada, que la calada, digo yo, tendrán que llevarla al tren de madrugada. ¿no?...

—Sí, claro.

—Bueno, pues como de todas las maneras tú tienes que estar aquí, pues aquí te lo ponemos y tú le echas una miradita de cuando en cuando, que nosotros salimos, pero que ya mismo a descargar en Bonanza.



Manolo Briaña miraba por entre las bóvedas de la lonja.

—Esta noche no va a haber un alma por aquí. Y... y te lo dejo a ti porque aunque estás mal ahora, has sido patrón y eres un señor. Eli, hijo, que no lo toque ni el aire... ¿Te queda tabaco?

—Apenas; pero ya compraré cuando vaya a comer, déjalo.

—¡Ah, sí, es verdad que tienes que comer!... Bueno, Eliás, ¿y quién se queda mientras con vuestro pescado y con el pobre Juan?

—Perico Lloret

—Bueno, vamos a ver, vamos a ver dónde está Periquito...

Y ya venía Perico, corriendo entre el poco trajín pesquero de la noche aquella

—Periquito, hijo...

* * *

Cuando pasada la una me quedé solo con Juan Pintado, la niebla, las tres cajas nuestras de pescadilla más la de merluza y las dos de colas de rape, algo cansado ya de rezarle al muerto, me pareció ver, mirándolo fijamente, que estaba riéndose con disimulo. En la estación, traído por el aire, se escuchaba el resollar cansado de una locomotora vieja maniobrando. Yo tenía un miedo atroz, más que el que me han dado todos los muertos juntos que he visto, y creí que iba a estar lo menos un mes soñando con Juan, viéndolo en la red riéndose y ahogándose y acordándose del acordeón de su abuelo.

Poco antes de las tres, un gato que rondaba se acercó a olerlo. Me volví loco y le tiré como quince pedazos de hielo, aunque ya estaba muy lejos de los primeros que volaron. Yo quería dejar el miedo a un lado. Por si fuera poco, serían las cuatro cuando llegó Manolito «Rácana», el tío más viejo de la tierra, que empezó a chochear y a orinarse a mi lado, hipando de pronto y diciendo cosas sin pies ni cabeza. Cuando se le asentaba un poco la sesera, venía y me preguntaba, señalando con un dedo tembloroso:

—¿Quién es, quién era, quién es?

—Juanito Pintado, el chiquillo de «Verderol», que se ahogó en la mar.

«Rácana» se echaba de pronto a cantar, con los ojos en blanco.

—Manolito, ¿te quieres ir ya? Mira: como me mees el pescado, te mato.

Un poco antes de las cinco vinieron los carabineiros del puesto con Ezpeleta y «Churringui».

—Qué, ¿sin novedad?

«Churringui», que estaba muy apenado, procuraba también esconderse apuradamente, en las vueltas de su capotón de aguas roto, una cola grande de langosta que, de seguro, acababa de robar. Cuando por fin se fué todo el mundo, me puse más asustado que nunca y me daba pena acordarme del cuadro de un pintor muy bueno de Valencia que se llama «Y aun dicen que el pescado es caro» y que tenía por mi casa recortado de un periódico, mientras que el hartón de fumar y la sensación cada vez más grande de que Juan Pintado sonreía y me guiñaba, empezaban a descomponerme. Me moría porque amaneciera. Perico volvió a las seis, preparó charlando las cajas de pescado y se las llevó a embarcar al tren en el carro del borrico cojo. A la vuelta, me trajo café y coñac, y se fue a arreglar el papeleo del embarque de las cajas. El burro, al acercar el carro a las cajas y al muerto, reculaba y coceaba al aire, levantando la cabeza asustada. Cuando nos quedamos solos otra vez, Juan ya no parecía hacer nada, sino que se estaba muy quieto en su mortaja de hielo, igual que si entendiera la pena y el susto que me daba. Y así se estuvo ya siempre. Cuando despuntó la claridad, unos pocos minutos antes de que llegaran el juez con el armador y el forense en un coche oscuro, noté como si Juan Pintado estuviera en yo no sé qué sitio, bien o mal, pero cantando la canción de la Antonia Reyes muchas veces. Estaba seguro de esto, hay que ver lo que es la imaginación. Con unos chirridos y balanceos se detuvo el coche del juez, que se bajó y se vino derecho hacia mí. El alba resbalaba por los grandes y amargos pies del muerto.

II

LA BOTELLA NARANJA

Yo había pensado en contar lo que pasó con aquella botellita de color naranja, diciendo antes que el escribir, cuando se hace por afición, un libro o un papel escritos por el gusto de escribirlos, y hasta si se publican, son también lo mismo que una botella a la aventura, una botella que alguien tira a la mar, que flota y camina y que alguien recoge, si la recogen. En cuanto a la botella naranja la vimos los del «Monseñor», pero la cogieron los del «Majestad». El grumete del Mon, que estaba siempre mirando a la mar (cosa que ya hoy no se estilaba), fué quien le puso la

vista encima a la botella; estaban los barcos como a medio camino de América, detrás de a merluza, con veintiséis días ya sin oler la tierra y un tiempo de aguas y vendavales que saltaba los cables viejos y ponía loca a lo pareja, de suyo tranquila y bien costeada en los astilleros de Sestao. Se había cogido pescado sin parar, con suerte y mucho trabajo; andaban los brazos agotados, molidos los huescos. Nos encontrábamos escamas hasta por dentro de las orejas. En terminando la jornada muchos hombres se echaban a dormir en la puerta misma de los camarotes, sin ganas de hacerse la litera ni ánimos de bregarla y subirse encima, por los bichos también. Uno que había salido a orinar lo pasó mal con un maretazo que le metió mano y que por poco se lo lleva en mitad de la noche. ¡Virgen Santa! Luego vinieron las nieblas tiritonas. Y entonces fué cuando apareció la botella naranja.

Flotaba en la mar. Parecía una botella extranjera de licor o medicina. Cuando se arrimó un poco todos pudimos ver el lazo verde que le taponaba el cuello y también vimos el papel, UN PAPEL QUE TENIA DENTRO. Daba cabezaditas entre las aguas feas como diciendo que no, que no creía que había encontrado por fin dos, diez, cuarenta manos que la recogieron. Estando en engancharla se levantó fuerte el Sur y todos creímos que la botella seguiría viaje. Pero, terca y errante, aparecía una vez y otra vez cerca de la pareja, bamboleándose entre los grandes lomos oscuros del mal tiempo.

Cuando a la noche se pegó la pareja para dormir, tres o cuatro del «Monseñor» y otros tantos del «Majestad» estuvimos con faroles y bicheros procurando reguindar la botella, por lo del papel y que nos había caído simpática. Alguien hasta estaba tramando la cachimba espesa para poder arriarla pronto y bien. Me fijé que entre la luz de los faroles, con aquellas caras muestras sin afeitar y la barba hundida en el pecho mirando al agua, teníamos un algo que daba pena, como de niños lastimados que no tienen lo que necesitan yo no sé, algo que se masticaba entre los gañidos de muerto de la ventolera y el silencio caliente y estrecho de los barcos, esa cosa de los pesqueros en faena con olor a locomotora, donde se oye solamente a la noche un crujir de estays, el moverse de un dormido y el fuerte o suave «trás, trás» del agua contra las bordas. Por fin el patrón, que es quien manda, se levantó y nos echó a dormir, mientras se apretaba la pella contra el cuerpo desnudo desde su puerta.

—¡Ea, a dormir!... ¡Tanta botellita, botellita!... Y mañana, ¡qué cuerpo tendréis!... ¡Eh?...

A todo esto era uno de mis últimos viajes de embarcado; entonces ya servía uno para poco más que nada.

El primero que se puso en planta por la mañana volvió a ver la botella, algo lejos, pero tranquilita, igual que si estuviera viva y pendiente de no alejarse demasiado ni de acercarse lo bastante a los barcos. A la mañana y la tarde hubo faena de merluza, espantadísima de las tormentas, y la botella se estuvo a dos brazadas de la red. Algunos procurábamos con disimulo que se metiera en las artes, a pique de perder piezas y de que lo viera el patrón. Pero no fué posible, y me acuerdo de que aquella noche estábamos todos como muertos, no podíamos mover ni un dedo, 27 de enero ya, porque habíamos salido de Cádiz la noche de Año Nuevo y llevábamos justo tres semanas y seis días navegando. Yo estaba algo más descansado que otros, con que me arreglé un poco el camastro y le moví el suyo al alicantino que dormía en el de arriba. Todos pensamos antes de dormirnos en la botella, y aquella noche Tricu, mi primo Illo-Illo, que le contaba cosas nuestras a un señorón de Cádiz para libros y asuntos de arte, Salvador Reina, Bolívar, «el Miqui», Mejuto y yo soñamos otra vez con mujeres.

Por la mañana, estirando los brazos, me enteré de la noticia. Los del «Majestad» habían cogido la botella. Saqué la cabeza a la neblina de fuera y un olor de aceite caliente me dió en toda la nariz. Era temprano. Todavía no se había despegado la pareja, aunque estaba a punto de hacerlo. Procuré vestirme ligero, pero los movimientos con la misma prisa se me hacían despaciosos y torpes. Todas las camaretas oían a perro durmiendo. Las malditas vendas de la pierna estaban flojas otra vez. Empezaban a dejar ver el al-

godón y la grasa, aún no calados de sangre. Tricu se acercó me levantó el algodón y miró el corte de la pierna. El fué quien, sin querer, me había hecha aquella herida con un bichero cuatro días atrás. Después me hizo el vendaje bien apretado.

—Eso está ya bien—dijo.

Cuando llegué arriba y me dió el frío, «el Majestad», estaba ya a setenta metros forzando el vapor, y Pablo, que fué uno de los que habían estado conmigo más pendientes de la botella, me quería contar algo a gritos. Corría mucho aire. Me señalé las orejas con la mano, diciéndole por señas que no me enteraba de nada. Pablo me dijo con la mano que esperara, se achó abajo y volvió a salir. El «Majestad» estaba cada vez más lejos. Pablo levantó las manos y me enseñó en una la botella naranja y en la otra lo que debía ser el papel, cosa que no vi más que un momento porque la niebla se había echado de golpe sobre el mar, como una manta que cae, y todo se perdió de vista mientras las dos sirenas mugían. El patrón me palmoteaba la espalda al pasar:

—¡C... con tu botellita, Eli, hijo!... Apareció ya, ¿no?... Ya estaréis tranquilos.

—¿Qué era?

—Non lo sé.

Nadie lo sabía en el «Monseñor». El patrón iba anunciando algo mejor. Nos volvíamos a casa. Otro día más en los bancos, y a casa. Se iba a acabar de recoger temprano y a dormir bien la noche. A la mañana, trabajando fuerte, se podían acomodar y precintar los empanetados con el pescado, dejando el material listo, prieto y como debe de ir. Otra vez las manos tiesas de la nieve y las punzadas a los más viejos. Pero en seguida a comer y dormir cuanto se quisiera, como duques, mientras se navegaba hacia el puerto, sin repostar ni nada en las Canarias o en África. Y a toda máquina. Porque habíamos hecho el trabajo y porque decían que la radio había anunciado dos borrascones de ¡vaya usted con Dios!

Al llegar la noche se acercó el «Majestad» y Pablo saltó en seguida a vernos. Traía la botella en un bolsillo y el papel en la mano. Era una hoja con fecha de Nueva York y del verano último. Ponia dos líneas en inglés con tinta azul y de quince o veinte palabras. Ninguno sabía inglés. Salvador Reina cogió el papel muy serio e interpretó en voz alta que «el Ratón», allí presente, era imbécil. Había buen humor con el aquel de que volvíamos. Otro hombre habló de que las bromas bien estaban en su sitio, en su momento y ocasión, cogió el papel y empezó a leerlo, pero se le notó el juego en seguida y levantamos un griterío horroroso, tan fuerte que por mucho que él chillaba también no pudo oírse que el papel hablaba de una porquería enterrada para todos nosotros. Hubo que enterarse al llegar.

Todavía conservaba la botella naranja, pegado con la fuerza de un ciclón—del que Dios nos libre—un pedacito de la etiqueta en un fondo de listas coloradas y azul oscuro:

... HISKE ...

... ine Qualit ...

... ohn Cochran's & So...

... LADELPHIA (U. S. ...

¡Cualquiera sabe quién se había bebido aquel «whisky»! Hay que ver además lo que es el pensamiento y las fantasías de las personas. Desde luego no es corriente. Lo que el papel decía, y resultaba un poco emocionante de oír si se leía bien y sin broma, era una frase de propaganda de una religión rara que hay en América y que se llaman los mormones o algo por el estilo.

III

IOSEF GOSTA Y LA VIRGEN

Al principio estaba en Checoslovaquia, con aquellas vacas suyas y el pequeño valle de que hablaba, y un día vió una chimenea grande y negra que se lo llevaba de su tierra cuando él tenía seis años, pasando el mar en cubierta hacia los Estados Unidos de América, donde asistió a las clases de los domingos en casa de un cura que se llamaba

Johnson, vió todos los rascacielos aquellos que se perdían en las nubes y repartió por su barrio, a la espalda de la calle Cuarenta, los encargos de frutas del almacén de Malil Gosta, hermano de su padre. Decía que tuvo luego unos años de neblina, o sea, como perdidos en la memoria, en que miraba las trenzas de las muchachas más que antes, en que iba al cine. Había un billar repintado en un sótano, con aquel chocar de las bolas, el humo del tabaco, la luz triangular de las lámparas sobre las mesas y las chaquetas en las perchas, dejando ver enteras las camisas limpias de los fines de semana. Luego, ya mucho mayor, cuando se murió su tío Malil, se metió a vender periódicos y revistas, se lió en un negocio de maderas que salió mal y después empezó como a cansarse un poco de las cosas. Se fué a un lavadero chino en Jamaica, ardiendo de planchetazos y vapores sobre la calor de los veranos del Caribe, que es una cosa imponente, llena de tiburones y alcoholes dañinos, que él no probó nunca. Por fin vió otra chimenea que lo devolvía a Europa, su madre, aunque pobre, y no a su país, sino a Portugal, solo como siempre. En el puerto de Lisboa rugían las grúas cargando los barcos ingleses, que se lo llevan todo. Josef Gosta pasó la raya de España por abajo de Portugal ya con más de cuarenta años, con su bigote grande y entrecano, los hombres altos y cuadrados, y con la mirada lista a cuanto de bueno o de malo pudieran todavía traerle los vientos. Así fué como lo conocí y como lo recuerdo, en su cuajazón de hombre maduro junto a todos los trabajadores del muelle pesquero.

A mí me contaba todo lo de su vida y todo. Bueno: era una cosa curiosa que este hombre estaba siempre mentando a la Virgen, aunque yo creo que tampoco iba nunca a la iglesia. Se hizo célebre por decir que todo lo hacía la Virgen y porque nunca llegó a hablar bien el español, ni mucho menos, como no les pasa a otros extranjeros que trabajan en el muelle, y que hablan perfectamente español.

—Esto lo ha hecho la Virgen —decía.

Si entraba una pareja con mucho y buen pescado, o venía de bolina por el canal de la boca de Puerto Chico un lanchón de mala suerte con el palo tronchado, Josef Gosta se ponía serio y comentaba:

—La Virgen lo ha hecho.

Cuando la buena pedrada de un chaval tiraba un latón desde lejos o mataba una rata que corría entre las piedras, ya hiciera sol o bien diluviara a las cuatro de la mañana, trabajando con tragos de coñac y café entre la nieve y las espinas, levantando a pulso las pesadas cajas de pescado hasta la caja de los carros de mulas; si venía un señor inspector con mala cara o, por ejemplo, una tortuga grande recién sacada de lancha procuraba morder con su boca de vieja a los hombres que se la llevaban con la panza al aire, vendiéndola por tres duros, Josef Gosta, siempre, se ponía serio y daba dos palmaditas, diciendo:

—La Virgen lo ha hecho.

Una vez, sin querer, le dieron un golpe tremendo en un ojo, que se le quedó raro para los restos, y otra, yo creo que la única vez en su vida, se emborrachó solo hasta que se cayó en medio de la calle y lo tuvieron que llevar a una Casa de Socorro, y dijo las dos veces:

—La Virgen lo ha hecho así.

Conservaba una estampa maciza de tío del campo, y algunas veces que lo estaba viendo no me lo imaginaba delante de los palos de la marina, las barcazas viejas inundadas y los espigones de rocas y las caladas incontables y todos los detalles y las cosas de las escamas y las grúas, sino que me parecía verlo entre unas vacas por la niebla del campo, y aquella casa de troncos que me contó, de la que salía un humo azulina que se perdía por el cielo, entre los montes oscuros, con un valle chico, muy húmedo y sambrado de huertas pequeñas, que estaban labrando sus padres y su otro hermano, cuando él era un niño, en Checoslovaquia.

—¡Qué hombre más curioso!...

Lo estoy viendo mirándose la pelliza de pana fuerte y comida de color, mirando a los hombres que trabajaban con él en «La Limitada» y pensando en América cuando veía salir los barcos para Cuba y La Guayra. Se sacudía el pantalón tan ancho, refregándose un poco en seco para quitarle el salitre y algún bigote viejo de calamar perdido por los dobladillos. Me acuerdo y me pongo algunas veces un poco triste de recordarlo tan solo, aunque yo también lo he estado y lo estoy. No creo que

tuviera cincuenta años cuando se murió. Al final de su vida entraba a pedir una copa de anís en el mostrador de La Machina, dormía con otro en una alcoba por donde se veía un pedacito del muelle de pasajeros. Iba también al médico del Seguro para que le pusiera unas pomadas en el ojo malo, y al Pósito de Pescadores. Y siempre levantaba aquellos ojos de vaca, dejando caer al costado una manaza negra.

—La Virgen lo ha hecho.

IV EL GOLFÍN

El golfín es un bicho grande, de la familia de los delfines, o sea igual que un delfín negro y más grande, igual que la merluza es como una pescadilla grande y que la muerte es una pena bien grande. Pero no estoy seguro. A los delfines, lo mismo que a las golondrinas, no se les puede matar ni herir, porque Dios o quien mire por las artes de pesca y por las pesquerías, por las botanas y las parejas y hasta por las mujeres del puerto, quiso que la golondrina por el aire y el delfín por la mar fueran bichos santos y buenos. A ver. Por lo que las golondrinas dicen que hicieron, y por lo que hacen los delfines con los marineros perdidos, que los empujan con su hocico para que no se ahoguen. A estos dos animales hay que dejarlos siempre en paz; no se les puede matar ni se les debe de herir, o de asustar siquiera. El golfín, digo yo, debe ser otra cosa diferente, porque se matan muchos y nadie dice nada, aunque también he visto algún delfín con la boca rota, y tampoco oí decir nada mientras lo veía.

Estábamos perdidos Manolito y yo, porque ya no había modo de soltar el seis doble. Aquella tarde se estaba viendo a las claras que perdiáramos y que tendríamos que pagar los cafés. Todo el café Novelty estaba muy soleadito y lleno de gente, con esas pinturas de barcos veleros y de mujeres romanas con hojas de parra por toda la frente, que son las musas o las inspiraciones o la gente ésa del arte. Estaban todos los viejos fumando y oyendo la radio, las partidas al dominó y los mirones de siempre, con su vaso de agua por delante sin hacer gasto. No había trabajo y era en abril del año pa-



sado o antepasado. «Bati», que estaba mirando el juego, me hizo señas de que si escondía el seis doble, y yo no quise. Temí aquella vez que lo vieran los otros, y no tenía ganas de mucho lío porque me dolían bastante los ojos. Ya se sabe lo que pasa: que cuando se hacen bien estos líos, con un poco de vista, puede uno aprovecharse de que anda una ficha extraviada, aunque sea el mismísimo seis doble, para formar un lío y aumentarlo, y terminar revolviendo las fichas con las manos, con cara de ofendido, diciendo:

—Lo que les de la gana a ustedes. Pero empezamos otra vez.

Luego se discute un rato largo con los otros, diciendo:

—¡A mí no me chilles tú así!

Total, que existe la probabilidad de volver a empezar el juego. Pero yo aquella tarde no quise, o no pude, por estar tan molesto con los ojos, y en seguida, con un gran golpe de ficha, que sonó en la mesa como un tiro, los otros dos cerraron el juego, dándose la mano, y Manolito, mi compañero, se puso a achacarme que yo ni me había fijado en lo que estaba jugando ni había interpretado bien sus señas y sus gestos.

—Hay que saber perder —le dije.

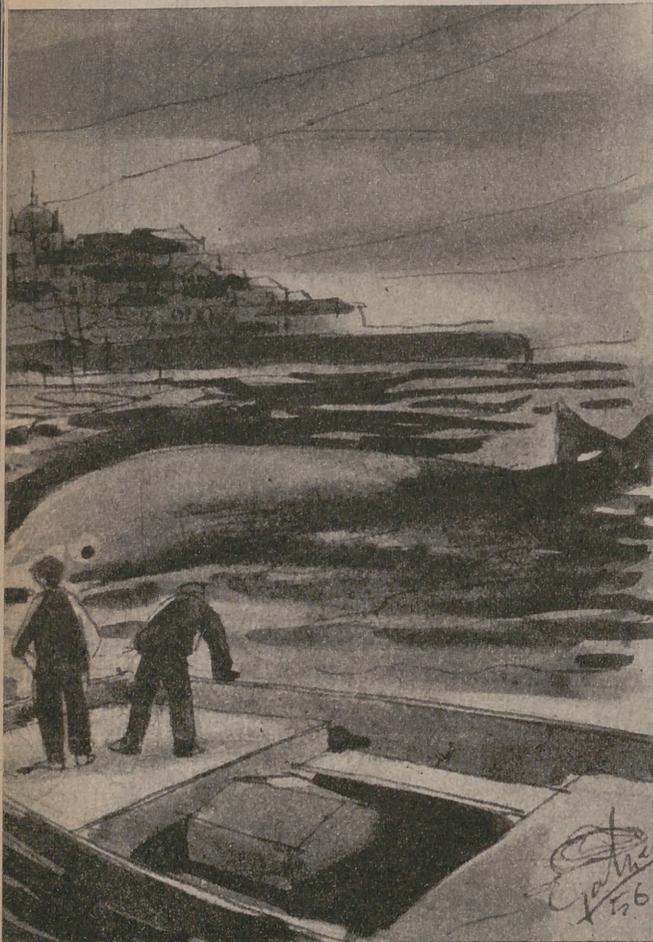
El golfin es un pescado tremendo, que se coge poco. No debe ser mucho más chico que una cría de ballena. Es pescado barato y, desde luego, no sirve para mucho. Tiene una cabeza hermosa, de fraile como con capucha, y ojos de tonto, y necesita un chorro de trabajadores para moverlo.

Manolito estaba muy enfadado:

—Hijo, si te lo estaba diciendo claro!... Mentira parece, viejo, tan listo para otras cosas, y ahora hecho un tonto, hombre.

—Que hay que saber perder, Manuel. Que lo más bonito del mundo es saber perder.

Josef Gosta apareció por la puerta del café. Traía ocho o diez cabezas de merluza, vivas y grandes, ensartadas de los ojos por un alambre mohoso. Buscaba con la vista a alguien, y cuando nos vio en la mesa del fondo, se vino en derechura para nosotros. Con los años de vivir en España, aquel hombre hablaba ya como si hubiera nacido en España y no en Checoslovaquia.



—Mira, mira: el más grande que «ho» visto. Cosa «hegmosa», oye... ¡Uh!

Se atropellaban las preguntas.

—¿Quién?

—La «Jía de Pontevedra».

—¿Ahora?

—Ahora, hace un momento que entró. Lo tienen todavía en el agua.

La «Ría de Pontevedra» era de Manolito. Habían pillado un golfin.

—Que sí, que ahora vamos a verlo —dijo Manolito—. Total: carnacha para el peseteo.

Josef Gosta se sonrió con sus ojos grandes de carabá.

—Tres «tortugas» grandes y el «gofín», Manuel. La Virgen lo ha hecho.

Cuando llegamos al muelle pesquero, ya sin la pesadez de la digestión, estaban empezando los marineros a llevarse las tres tortugas en brazos, rodeándolas con un brazo contra el pecho, igual que se coge a los niños chicos. Allí iban pateando mudas, procurando morder y más vivas que el día que nacieron. El golfin era un bicho imponente. Se veía el bulto en el agua desde La Machina (Vinos - Cafés - Licores), un bulto tremendo, negro, dos veces mayor que la «Ría de Pontevedra», que era un lanchoncillo de nada. No sé por qué me dió lástima de aquel animal, cuando llevo vistos tantos golfines muertos, y tantos otros pescados que me son mucho más simpáticos y que dejan más dinero a todo el mundo, aparte de que sean más simpáticos. El golfin de aquella tarde enseñaba al aire la panza blanca como el papel, precioso, y como lo empujaba el bajante de la marea, chocaba un poco algunas veces contra el costado de la «Ría de Pontevedra» y se escuchaba crujir todo el maderamen.

El patrón estaba en tierra, y se puso a darle las explicaciones a Manolito, zapateando sobre los adoquines del muelle y limpiándose con un trapo una grasota verde de las manos. Contó cómo habían cogido al golfin, cómo lo habían remolcado por la cola con mucho trabajo, y lo que podían hacer con él para venderlo mejor. No había sido nada fácil cogerlo, y había que venderlo lo mejor posible, aunque no fuera más que por el trabajo que habían pasado al cogerlo. El patrón —no sé si era Higinio el Mayor— estaba explicándose y soltaba al hablar como una babilla de cansado, que se le quedaba por las solapas negras del pecho.

—El Pepichu, el vasco ése, que vale lo suyo, éé fué. Fué un susto... Pero el Pepichu vale «tele»... Como que creíamos que habíamos trincado un bajío... Los salpicones de la cola llegaban a ochenta metros, y todos nos pusimos pipando.

—¿Qué carnes tiene? —preguntó Manolito.

—Yo le he echado unos dos mil kilos y pico.

Manolito se volvió a uno de los hombres.

—Corriendo, a ver si ha comprado ya el Ratón, y vuelves y me lo dices.

Bueno, ya he dicho que el golfin es algo así como un delfín negro y grande. Ocurre también que una partida de dominó que se está perdiendo se puede arreglar, con trampa o sin trampa, para no pagar los cafés. Pasa igual con una cosa: que es que a una persona puede darle una manía de pronto, y ver las cosas de otra manera en un momento dado, y empezar a fijarse en tonterías y en cosas raras del corazón, y a ponerse a llorar o a reírse por dentro a la vista de cualquier cosa que diez minutos antes le daba completamente igual, y hasta a querer convertir —si se está borracho, como le pasó a Higinio el Chico— en pulpo o en pintura verde, o incluso a querer (aunque yo no estaba borracho aquella tarde) que un golfin que está ya muerto, muertísimo, recobre el aliento y la fuerza para que no lo vendan por menos de mil pesetas después de haberlo matado, que ese animalito reviva y salga como una bala por todo el muelle pesquero, echando a pique lanchillas, y coja el canal y el mar libre, y que no aparezca más.

NOTA.—La parte de «El ahogado», en las hojas de papel cuadrículado, escritas por Elías Cantalejano, tiene, de su puño y letra, la fecha de 1930; lo de la botella naranja no se le bien, aunque parece un 1942; en cambio, a lo del checoslovaco y a lo del golfin se olvidó de ponerles año, título y todo, aunque creo que son de las dos últimas cosas que escribió. Que en paz descanse.

AZOR



*Compruebe
la calidad exquisita
del*

BRANDY VIEJO

VETERANO

OSBORNE

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA PURGA PERMANENTE

Por **Zbigniew K. BRZEZINSKI**

FRUTO de la excelente labor que realiza el gran Seminario de estudios rusos de la Universidad de Harvard, que tiene ya en su haber una veintena de extraordinarios volúmenes, es el libro que hoy resumimos: «The permanent purge», donde, de una manera totalmente seria, se estudia el fenómeno de la depuración política en el régimen soviético. El autor, Zbigniew K. Brzezinski, considera que la purga política en el régimen comunista es algo más que un simple fenómeno accidental y transitorio, estimando, por el contrario, que se trata de un proceso político sustancial con la dictadura bolchevique, hasta el punto de que resulte inconcebible imaginarle sin este proceso catalizador que depura sus fuerzas opuestas y permita el triunfo de una de ellas sobre las restantes.

BRZEZINSKI (Zbigniew K.): «The permanent purge. Politics in Soviets Totalitarianism». Harvard University Press. Cambridge, U. S. A., 1956.

La purga es un nuevo fenómeno en el campo de la política. Es un producto del sistema totalitario y se alimenta continuamente del mismo. La purga es un instrumento dinámico y complejo de poder, tan diferente de los viejos métodos del Gobierno absoluto como el moderno totalitarismo lo es del anticuado y benévolo despotismo. Cualquier análisis de este fenómeno debe tener siempre en cuenta el hecho de que la purga está influenciada por el tinglado dentro del que opera. Tal análisis tiene que reconocer que cualquier sistema político implica la lucha por el poder, y que los diferentes sistemas políticos han encontrado diversos caminos para canalizar sus pugnas y que la adecuación institucional de los diversos sistemas ha afectado considerablemente a la naturaleza de los conflictos políticos surgidos en su interior. La dinámica y las motivaciones de la purga totalitaria están consecuentemente e íntimamente relacionadas y son directamente afectadas por los problemas que el mismo sistema totalitario origina.

EL CONCEPTO SOVIETICO DE LA DEPURACION

El totalitarismo necesita la purga. Los elementos desleales y potencialmente desviacionistas tienen que ser desenmascarados y liquidados sus seguidores. Las tensiones, los conflictos y las luchas dentro del sistema totalitario deben ser liberadas o absorbidas antes de que produzcan su violencia desintegradora. El problema de la sustitución de la minoría escogida debe ser resuelto dentro de la estructura monopolítica de un sistema que elimina la libertad de elección y la libre competencia. Los elementos corruptos y arrivistas tienen que ser borrados periódicamente con el fin de mantener el fervor revolucionario. Los fines de la depuración se adecuan a muchas y variadas cir-

THE
PERMANENT
PURGE

The Purge as a Technique of Soviet Totalitarian
Politics from the Rise of Stalin to
the Fall of Malenkov

ZBIGNIEW K. BRZEZINSKI

cunstances y necesidades, por lo que la purga es algo permanente.

El uso de la purga para la realización de ciertos objetivos específicos es algo claramente admitido por todos los jefes soviéticos. Según ellos, la depuración es un instrumento, empleado por el partido de una manera racional, para la limpieza en su sistema de todos los métodos indeseables, constituyendo además un método de control democrático sobre las organizaciones totalitarias. Los factores de violencia y terror no se mencionan. La mayor importancia está en el primer objetivo, es decir, la de mantener la pureza y la eficacia del movimiento y de la organización estatal. Este objetivo deben lograrse por una fría operación racional, haciéndose esto posible, a través de planes elaborados y definidos distintamente. El curso de la depuración debe ser planeado por adelantado, la maquinaria preparada y las víctimas clasificadas y determinadas.

Algo muy característico de esta actitud la encontramos en un folleto publicado en Moscú en 1929 bajo la dirección de E. Yaroslavsky, el principal «teórico» de la purga. En él se contienen toda una serie de discusiones sobre las futuras depuraciones del partido, señalándose los problemas y métodos que éstas implican. En el folleto se trata del papel que representan en la depuración los diversos grupos sociales y políticos de la Unión soviética y generalmente se concibe a la depuración como técnica normal y completamente eficaz de un Gobierno, que debe ser utilizada periódicamente en respuesta a nuevas condiciones y necesidades.

La depuración como instrumento de un Gobierno interno es algo que ha caracterizado al partido comunista desde el mismo momento en que éste consiguió el dominio de la situación en tiempos de Lenin. Este legado ha sido transmitido al estado soviético y las depuraciones adquirieron un papel crecientemente significativo en la cada vez mayor centralización y consolidación del poder político en manos de Stalin. El carácter de la depuración, por otra parte, ha cambiado tanto como el sistema soviético. De una actividad del partido, controlada por órganos de éste, la purga se ha convertido casi en un modelo dialéctico en un progreso masivo violento, realizado en una atmósfera de gran misterio por la policía secreta. Las consecuencias para sus víctimas son frecuentemente fatales. Durante el período subsiguiente de reforzamiento, la depuración es esencialmente una función policíaca con una importancia cada vez mayor en lo que se refiere al secreto y la eficacia completa. Los acontecimientos ocurridos después de la muerte de Stalin han demostrado que las probabilidades de utilización de la purga, incluso en su forma más violenta, no han disminuido realmente, por lo menos en lo que se refiere a la lucha por la sucesión.

En una época reciente de la historia soviética la purga cesó de ser el simple proceso de un Gobierno y el instrumento de consolidación de poder, para convertirse en un fenómeno de masas, que amenazaba la unidad del estado soviético. Las depuraciones masivas del período de Yezhov, aunque iniciadas reconocidamente por el régimen con

el expreso propósito de eliminar a un considerable número de personas, se llevaron tan adelante que llegaron a envolver de una manera indistinta a todos los sectores de la población soviética. La Yezhevchina significaba, pues, una operación concebida racionalmente, que fácilmente se convirtió en irracional, al operar dentro de una estructura que tenía muy pocas cortapisas para el poder político. En un sistema de este tipo están permitidas toda clase de aberraciones y abusos para los hambrientos de autoridad y por ello los individuos más crueles explotan las situaciones a su favor. La gran debilidad del sistema se reveló por completo durante la «Gran Purga»

Hasta entonces los jefes soviéticos se habían mostrado extraordinariamente cuidadosos de contrapesar los aspectos coercitivos de su sistema con concesiones simultáneas. Así, por ejemplo, la violencia de la colectivización fué equilibrada con la apertura de las filas del partido a millares de nuevos miembros, hasta entonces mantenidos fuera. La limpieza del partido durante el asunto Kirov fué acompañada por concesiones económicas a los consumidores y a los granjeros. Un equilibrio semejante se realizó durante la tercera década, aunque la naturaleza más relajada del sistema lo hizo menos necesario. La depuración masiva de la cuarta década, amenazó este suave procedimiento y tendió a privar al régimen de todos sus puntos de apoyo, haciéndole depender casi exclusivamente de su aparato policíaco.

LAS VALVULAS DE SEGURIDAD

La purga, como técnica de gobierno, puede asegurar a la dirección del régimen una continua obediencia de sus súbditos, facilitar estímulos a sus partidarios y acrecentar el poder de los dirigentes, pero puede también fácilmente cesar de ser una técnica gubernamental y desarrollar repentinamente su propia energía. La serie de depuraciones que comenzaron en gran escala en los primeros años del cuarto decenio del actual siglo, se convirtieron en un momento determinado, a finales de 1937, durante la purga de Yezhov, no sólo en un peligro real o potencial para la vida de innumerables ciudadanos soviéticos, sino incluso en una auténtica amenaza para la estabilidad del propio sistema. El régimen soviético se depuró hasta unos extremos que casi se suicidó.

La purga, con una técnica de gobierno es siempre un arma importante en el arsenal totalitario. Su naturaleza cambia con el fin para que se la emplea. Las realidades políticas de la vida soviética no permanecen estáticas. La lucha por el poder de los años 30 originó una dinámica diferente de la de los años de la guerra y de la posguerra cuando el esfuerzo por la lucha exterior y la reconstrucción interna se acentuaron respectivamente. Al final del cuarto decenio la purga había consolidado de una manera indiscutible el poder staliniano sobre el estado soviético. Colocó todos los resortes administrativos en sus manos y fué una Unión Soviética stalinista la que fué atacada y salió victoriosa de la segunda guerra mundial, teniendo que enfrentar con nuevas soluciones, algunas de las cuales volvían a ser dadas por la depuración.

Los años primeros de la posguerra fueron de reintegración y consolidación de un gradual reajuste de los controles que se habían relajado durante la guerra, fué el período en el que se volvió a realizar la importancia de la uniformidad política e ideológica y del retorno a la línea ortodoxa del partido. Se caracterizó por la creciente rigidez de la Unión Soviética en el terreno internacional y por la aplicación, cada vez mayor, de sus poderes coercitivos en casa. Fué el período de sutil recurso a la técnica que caracteriza a los regímenes totalitarios: la purga.

El partido tenía que luchar contra los problemas existentes, pero «la solución de estos problemas exigía un nivel superior en la dirección del partido, una correcta relación de la labor política y económica y un fortalecimiento mayor de los lazos existentes entre las organizaciones del partido y las masas de los trabajadores». El partido tenía por ello que fortalecer sus filas recurriendo al viejo «slogan» familiar: el partido se fortalece depurándose a sí mismo. Inicialmente bajo la dirección de Zhdanov, corrientemente se llama a este período de «Zhdanovchina», se produjo una rigidez general no sólo en las zonas de carácter político,

sino también en las artes, las letras y las ciencias. Se exigía conformidad, uniformidad y ortodoxia.

De todos modos esta purga no pudo compararse ni en intensidad, alcance o naturaleza de sus efectos con el holocausto de la era de Yezhov. La depuración fué relativamente restringida y se realizó con la mayor cautela. Las consecuencias de la dimisión o la expulsión no eran seguidas necesariamente por la detención o el trabajo forzado, sino más bien del destierro o la destitución. Las acusaciones contra estos depurados, que anteriormente recalaban sus orígenes socioeconómicos (especialmente durante los años 1930-1935) o subversión política (1935-1940) se convirtieron en acusaciones de ineficacia o corrupción, que aun siendo lo suficientemente graves en la terminología marxista, tienen, sin embargo, un castigo menor. Este hecho sugiere los cambios experimentados en la naturaleza de la depuración posbélica, ya que se ha convertido en un mecanismo de transición y consolidación del poder político, como era durante los años 30, en una arma de revitalización y reintegración, durante la última época de la cuarta década.

Las masas de la población no se vieron envueltas directamente ni fueron llamadas a participar en este proceso. Incluso las campañas de Prensa contra la mala administración del partido o de la agricultura fueron restringidas. Las denuncias, las acusaciones y los terrores masivos, no son las principales características de la consolidación política de la posguerra de la Unión Soviética. Se dió la mayor importancia a las medidas positivas capaces de remediar la situación más que al sabotaje, al entorpecimiento y a todas las fuentes de la anterior purga. Y fué exactamente la ausencia de la histeria colectiva lo que permitió al régimen comunista realizar esta depuración de una manera que aparecía, por lo menos en su superficie, como racional y calculada.

La purga fué indudablemente una operación dirigida, que surgía de las condiciones existenciales de la posguerra y se ajustaba gradualmente a las fases de este período de reconstrucción, tanto político como económico, de consolidación y de gradual acentuación de los medios coercitivos y su-

MAS DE 50.000 ESPAÑÓLES

han estudiado nuestros cursos

DELINEANTE MÉCANICO, EN CONSTRUCCION Y GENERAL

GRATIS recibirá equipo completo de dibujo compuesto de 17 piezas, entre ellas compás, tiralíneas y bigotera. Además de láminas, planos y 135 lecciones.



CURSOS POR CORRESPONDENCIA

ROTULACION

GRATIS recibirá 200 LAMINAS con modelos de letras, orlas, adornos y anagramas. Aprenderá todas las técnicas: al pincel, a la pluma, al aerógrafo, al grabado, delineada y dibujada, realizados sobre madera, papel, cartón, cristal, telas y lonas.



OTROS CURSOS: DIBUJO ARTISTICO Y COMERCIAL • TOPOGRAFO • DECORACION • PINTOR DECORADOR • APAREJADOR • TECNICO DE LA CONSTRUCCION • HORMIGON ARMADO • MAESTRO ALBAÑIL • TECNICO MECANICO MOTORES • MECANICO DE COCHES • CARPINTERIA Y EBANISTERIA

Pida folletos GRATIS y sin compromiso a

CEAC-FONTANELLA, 15- DEPTO. 66 BARCELONA
CENTRO AUTORIZADO POR EL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL N.º 54

CEAC

pervisores. De este modo reflejaba las condiciones variantes que diferían, de acuerdo con el tiempo y el lugar, dominantes en la unión soviética.

Ahora bien, esta continua operación demostró una vez más que la purga es un aspecto inherente del sistema soviético, que varía en intensidad, según lo que exigen las circunstancias y la capacidad de control de la dirección. En tiempos de dificultad e inseguridad, como después de la guerra, la naturaleza cautelosa de la depuración refleja el deseo de régimen a consolidar sus poderes sin un excesivo empleo de la ya gastada fábrica del Estado. En las épocas de un control relativamente más efectivo, la depuración se hace más intensa y entonces el régimen elimina a todos aquellos a los que no se atrevía antes. No obstante, la purga es un proceso constante, permanente; unas veces, cauteloso; otras, violento, y otros, arrebatador o tranquilo.

La naturaleza controlada de la depuración se hace particularmente manifiesta cuando tiene objetivos que están claramente definidos. Tal fué el caso de las depuraciones entre 1945 y 1951. Sus fines derivaban considerablemente de los acontecimientos y de la guerra y de la posguerra y eran en un sentido general una respuesta a los mismos. La depuración era ciertamente un mecanismo sanitario. Las tonalidades subterráneas, que sólo se hicieron aparentes después de la muerte de Stalin, no se manifestaron hasta mucho después de las últimas fases de esta depuración. Y son estos últimos, ulteriores y ampliamente motivos políticos, los que pueden convertir la depuración de un ordenado instrumento en algo sangriento e histérico, cuyas últimas implicaciones son imprevisibles.

EL PAPEL DE LA DEPURACION EN LA LUCHA POR LA SUCESION STALINISTA

El dictador totalitario es, sin embargo, mortal, y este hecho fué algo muy tenido en consideración durante el periodo posbélico por los posibles sucesores del Poder. Durante los últimos cuarenta años la purga iba a actuar dentro de una nueva estructura: la certeza de la lucha por la sucesión.

La naturaleza política del sistema soviético, a pesar de los considerables cambios de su fachada exterior y de la supuesta influencia estabilizadora

de un personal burocratizado y técnico, permanece todavía centralizada en el poder dictatorial de un solo hombre. La fuente de su Poder no descansa ni en la legitimidad tradicional ni en las instituciones. Los lugartenientes del dictador se dan perfecta cuenta de que la sucesión no está determinada por el «diamant» (materialismo dialéctico), sino considerablemente dependiente de su propia iniciativa privada. Choques personales y políticos son impotentes en estas circunstancias y su objeto está determinado, más que por la naturaleza sustantiva de sus finalidades, por consideraciones de pura realidad política.

Los lugartenientes de Stalin y sus parientes tenían que darse cuenta que el perder en esta disputa no traía consigo simplemente el sufrir un revés político. Ninguno de ellos simplemente podía pensar seriamente en heredar todas sus tareas, por lo que el objetivo a conseguir era más bien el de impedir que una simple facción lo llegase a monopolizar. Las cosas que se jugaban eran muy serias y, por otra parte, lo que es más importante, es que un análisis del sistema soviético demostraba que la disputa no podía ser evitada. Ninguna sanción constitucional o imperativo moral existía para fomentar amigables arreglos que pudieran llevarse a cabo antes o después de la desaparición del dictador.

Estudiando la creciente competición por la acumulación de poderes y el benévolo favoritismo de Stalin, se pueden señalar tres fases, en esta lucha, rematadas cada una de ellas por una muerte: la lucha Zhdanov-Malenkov, termina inesperadamente con la muerte del primero; luego, sigue el periodo de intriga interna que precede a la muerte de Stalin y, finalmente, el abortado intento de Beria por conseguir la primacía, que adviene tras la repentina muerte del dictador. Durante todo este proceso el arma única del combate interno es la purga y el desencadenamiento de ella significa el complemento de la batalla y el comienzo de una operación de aplastamiento total del adversario.

La gradual ascensión de Zhdanov al Poder comenzó a principios de 1953, con el asesinato de Kirov y el nombramiento de Zhdanov para jefe del partido en Leningrado, un puesto muy importante, tanto desde el punto de vista de prestigio, como del de fuerza. Más tarde, durante la posguerra, adquirió una posición ideológica que le clasificaba como extremista, tanto en el terreno internacional como en el interior. Fué el principal responsable de la integración de los partidos comunistas dentro de la Kominform y quizá el principal responsable del incidente con Tito. Es probable que se hiciera oposición frente a él, pero teniendo en cuenta la naturaleza del sistema soviético era muy difícil localizar los síntomas de ésta. La lucha por las cuestiones genéticas fué probablemente uno de los campos biológicos de batalla en los que chocaron ambas cuadrillas.

Antes de que la situación pudiera cristalizar, Zhdanov murió (31 de agosto de 1942). Su muerte fué inmediatamente seguida por el declive o por la desaparición de las gentes íntimamente asociadas con él y por la creciente importancia de Malenkov. El desplazamiento de sus partidarios no fué probablemente obra exclusiva de Malenkov, sino que otros destacados lugartenientes, entre ellos Beria, participaron indudablemente en el proceso de intentar colocar a sus propios hombres en posiciones influyentes. Sin embargo, parece ser que el papel principal de este reajuste interno fué llevado a cabo por Malenkov.

Cualquier dirigente que apareciese en la era post-staliniana se enfrentaba con un difícil y agobiante hecho, tenía que legitimizar su autoridad en el sentido totalitario, apartando o neutralizando todas las posibles alternativas que se le pudieran presentar. En un cierto sentido, este proceso de legitimización se ha iniciado ya. El periodo que siguió a la muerte de Beria ha visto la reaparición

RECETARIO DE COCINA

CANTINES SOPAS SALSAS PANES PUDDING HELADOS GARNES Y SALSAS SALSAS SALSAS PASTELAS



Siga mi ejemplo, adquiere estos productos

ROYAL

PUDDING
- VAINILLA

PUDDING
- CHOCOLATE

PUDDING ROYAL

RIERA MARS A

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a **PUBLICIDAD RIEMAR**, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
**INDUSTRIAS RIERA
MARS A, S. A.**

TODOS LOS SABADOS

«LA ESTAFETA LITERARIA»

Le informará de los últimos
acontecimientos en el mundo
de las **ARTES** y las **LETRAS**

de muchos de los dirigentes jóvenes del partido. apartados probablemente por la vieja guardia tras la muerte de Stalin. Los puestos para ellos se les han facilitado a través de la purga. La dirección de los profesionales del Ejército es también, naturalmente, otro grupo sometido a la depuración. Incluso en las disposiciones aparentemente más pacíficas de Malenkóv en febrero de 1945 no dejan de faltar fuertes palabras. La política de Malenkóv de dar mayor importancia a la producción de bienes de consumo fué caracterizada luego por Krustchev, poco después como una mala vulgarización del marxismoleninismo y como una reminiscencia del desviacionismo derechista.

LA PURGA, OPERACION PERMANENTE DEL REGIMEN SOVIETICO

La purga no se verá privada de su razón de ser en los años venideros. Las batallas políticas dentro del régimen político continuarán creando energías y sus tensiones tendrán que suavizarse en la depuración. A medida que el sistema desenvuelva más su unidad totalitaria y a medida que se produzca el crecimiento gradual del partido, originándose por ello una disminución en las distinciones entre miembros y no miembros, las purgas pueden incluso abarcar potencialmente a los más amplios círculos de la población, introducidos por la activa participación del proceso staliniano. Simultáneamente, con esta mayor totalitarización del sistema (incluyendo el acondicionamiento de las masas y la creciente eficacia tecnológica en el sistema de controles) la purga puede aparecer posiblemente como menos extensa e incluso menos drástica. Se puede convertir en algo interno, que actúe tranquilamente en los estratos superiores del aparato, aunque potencialmente se pueda aplicar a toda la sociedad. Puede ser un aspecto normal del proceso general de movimiento y reajuste de la vida, que el ciudadano totalitario desconocerá, por no estar iniciado en los misterios interiores de su Gobierno y en las luchas internas de sus más altos gobernantes.

La aparente estabilidad del sistema comunista no lleva implícita la erosión del sistema totalitario (es decir, gradual y evolutivo proceso) ni el abandono de los dinámicos, brutales y revolucionarios atributos de su Gobierno. La actual y probablemente temporal ausencia del Gobierno de un solo hombre en la Unión Soviética no indica ciertamente esta tendencia. Es posible que el sistema soviético continúe siendo gobernado por una misteriosa «colectividad monolítica»; ahora bien, esta dirección colectiva, puede en un cierto sentido originar situaciones más terribles, incluso que las de la tiranía de un sólo dictador totalitario, que lleva siempre el estigma de su mortalidad, no pudiendo escapar de las leyes de la existencia humana.

Esperar un cambio fundamental en el sistema político de la U. R. S. S. es mostrar un gran desconocimiento de la naturaleza del totalitarismo e introducirse en una peligrosa subestimación de la inevitable lógica del Gobierno totalitario. El totalitarismo aspira no sólo al Poder político total, sino que postula unos objetivos que no pueden lograrse en el curso de una sola generación. La dirección totalitaria se ve forzada a utilizar el Poder hasta el máximo. Por todo ello, el sistema totalitario se hace con el transcurso del tiempo, cada vez más despótico y sus objetivos son ilimitados.

La consecución de estos objetivos requiere constantes presiones sobre las masas para conseguir los nuevos objetivos. Por todo ello, la purga continúa siendo un eficaz y tranquilo mecanismo para hacer desaparecer a todos los elementos minoritarios, que incluso después de una larga experiencia totalitaria, se muestran incapaces de ajustarse a la creciente obediencia de las masas totalitarias. La purga perpetúa así lo que podría ser llamado la «inestabilidad estabilizada» de totalitarismo, verificada a través de un permanente proceso de remoción y reajuste. Las arterias del sistema no se pueden permitir el lujo de endurecerse, mientras la estabilización aparente se base en continuas marchas y objetivos que dan al totalitarismo su carácter completo.

La purga y el totalitarismo están relacionados a través de una unión indivisible y el sistema soviético puede ser justamente caracterizado como el de la purga permanente. La cuestión final de cuánto puede durar una unión de este tipo y si puede constituir la debilidad fatal de la estructura, sólo puede ser respondido debidamente desde las lejanas perspectivas de la mirada histórica, y esta mirada todavía no la podemos hacer.



OTOÑO
en el gran
Departamento de
CABALLEROS
de

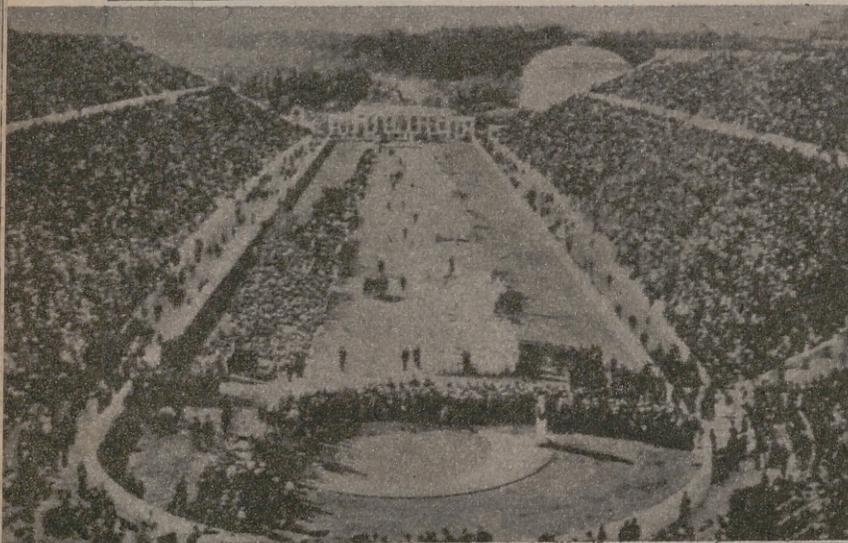
Galerías Preciados



JUEGOS OLIMPICOS, JUEGOS POLITICOS

EL GESTO MAS DEPORTIVO:
LA RETIRADA DE MELBOURNE

UNA PROTESTA DIPLOMATICA
LLEGA A LAS PISTAS DE CENIZA



El escenario de los primeros Juegos Olímpicos en su serie actual, celebrados en Atenas en 1896.—Arriba: Desfile de participantes en la Olimpiada de Helsinki

EL día dos de noviembre, dos muchachas vestidas con túnicas blancas terminaban una vieja ceremonia ante el altar de Olimpia. Los rayos solares habían encendido la llama que había de alimentar la antorcha olímpica de Melbourne. Una sencilla ceremonia celebrada ante el cónsul de Australia y las autoridades griegas.

Inmediatamente partió el primer atleta que había de entregar la llama a relevos sucesivos hasta Atenas, para desde aquí ser transportada en avión hasta Australia.

Este momento se ha considerado sagrado desde hace centenares de años: el nacimiento de una olimpiada obligaba a una tregua entre todos los pueblos.

Pero el 2 de noviembre de 1956 ha sido una excepción. Casi a la misma hora en que una nubecilla ligera empañaba el tranquilo cielo de Grecia anunciando el nacimiento de la nueva olimpiada, los motores de los tanques soviéticos se ponían en movimiento y dos divisiones acorazadas cruzaban la frontera ruso-húngara. La zona oriental del país magiar quedó barrida por los rusos. Y el domingo, día 4, los carros blindados manchados con el barro y la sangre de Hungría machacaban los adoquines de Budapest.

Entre tanto, Australia recibía a la representación olímpica más numerosa, la soviética, que, con un marcado matiz político, se presentó en Melbourne haciendo alardes completamente desacordes con el verdadero espíritu de los Juegos.

La inercia de siempre parecía extenderse por todo el mundo:

Hungría era un hecho más que estaba ahí, y nada más. Sólo España, en principio, vio lo paradójico de una reunión olímpica en los momentos críticos en que morían centenares de patriotas y deportistas húngaros asesinados por la intromisión soviética en un país libre de la Europa central. La decisión adoptada por el Comité Olímpico Español de no acudir a Melbourne, solidarizándose con el sufrimiento del pueblo húngaro, ha tenido, de momento, eco en otros países europeos que se han manifestado en el mismo sentido.

El clima que actualmente existe es contradictorio. No obstante, se sabe la decisión adoptada por la Delegación rusa de no retirarse de la Olimpiada.

La llegada de los húngaros al aeropuerto de Melbourne, ha constituido uno de los acontecimientos más emotivos que se recuerdan en la capital australiana. A duras penas, la Policía pudo contener el entusiasmo de un millar de magiarses residentes en el Estado de Victoria, que a toda costa deseaban lanzarse en brazos de sus compatriotas.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?—eran las preguntas de los olímpicos, ignorantes todavía del regreso de las tropas soviéticas a Budapest —Todo perdido.

Y el optimismo de unos segundos se fué para siempre a la historia. El brillo de la alegría se convirtió en brillo de lágrimas y palabras desesperanzadoras: «Todo se ha perdido».

Pero a la desesperanza inicial sigue el ánimo de hacer algo efectivo. Primero es el Consejo de la Asociación Húngara en Australia, que dirige una protesta al presidente del C. I. O.: «A los alemanes y japoneses se les prohibió participar en los Juegos Olímpicos de 1948, celebrados en Londres, aun cuando habían cesado las hostilidades. Se originaría una situación imposible si se permitiera que los rusos participasen en Melbourne, ya que representaran a un Gobierno que ha asesinado a millares de hombres, mujeres y niños.»

Y sólo unas horas más tarde



La antorcha olímpica se enciende en Grecia para ser llevada a Melbourne

Joseph Tokach e Istvab Hervath, directivos del equipo húngaro, arriaban y destrozaban la bandera comunista húngara. Frente a ellos se hallaba el agregado de la Legación húngara comunista:

—¿Qué hacéis? ¿Estáis locos?

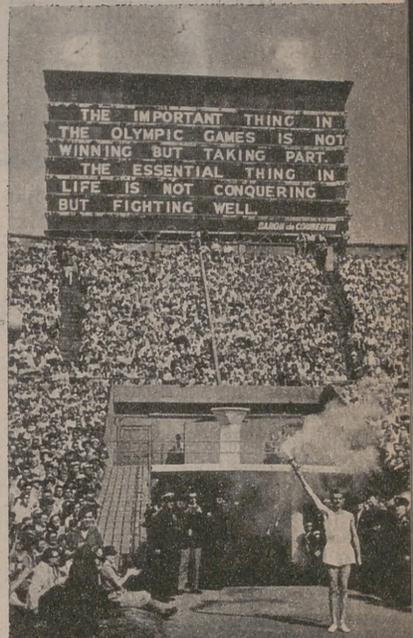
La respuesta surgió espontánea:

—Hemos acabado con la dirección comunista.

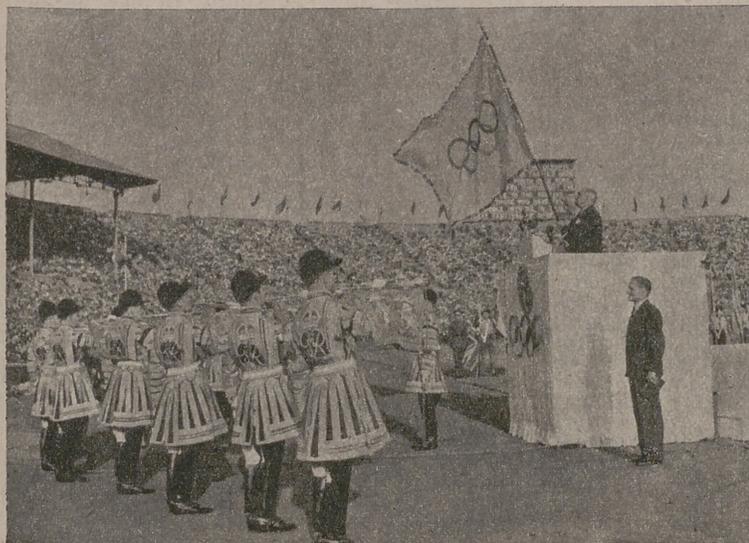
ALEMANIA ES EXCLUIDA DE AMBERES

En Europa, antes de 1914, todo estaba previsto. Era la época de la seguridad tan añorada por Stefan Zweig: las cuentas corrientes bancarias no corrían el menor riesgo y se podía viajar por todos los países sin la menor dificultad. La vida, eminentemente burguesa y egoísta, se desarrollaba feliz en auténticos escenarios de opereta con multitud de príncipes de nombres altisonantes.

Por entonces, los Juegos Olímpicos ya habían cobrado un ambiente extraordinario. La V Olimpiada, de Estocolmo, había transcurrido en una atmósfera perfec-



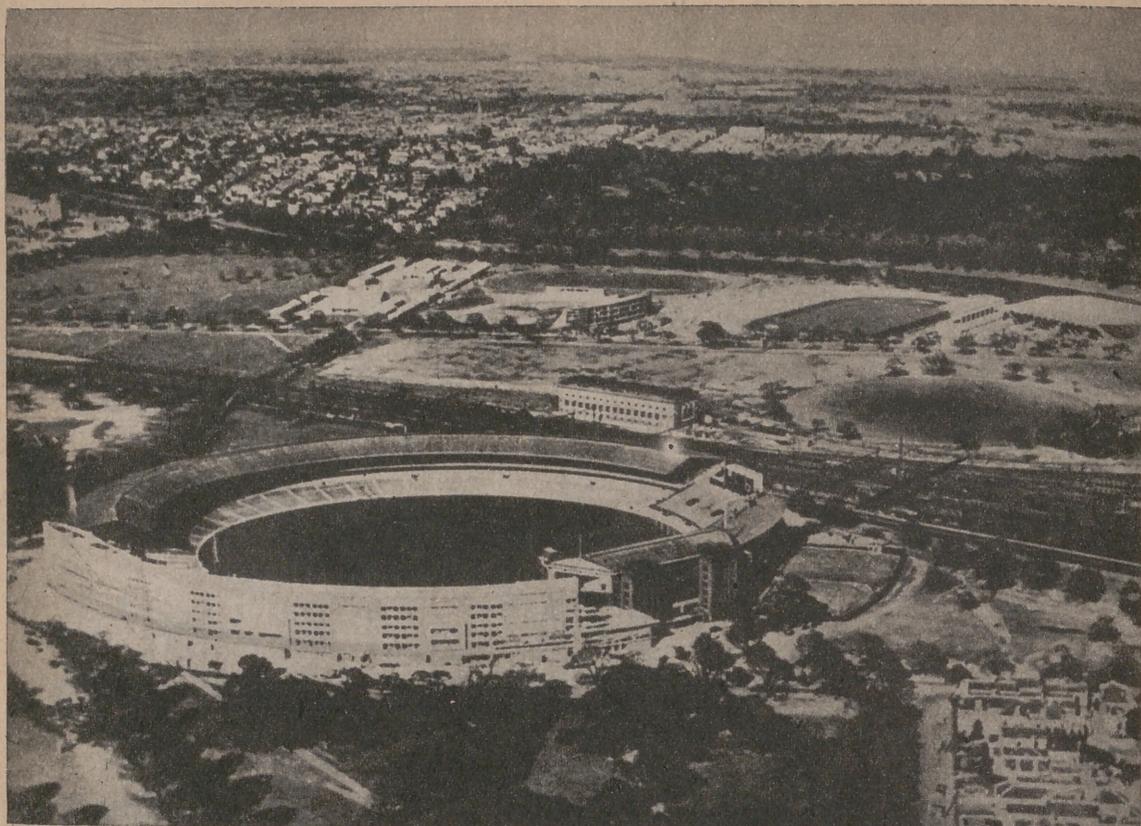
El atleta entra en el estadio portador del simbólico fuego de Zeus



La ceremonia inaugural de la XIV Olimpiada, que tuvo lugar en Londres el año 1948. Lord Burghley presenta la bandera de los Juegos ante la tribuna de honor

ta de organización y eficiencia atlética. Finalizada, el Congreso Olímpico concedió la organización de los próximos Juegos, correspondientes al año 1916, a Alemania. Los germanos, como siempre, se prepararon concienzudamente con el fin de mostrar una vez más la perfección de sus cualidades organizadoras. Y en 1913 Berlín construía un magnífico estadio olímpico.

Pero el avispero de los Balcanes impidió que la paz europea se hiciese eterna. El 28 de junio de 1914, un nacionalista sudeslavo asesinaba en Sarajevo al príncipe heredero de Austria-Hungría. Notas diplomáticas. Movilización de todas las potencias europeas. Guerra entre Austria y Serbia, que el día 1 de agosto se hace europea al intervenir Alemania y Rusia primero, y más tarde Francia e Inglaterra. El 3, las tropas alemanas penetran en territorio belga.



Vista parcial de las instalaciones olímpicas de Melbourne

La estabilidad de Europa se ha perdido para siempre.

Finalizado el conflicto, y mientras se hacían liquidaciones efímeras con el honor de los vencidos, los hombres, preocupados por la pureza en el deporte, iniciaron la preparación de los VII Juegos Olímpicos.

Estaba todavía muy reciente el recuerdo de la Gran Guerra. De Norteamérica llegaban contingentes turísticos para recorrer las rutas de guerra y recordar muchas cosas que debieran de olvidarse. En las tareas del Comité Olímpico la sombra del rencor está presente: para aquellos hombres, los derrotados tras cuatro años de combates han sido culpables de la muerte de gran número de atletas y personas indefensas. Bélgica, la víctima «oficial» de la Gran Guerra, ha sido elegida, después de negociaciones bastante oscuras, para organizar la VII Olimpiada. Amberes, campo de ensayo de los proyectiles del 42, tendrá el honor de ser el escenario donde la lucha entre los hombres se desarrolle incruenta, con toda lealtad.

En 1920 se produce el primer caso en que la política pesa decisivamente en la organización de unos Juegos. Con un espíritu muy dudoso, Alemania y Austria no fueron invitadas a participar. Se las consideró potencias agresoras sin otro fundamento más sólido que el haber sido derrotadas en las trincheras.

Entonces los países excluidos habían firmado un armisticio y en las tierras de Europa no retumbaban los tiros.

Allí, en las pistas de ceniza del magnífico estadio de Melbourne, mientras caen asesinados los patriotas magiares, desfilarán con toda tranquilidad los represen-

tantes del país que ha quebrantado la paz olímpica.

POLITQUILLA DE LAS OLIMPIADAS

No hace mucho tiempo, decía el actual presidente del Comité Olímpico Internacional, Mr. Avery Brundage:

—Otro grave problema es el del nacionalismo exagerado y excesivo. Los Juegos Olímpicos son competiciones entre individuos. Su objeto consiste en ser un dichoso festival de la juventud del mundo; no son ni deben jamás llegar a ser competiciones entre naciones.

El presidente del Comité Olímpico es norteamericano. Fué elegido a fines de 1952 en Helsinki. Conoce diversos idiomas y habla perfectamente el español, siendo él quien propuso su adopción como idioma oficial por el Comité Olímpico Internacional (C. I. O.). Su preocupación por reintegrar a su primitiva pureza las manifestaciones olímpicas ha sido expresada recientemente:

—Se trata a toda costa de contener esta tendencia a servirse del deporte para elevar el prestigio nacional o para demostrar las ventajas de un sistema político sobre otro. Si los Juegos Olímpicos han de convertirse en una competición entre luchadores a sueldo de diversas naciones, los Juegos habrán perdido totalmente su razón de ser.

Pese a los buenos deseos, enconos y arterias han fluido en casi todas las Olimpiadas. Unas veces un pernicioso nacionalismo, y otras, desviaciones de una política egoísta y mal entendida empañan el buen ambiente del deporte puro y la competición viril.

Una gran improvisación caracterizó a los Juegos de Amberes. Por ello, las arbitrariedades fue-

ron numerosas. Los españoles fuimos objeto de no pequeño número de manejos. Alguno tan infantil como el que hubo de soportar el tenista Manolo Alonso, que en una de las eliminatorias con un jugador inglés se encontró con la sorpresa de que el juez de línea de turno era la mujer de su rival. Pero Manolo Alonso era un caballero y un gran jugador; por eso la victoria no se le fué de las manos.

Las protestas contra los organizadores de Amberes fueron numerosas. La más dura apareció en una carta del señor Diuntiral, miembro del Equipo Olímpico Griego, al director del periódico belga «Velo-Sport»:

«No es Grecia la que ha robado su salida, sino el campeón belga Brochard el que robó la suya, sin que el «starter» dijese nada. Si durante las dos Olimpiadas de Atenas hubiese ocurrido cosa parecida, el «starter» hubiese sido ahorcado, y una placa conmemorativa se hubiese colocado para servir de ejemplo.»

Y más adelante, añadía: «No es la Grecia la que ha robado, señor; han sido todos vuestros hoteleros todos vuestros mercaderes ha sido vuestra Sociedad Cooperativa de los Juegos Olímpicos los que nos han robado. Después de nuestra llegada los precios de las habitaciones y de la comida se han duplicado.»

Estas pequeñas rencillas no tienen una gran importancia, pero siempre dejan un cierto mal sabor que desvirtúa el significado de las justas atléticas. Todavía en 1924, Olimpiada de París, se deja sentir el peso de la Gran Guerra en la ausencia de Alemania, que no se incorpora a la vida deportiva de los Juegos hasta 1928 en Amsterdam. En estos años se camina hacia una integridad de miras que pronto

desaparecerá. Tal vez sea en los X Juegos de los Angeles donde aparece por última vez el altruismo olímpico con todo su rigor.

EL RACISMO EN BERLIN

Uno de los primeros días del año 1936, poco tiempo antes de la Olimpiada de Invierno en Garmisch-Partenkirchen, el conde Henry de Baillet-Latour se dirigía en automóvil de Bruselas a Berlín. En las cercanías de Colonia detuvo un momento su coche y examinó detenidamente la inscripción de unas grandes pancartas que venía observando desde su entrada en territorio alemán: hacían referencia a la campaña antijudía desencadenada por el nazismo.

Al día siguiente, en Berlín, lo primero que hizo fué solicitar una audiencia inmediata con el Führer:

—Señor —habló el conde de Baillet-Latour—, es inadmisibles que Alemania, donde van a ser recibidos atletas de todas las razas y de todas las religiones, injurie públicamente las creencias de algunos de ellos.

La respuesta de Adolfo Hitler por boca de su intérprete Schmidt no se hizo esperar:

—La cuestión racial es básica en Alemania. Yo no puedo, por un simple detalle de protocolo olímpico modificar las directrices de nuestra política.

—De ninguna manera. No se trata de una cuestión de protocolo olímpico, sino de una regla de la más elemental cortesía. Todos los atletas se deben sentir tratados en un plano de igualdad. Por eso no puedo consentir que muchos de ellos se vean envueltos en un clima de complejo de inferioridad que les perjudique.

—Imposible a b d i c a r —repuso Hitler.

—Pues en esto soy intransigente—añadió con su aire de gran señor el conde de Baillet-Latour—, y si no ordena usted las medidas pertinentes de acuerdo con las razones que he expuesto prohibiré la organización de estos Juegos.

El Führer meditó un rato y, por fin, volviéndose violentamente al conde concluyó la entrevista:

—Satisfaré sus deseos y se darán las órdenes pertinentes.

Al día siguiente desaparecieron de las carreteras alemanas las inscripciones antijudías.

Este año de 1936 es un año clave. En todo el mundo, además del calor existía una efervescencia extraña provocada por una serie de ideologías que encontraron en el deporte un previo campo de experimentación.

La figura de la memorable Olimpiada de Berlín fué, sin género de dudas, el negro Jesse Owens, que ganó cuatro medallas de oro cosa que molestó profundamente a la política racial de Adolfo Hitler y originó algún incidente desagradable.

De aquel ambiente denso surgió una formal protesta diplomática del Gobierno alemán ante el embajador norteamericano en Berlín. El motivo fué el resentimiento ajeno a toda ética deportiva del atleta yanqui de ascendencia italiana Zamperini que, haciendo alardes de escalador, se encaramó al mástil de un edificio público alemán y arrió la bandera nazi.



Ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos en el estadio de Helsinki

En resumidas cuentas, septiembre de 1939 se hallaba muy próximo.

LA «OLIMPIADA POPULAR» DE BARCELONA

También el mundo comunista había tomado sus medidas para 1936. El ambiente que rodeaba a la Olimpiada de Berlín no era nada grato a la U. R. S. S. Y en su característico argot, los soviets calificaron los Juegos berlineses como la «Olimpiada fascista».

Ellos querían una Olimpiada roja. El lugar propicio era España entonces, con una siembra perfecta. De Moscú salió la consigna: «Olimpiada Popular» en Barcelona.

El 18 de julio llegó con su calor trágico y la Olimpiada de Berlín fué tabú para los españoles.

—¡Quitate eso!—eso eran los cinco aros olímpicos—. Tú eres un fascista.

Y ya se sabe lo que quería decir tal palabra en el Madrid que conoció los días siguientes al 18 de Julio. Fueron muchos los deportistas españoles que pagaron con la muerte el portar en la solapa la insignia olímpica.

Porque España únicamente podía pensar en aquella miseria física y moral que se concentraba en Barcelona. En Madrid, pocos días antes del Alzamiento se desarrolló una prueba de preparación con vistas a la Olimpiada Popular. El verdadero alcance de lo proyectado se desprende de las palabras que escribía entonces un crítico deportivo:

«El ambiente formado alrededor de la llamada Olimpiada Popular, que se celebrará en Barcelona, ha hecho aparecer sobre las pistas a muchachos cuya vocación deportiva desconocíamos hasta el presente. Si estos neófitos vienen de verdad al «atletismo», bien venidos sean...»

Lo que había en torno a la Olimpiada de Barcelona está bien claro. Pero todavía se concretó más a partir del 18 de Julio. Porque la concentración «deportiva» de la capital catalana fué el ger-

men primero de las Brigadas Internacionales: una disculpa del comunismo para introducir la escoria de todo el mundo en la España que se perdía.

TODO SIGUE IGUAL

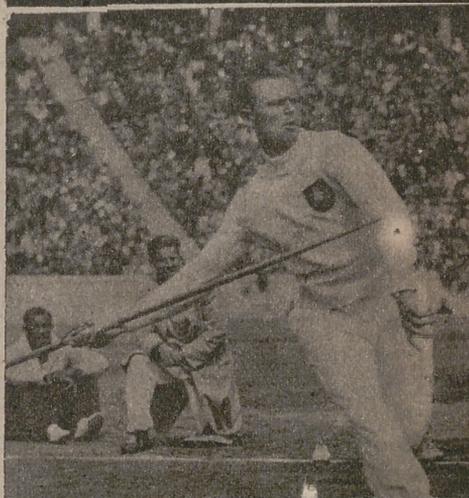
Aquí la lucha comenzó en 1936. En Europa en 1939, el mismo año de nuestro primero de abril. Y desde el primero de septiembre hasta 1945, todo el mundo se vió envuelto en la guerra.

La paz efímera llegó un día. Como siempre el odio cayó sobre el derrotado, que fué proscrito de todos lados. Cuando se pensó en la organización de una nueva Olimpiada, fué Londres la ciudad elegida para escenario. Pero en Wembley no podían tener cabida los deportistas japoneses ni los alemanes.

A los tres años de la derrota, el peso de la política todavía se deja sentir en el fondo noble del deporte. Tal vez sea explicable; pero lo que no se puede comprender es la falta de congruencia: a unos no se les tienen en cuenta sus pecados; para otros se es inenajorable.

Luis LOSADA

Olimpiada de Berlín. Un lanzador de jabalina se dispone al lanzamiento



LOS ENEMIGOS DEL MUNDO

Comunismo, anarquismo y masonería



MAURICIO CARLAVILLA Aquel MAURICIO KARL de los fatídicos años republicanos, el que vaticinara documentalmente en 1931, 1934 y 1935 cómo y cuándo **MARXISMO, ANARQUISMO Y MASONERIA** asesinarían a España; **DESDE 1945 ESTA DICRIENDO COMO Y CUANDO ESOS MISMOS ASESINOS DE ESPAÑA ASESINARÁN A LA CRISTIANDAD**, en estos libros:

"MALENKOV" UNA VERDADERA HISTORIA SECRETA DE LA U. R. S. S. a través de la biografía del eunucoide, que sigue siendo el PRIMER HOMBRE del Gobierno soviético. (550 páginas.) 60 pesetas.

"ROOSEVELT" LA TRAICION DEL GRAN MASON EN PEARL HARBOUR, EN TEHERAN Y YALTA, entregando media Humanidad a Stalin. Una prueba documental de este gran CRIMEN DE LESA CRISTIANDAD. (400 páginas.) 50 pesetas.

"SODOMITAS" La Internacional de los HOMOSEXUALES al servicio del Comunismo. Los casos más repugnantes y asombrosos. Un libro que deben leer todos los padres para librar a sus hijos de la ALIMANA PEDERASTA. (550 páginas.) 60 pesetas.

"GUERRA" EL PODER MILITAR soviético en su despliegue amenazando al mundo libre. Obra de un gran valor técnico. (500 páginas.) 50 pesetas.

"SINFONIA" El libro más terrible y maravilloso del siglo. Las entrañas del Kremlin vistas por el espía más audaz e implacable de Stalin. Historia que parece ser la novela más apasionante. (600 páginas.) 60 pesetas.

"EL DINERO DE HITLER" Es un libro publicado en Holanda por el MULTIMILLONARIO Warburg, en que revela cómo fué financiado Hitler por un «gang» financiero judío. Mauricio Karl demuestra en sus comentarios cómo estos financieros de Hitler, en 1929, y también de Lenin y Trotsky, en 1917, dieron sus millones para provocar la guerra mundial. (500 páginas.) 50 pesetas.

"YO, MINISTRO DE STALIN"

Por Jesús Hernández. El que fué ministro del GOBIERNO SATELITE DE MADRID revela el absoluto dominio de Stalin en España a través de un Gobierno de marionetas. (450 páginas.) 60 pesetas.

"YO ESCOJI LA ESCLAVITUD"

Por «El Campesino». Es la tragedia de un traidor traicionado por Moscú, en cuyo beneficio traicionó. (305 páginas.) 50 pesetas.

"PRIETO"

El que fué ministro de Defensa del Gobierno Rojo de Madrid, el multimillonario socialista, revela el sadismo de Moscú sacrificando a sus esclavos españoles en aras de su imperialismo... Mauricio Karl revela cómo PRIETO SACRIFICÓ SIEMPRE A LOS SUYOS EN ARAS DEL COLONIALISMO ANGLOMASONICO... sin perjuicio de lucrarse con los millones robados a España y a los españoles. (500 páginas.) 70 pesetas.

"MASONERIA ESPAÑOLA"

La Historia de la Masonería escrita por un Gran Maestro. Mauricio Karl, sobre la base de sus testimonios, demuestra la traición secular masónica y la personal de Morayta. (500 páginas.) 60 pesetas.

"EL REY"

RADIOGRAFIA DEL REINADO DE ALFONSO XIII. He aquí cómo EL REY MAS INTELIGENTE Y PATRIOTA DE LA CASA DE BORBON pudo ser destronado, atentado tras atentado, revolución tras revolución, desastre tras desastre. EN VIRTUD DE LA PERMANENTE TRAICION MASONICA, Mauricio Karl, con su coraje de siempre y con una documentación de pasmo, REVELA COMO FUE EL REY TRAICIONADO Y QUIENES FUERON LOS TRAIDORES. Sin leer este libro NADIE SABRA POR QUE y COMO FUE DESTRONADO ALFONSO XIII Y FUE LLEVADA ESPAÑA A LA CATASTROFE. (500 páginas.) En rústica, 70 pesetas. En tela, 100 pesetas

BOLETIN DE PEDIDO

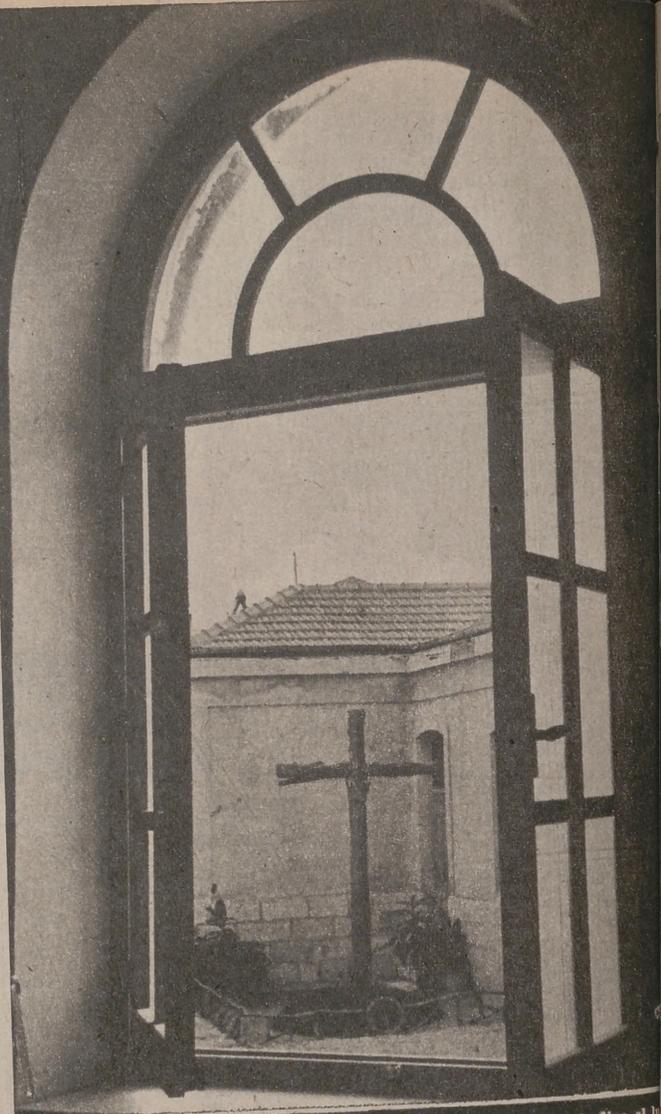
Nombre
 Dirección
 Población
 Provincia
 Desea recibir a reembolso de su importe, o en plazos, las obras

 Firma:

Serviremos a plazos, sin aumento de precio, las obras que se nos soliciten. Plazo mínimo, 25 reatas. Tiempo máximo, DIEZ meses

EDITORIAL "NOS"

Apartado 9.080



La cruz, en el patio de la Casa-Prisión de Alicante indica el lugar donde cayó asesinado José Antonio

ALICANTE, UNA CIUDAD Y DOS FECHAS

LAS ULTIMAS PALABRAS DE JOSE ANTONIO: "VAMOS A UNA VIDA MEJOR. MORIMOS POR ESPAÑA"

UNA MADRUGADA DE HACE VEINTE AÑOS



A la salida del cementerio de Alicante, el cadáver de José Antonio, camino de El Escorial, es llevado a hombros de sus camaradas

VEINTE de noviembre de 1933.

Sobre la pared izquierda de la Prisión Provincial de Alicante han chocado cuatro balas que no llegaron a su destino; otras cuatro han roto, han partido la vida de un hombre de treinta y tres años; por los ecos de las callas alicantinas, partiéndose el dolor en cada trozo el resonar de los fusiles ha puesto el punto final a todas las interrogaciones; el espinazo vertebral de España ha sentido junto a ella la sacudida; a las siete menos veinte de la mañana han fusilado a José Antonio Primo de Rivera, Jefe Nacional de Falangé Española.

Ha amanecido un día gris, de fina llovizna, como si el tiempo se hubiera vestido, con miedo, de luto. A eso de las siete, todavía el débil resplandor de las estrellas prendidas en el alba, se ha abierto la puerta de la Prisión Provincial y ha salido, despacioso, un autobús. Es el camión del Hércules de Alicante, el camión del equipo de fútbol de la ciudad, que ostenta en su parabrisas el repetido cartel de «requisado». Sale despacio, apenas el ruido del motor, como si los objetos tuvieran vergüenza. Ya en la carretera, tuerce hacia la izquierda. Se para. En la puerta de la Prisión hay un grupo de unas 30 ó 40 personas. Se han abierto las puertas traseras del autobús y unos milicianos han enseñado la carga, manchada en sangre generosa, tendida sobre el suelo. Al fondo,

cuatro mozos de Novelda—Ezequiel Mira y Luis Segura, falangistas; Vicente Muñoz y Luis López, requetés—con el tiro y la gracia en la frente; delante, tierra pegada sobre la sangre de la camisa, José Antonio Primo de Rivera, acabada su vida, pone, aun en la muerte, el viril y honroso símbolo de la Jefatura.

Los guardianes del camión, temerosos, han cerrado rápidamente las puertas. Los espectadores—milicianos, mujerucas, gentes del barrio de la Florida, curiosos, tal vez algún camarada—han permanecido en silencio como si por las diferentes conciencias de cada uno hubieran pasado las últimas palabras que José Antonio Primo de Rivera, ejemplo eterno y permanente para todas las generaciones, pronunciase ante sus cuatro camaradas de Novelda, frente por frente el piqueté de ocho fusiles horizontales.

—Muchachos, tened ánimo. Esto es un momento nada más y vamos a una vida mejor. Morimos por España ¡Arriba España!

Dejada la carretera, el camión, tumbos y barrancas como negación sentida, ha parado en la puerta del cementerio. Ya sabe el conserje que llegan cinco cuerpos sin vida y sin delito. Ya sabe el conserje que uno de ellos es José Antonio, y ha oído hace poco, porque por Alicante corrió hasta los posibles e imposibles límites físicos, el sonar y resonar de las descargas.

José Antonio Primo de Rivera va a ser enterrado el primero. Apretado en su mano lleva un crucifijo; un crucifijo que en el día de la despedida le dieran su tía «Ma» y su hermana Carmen, como defensora señal de buena-venturanza. El conserje del cementerio sabe que las balas que cortaron la vida no pudieron hacer caer de la mano del hombre la señal de las almas. El administrador de la cárcel le ha telefonado pidiendo, en secreto, que dejase sobre el cuerpo de José Antonio Primo de Rivera las medallas o el crucifijo que pudiera llevar para servir luego como señal de identificación segura.

El conserje del cementerio ha convencido a los milicianos de que aquello no representa peligro y José Antonio Primo de Rivera no ha sido despojado. Es más, sobre la tierra cálida de Alicante, que tres años le guardara, que incluso no desgajara el hueco mismo que su postura vaciase en el sepulcro, el cuerpo del hombre que acababa de morir ha sido enterrado en posición algo cruzada el primero, para que, sobre él, los rígidos muchachos de Novelda, la mejor escolta que soñar pudiera, formasen la distinción exacta en el mando, en el servicio, en el sacrificio y en la persona.

Serían las siete y media de la mañana. El autobús del Hércules de Alicante, con los mismos vivientes pasajeros que trajera, ha cogido otra vez, el camino de la

carretera. De la misma puerta del cementerio han echado, sobre el suelo del vehículo, un poco de tierra que ha cubierto la sangre y la ha empapado, guardadora más fiel que las mismas voluntades de los hombres.

A las nueve de la mañana, dos horas largas hace ya que José Antonio Primo de Rivera ha muerto, por las calles de Alicante ha corrido, de boca en boca, de mirada en mirada, de sentimiento en sentimiento, la triste, y no por no esperada, noticia.

—Han matado a José Antonio. Aquel mismo día por la mañana, no se sabe cómo, sobre la oculta e ignorada tumba del Fundador de Falange Española, hubo un pequeño ramo de flores campesinas.

«JOSE ANTONIO NO HA MUERTO»

Cien, doscientos metros a Levante, en el mismo barrio de la Florida, mayor, fortaleza, se encuentra el Reformatorio alicantino. 1936, noviembre. El rectángulo de piedra, cal, ladrillo y torres vigilantes, guarda en sus galerías más de dos mil quinientas personas. Hombres de la provincia, de la ciudad, cuyo único delito estaba en la inconformidad y en el puro y noble amor a España.

Ha amanecido el día 20. Ya se conoce, anteriormente, que un Tribunal Popular, venido de Madrid, ha sido el que falta hiciera para encontrar motivo de condena al Jefe Nacional de la Falange. Por la cárcel se dice, y lo comentan los presos—con alborozo lo registraron en su día—que los alicantinos que formaron en el primer Tribunal dieron su opinión absolutoria para el encausado. Pero los presos intuyen, también, que no habrá, por desgracia, solución posible. Aunque dentro de cada uno y dentro de todos en la comunidad, esté viva y perenne la esperanza.

Se ha hablado tantas veces de que incluso intervendrán los Go-

biernos extranjeros, de que para tal día y para tal fecha una imaginada centuria de irresistibles camisas azules podrá realizar el milagro de la libertad de su Jefe, que el ruido cercano de las dos descargas mañaneras no puede, en muchos momentos, ser, incluso, creído.

El día 21 de noviembre hay visita y comunicación para los presos del Reformatorio. Allí están, entre otros, Claudio Rey y Agatángelo Soler y cien más de la misma capital mediterránea. Ha llegado la hora de la comunicación. Va a ser el instante de confirmación, el momento triste o el momento alegre, el momento desesperado o el momento de la esperanza. Desde las siete de la mañana del anterior día, por las galerías, por las celdas, por los patios, por los comedores del Reformatorio, no ha habido más que congoja, silencio y mudas interrogaciones.

En la galería de visitas están las hermanas de Agatángelo Soler. Y, extraña cosa, sus caras son alegres, sus expresiones confortadoras:

—Nos ha dicho don José que no le han permitido reconocer a José Antonio, que no le han dejado ver su rostro ni tocar su cuerpo; únicamente, en el depósito, tapado el cadáver, le han consentido tomar el pulso.

Don José Aznar, médico, era entonces forense de Alicante. Don José Aznar, amigo de la familia de Agatángelo Soler, henchido el pecho a la esperanza, había, ocultamente, comunicado sus sospechas.

Por el Reformatorio alicantino se empieza a forjar el sentimiento; un sentimiento de vida, de alegría, de dicha figurada. Aquel no dejar ver al forense el inanimado cuerpo del Fundador de la Falange, rotas sus venas por cuatro balas de ocho fusiles horizontales, es la semilla de que José Antonio vive, de que José Antonio no ha muerto, de que José Antonio, como un mítico capitán

de inalcanzables empresas, estará allí el día de la Liberación, al frente de todos sus camaradas, hasta de aquellos que perdieron la vida misma. Los bulos, en la cárcel, crecen más que los días, que las horas, que incluso los minutos.

Dos años diciendo que José Antonio Primo de Rivera aún está en Alicante o que se lo han llevado a la nacional zona o, tal vez, que está en Rusia; todo antes que muerto, antes que tapado por doce paletadas de tierra y cuatro cuerpos mozos de Novelda que fueron a buscarle, ha hecho que los presos de Alicante, camaradas y amigos, piensen en lo mejor, incluso en el abrazo.

1938. Veinte de noviembre. Las sirenas han tocado alarma. En el cielo, una escuadrilla de aviones nacionales. De las panzas de los bombarderos han empezado a caer, sobre la Prisión Provincial, grandes ramos de flores.

Entonces los presos del Reformatorio de Alicante supieron, con certeza, que José Antonio Primo de Rivera había muerto aquella mañana en que las descargas que vinieron de la cercana Prisión Provincial, les habían partido el débil, aunque luego prolongado, hilo de la ventura.

«VOTAR LA ABSOLUCION Y SEGUIRLE A DONDE FUESE»

Alicante por fuera. Desde los primeros días del mes ha tomado cuerpo el rumor de que José Antonio Primo de Rivera va a ser juzgado.

Trece de noviembre de 1936: José Antonio Primo de Rivera hace la primera declaración; tres días después comienza el proceso. La pequeña sala de la Prisión Provincial, mudo y eterno testigo de todas las palabras, se va a llenar de gente. Nunca más divididas estuvieron las opiniones ni nunca más unidos estarán, después de la defensa del procesado, los sentimientos. En los bancos sin respaldo, hombres y mujeres de Alicante, milicianos unos, comunistas otros, izquierdistas del momento los más, quizá algún escapado falangista expuesto al peligro por oír las últimas voluntades de su primer camarada, van a escuchar los términos de una defensa que de antemano se sabe no surtirá eficacia.

Empieza el juicio. Un sordo rumor en la concurrencia. Cuando habla José Antonio, la hostilidad de las gentes cambia, como las sustancias químicas en las reacciones, de propiedades y de sentimientos. En el día del fallo, José Antonio ha preguntado a uno de los guardias de Asalto que le rocean cuál sería su opinión o cuál su voto si él fuera miembro del Jurado. El guardia de Asalto, lleno hasta entonces de enconados odios y de confusos complejos políticos, ha contestado, vuelto el rostro húmedo los ojos, la mejor sentencia: «votar la absolución, sin duda alguna, y seguirle a donde fuese».

Este es, más intenso en unos, más débil en otros, el sentimiento popular, el sentimiento no sólo de aquellas gentes espectadoras, transformadas y rendidas, sino el sentimiento casi unánime de la población alicantina, presa entre la espaciada muralla de los



Un 29 de noviembre de un año cualquiera. El patio de la Cárcel donde cayese José Antonio está cubierto de flores

fusiles de las milicias comunis-
tas.

Del 1 de noviembre al 17 del mismo mes, el Alicante de fuera de la prisión, el Alicante de las casas, de los hogares, de las familias, cada uno en su medida, hace carne y fúero de su sentido de injusticia ante el proceso.

Cuando en «El Día» de Alicante se lee la noticia de la sentencia hay un intento de manifestación callejera que quiere pedir la absolución de José Antonio. El partido comunista impone su fuerza dispone, ante el temor, cosa que luego no se cumple, tocar alarma aérea en la madrugada del 20 para conjurar los figurados o ciertos momentos de peligro.

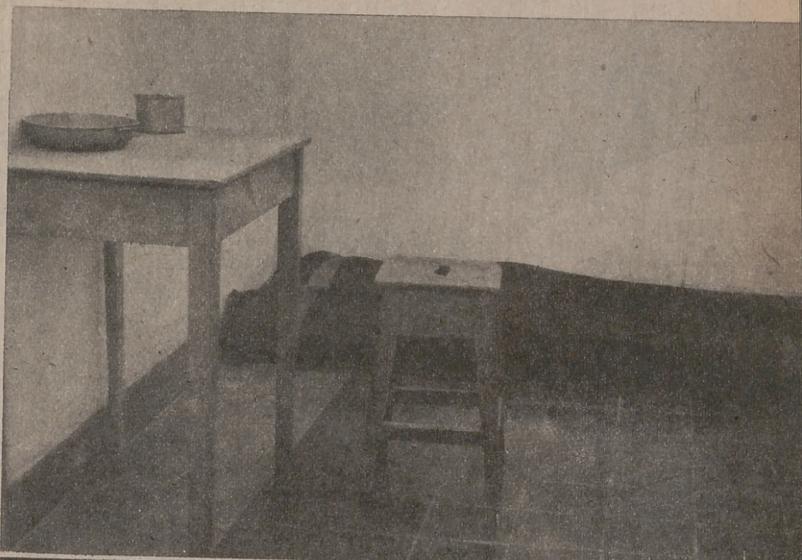
El día 19, Alicante se ha acostado bajo una pesadumbre y bajo un deseo. Aquel hombre joven, que no tiene delito, que no tiene culpa, que está allí encerrado por el odio y la venganza, va a morir al día siguiente; si en el camino, que hay hasta el Reformatorio, donde entonces se celebraban todos los fusilamientos en virtud de sentencia, surgiese, de repente, un milagro que salvase a aquel hombre joven que iba a dar su vida por España.

Pero no se realizó. El único fusilamiento en la Prisión Provincial tuvo lugar el 20 de noviembre de 1936, a las siete menos veinte de la mañana cuando, como en el himno, en España empieza a amanecer.

UN TELEGRAMA QUE HABL LA DE JOSE ANTONIO

«El Día», periódico de Alicante, es el único que recogerá, en sus páginas, detalles del proceso. Emilio Costa, entonces su director, escribirá el día 18 un artículo que se titulará «José Antonio, condenado a muerte». Un artículo que valdrá al periodista de izquierda que valdrá al periodista de izquierda el encarcelamiento al día siguiente por considerar los comunistas que aquellas palabras escritas constituyen elogio y defensa de José Antonio. Y lo constituirán.

Después, nada. Nada escrito, todo hablado. En Alicante, poco a poco se va apagando la pesadumbre. Como cuando falta un ser querido, ya no hay sino resignación ante la desgracia. Pero va a comenzar entonces otra acción, otro proceso, en busca de los escritos, de los papeles, de los documentos o de las cartas que escribiera José Antonio. Y una vez es Federico Enjuto Ferrán, el magistrado que llevó por los singulares caminos jurídicos el proceso de José Antonio, el que procurará guardarse cuanto pueda de aquel que, a sabiendas, condenó en la injusticia; otra vez es Martínez Barrios el que pide que se le envíen los escritos que quedan del Fundador de la Falange; otra vez es, ya casi al final de la guerra, el jefe supremo del s. I. M., acompañado de un extranjero, el cual se supone que fué el hoy ex presidente húngaro Imre Nagy, el que en un último intento trata de llevarse todo lo que queda de cartas, notas y últimas voluntades de José Antonio que los funcionarios de la prisión custodiaban unas veces



Celda de la Prisión de Alicante, donde José Antonio pasó sus últimos días



Huella, en el cementerio de Alicante, del cuerpo de José Antonio

en previsión de peticiones, otras como custodia de documentos que tenían más valor, por venir de quien los escribió, que los juicios y las palabras.

Y tiene que ser, precisamente, el primer telegrama que saliera de Alicante, después de liberado, un despacho que hablase de José Antonio Primo de Rivera. El entonces administrador de la Prisión Provincial había conseguido guardar una de las últimas cartas que José Antonio escribiera a sus familiares o a sus amigos. Esta carta va dirigida a Raimundo Fernández Cuesta, su entrañable amigo de toda la vida, y en ella, además de la despedida, se dan instrucciones en que él, su albacea testamentario, haga cumplir su última voluntad. A Burgos llega, pues, un telegrama para Raimundo Fernández Cuesta, diciéndole que tiene a su disposición la carta de José Antonio, y que ordene la forma o manera de que le pueda ser entregada. En la contestación, primera contestación recibida en Alicante, se informa cómo Miguel Primo de Rivera, el hermano que viviera con José Antonio

sus últimos días, se hará cargo de ella.

Aquellos dos momentos, pregunta y respuesta en telegráficos mensajes, inauguran el ya, por ventura, abierto y manifestado sentir y pesar de Alicante por la muerte espaldas a una tapia de un edificio de la ciudad. Firmes los pies sobre la tierra levantina, de José Antonio Primo de Rivera.

ESCUADRAS DEL FUTURO JUNTO A LA HISTORIA

Ya no está José Antonio en Alicante, guardado por el calor de la tierra. Ha sido llevado, Grande de España entre los grandes, al monasterio de El Escorial a hombros de camaradas que hicieron la guerra por todas las tierras de España, por aquellas mismas tierras por las que José Antonio diera su vida.

La Prisión Provincial alicantina, una prisión que construyese don Miguel Primo de Rivera, general del Ejército, dictador de España; una prisión en la que un



Puerta y fachada de la Prisión Provincial de Alicante, hoy Colegio Menor del Frente de Juventudes

truncado el cuerpo, libre el albedrío, va a ser reformada. Ya no habrá más presos en ella. Justo es que la vida, la justicia, el porvenir y la esperanza crezcan, fructifiquen y se desarrollen bajo la grande e inmaterial figura de su presencia.

La Prisión Provincial de Alicante se ha transformado en un Colegio Menor del Frente de Juventudes. En su ala derecha queda, para ejemplo perenne de las generaciones, la galería y la celda donde José Antonio pasara sus últimos días; queda, también, el patio donde el piquete de voluntarios de la F. A. I. y del P. C. de 1936 se anticipasen, en la descarga, al grito de ordenanza del teniente que los mandaba; queda, alzada, una cruz y unos rosales, en expresión austera y simbólica, del sacrificio de un hombre.

Luisa Aramburu ha sido desde el primer momento la encargada de la Casa-Prisión. Y ella, con la ayuda de don Pedro Muguruza, han vivido, paso a paso, la transformación. Trescientos muchachos,

de siete a catorce años, simbolizan e lancia, el deseo de vivir, la formación de un espíritu nuevo.

EL VEINTE ANIVERSARIO

Veinte de noviembre de 1956. Diez y siete años de peregrinación y tres de silencio. El rito es el mismo: misa austera, responso, toque de cornetín, se apagan las luces, empiezan las guardias.

Vuelve a hablar Alicante de José Antonio.

Este año volverá el abuelo que desde lejana provincia va con su nietecillo todos los años a dejar cinco rosas al pie de la cruz; volverá el muchacho del Frente de Juventudes que hoy es aviador, a traer flores en su avioneta valenciana por lejos y ausente que esté; volverá la madre que perdió siete hijos en las cárceles y en las batallas a rezar el rosario por aquel que, como un hijo más, acompaña a los suyos en las alturas; volverán, en fin, de

todas las casas, de todas las calles, de todos los pueblos, de todas las provincias, los mismos hombres y las mismas mujeres de todos los años, y vendrán también nuevos hombres y nuevas mujeres, por voluntad propia, sin que nadie les fuerce, sin que nadie se lo ordene. El 20 de noviembre de 1956, veinte años hace, Alicante hará el resumen más grande en lo externo y más sentido en lo interno de tres años de silencio y diecisiete de peregrinaciones.

La Palma de Plata colectiva a los falangistas de la Vega Baja del Segura que intentaron liberar a José Antonio aquel primer 19 de julio; la Palma Roja individual, en la persona de su madre, a José María Maciá, primer Jefe de Falange de Alicante; las trescientas muchachas de los tres castillos de la Sección Femenina; los doscientos alumnos de la Escuela de Mandos de Madrid; los quinientos camaradas del Campamento Nacional del Frente de Juventudes; el acuerdo adoptado por el Ayuntamiento de carácter nacional, será el fondo de la conmemoración. Una conmemoración tensa y extendida en la capital, íntima y profunda a la vez, silenciosa y enorme, dolorosa, trágicamente sentida.

Junto a los plantados rosales del patio de la prisión, donde sangre hubiera de José Antonio las oraciones, las flores, las simples visitas de la gente innominada, volverán a dar dureza de acero, eternidad de creencia, espíritu de doctrina a la muerte, en Alicante, el día 20 de noviembre de 1936, a las siete menos veinte de la mañana, esquinados los luceros en la noche, de José Antonio Primo de Rivera.

José María DELEYTO
(Enviado especial.)

(Fotografías de Sánchez.)

Suscribase a

"POESIA ESPAÑOLA"

La mejor revista literaria, que sólo cuesta
DIEZ PESETAS

Don ...
que vive en ...
provincia de ... calle ...

... núm. ...
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID



Eduardo Herriot, en un Congreso del partido radical

NO BASTA DECIR "NO"

PROGRESISTAS, INTELLECTUALES
Y SOCIALISTAS EM BUSCA
DE UNA HERENCIA

LOS QUE DIERON LA MANO AL COMUNISMO
INTENTAN CUBRIR SU RETIRADA

CUANDO el pasado día 8, en el Palais Bourbon, de París, el diputado comunista M. Villon abrió los debates de la Asamblea francesa con una protesta sobre las tentativas fascistas de incendiar la sede del partido comunista francés, el señor Tixier Vingancour contestó desde su asiento, en la extrema derecha del hemicíclio, que la tal tentativa le parecía de perlas.

Gritos, mofas, befas y escándalos estuvieron y están a la orden del día. Los diputados comunistas, uno detrás de otro, puestos en pie, no han podido con la opinión de los otros partidos, una vez que el impacto de la agresión soviética a la nación húngara ha llegado hasta ellos. Desde la extrema derecha hasta sus vecinos más próximos, los socialistas, se han enfrentado a gritos con ellos y se han rasgado las vestiduras ante las intenciones, rusas que hoy aparecen claras.

El pulso de los partidos políticos de izquierdas se ha podido tomar repetidas veces en estos días a través de numerosos acontecimientos. Son los compañeros de viaje del comunismo, los mismos que durante tiempo y tiempo, a tontas y a locas, han ido haciendo el juego a la U. R. S. S., los que hoy dan un paso hacia atrás. Entendámoslo bien: un paso hacia atrás. Uno y nada más que uno. Pero la desconfianza surge.

En la Asamblea del día 8, como en todos los acontecimientos que han seguido, los socialistas



El líder del partido socialista italiano Pietro Nenni (izquierda) recibe en su casa al socialista francés Pierre Commin, con el que discutió la reunificación de los dos partidos socialistas italianos: el procomunista de Nenni, y el socialdemócrata de Commin.

franceses han tenido buen cuidado de que no se les confundiera la filiación con la de sus vecinos de escaño. Al mismo tiempo que los socialistas italianos, dirigidos por su jefe, Pietro Nenni, se divorciaban tajantemente de sus compadres comunistas, los demócratas, los liberales e intelectuales de todas filiaciones han proclamado su disgusto ante la agresión rusa. Unos se han separado del partido, otros se han revuelto contra él. Y no han faltado actitudes de dos filos entre estas gentes que tienen que cuidar y mimar sus famosos derechos de autor en tantos y tantos países.

EN MEDIO DE TODAS LAS INTERRUPTIONES

Hubo un momento — ¡señores, qué momento! — en la dicha sesión de la Asamblea francesa en el que, después de haberse visto al socialista señor Cot extremadamente pálido, y oído al señor Pineau poner verdes a los comunistas franceses acusándolos de servilismo, blandenguería y mediocridad, un tal señor Ramette se despachó desde la tribuna gritando: «¡Viva Maillot!» El momento fué terrible, y los insultos e invectivas entre socialistas y comunistas parecieron ir a degenerar en sabrosa lucha libre. El Maillot en cuestión vitoreado por el diputado Ramette es el de todos conocido traidor francés que, después de traicionar a Francia durante la resistencia, ha seguido traicionándola durante la guerra de Argelia, entregaba armas y municiones a los argelinos cumpliendo con su papel de espía soviético.

El incidente parecía ser de los más graves ocurridos en la Asamblea francesa. Cuatrocientos treinta y seis diputados contra ciento cuarenta y ocho condenaban a veces el ataque a Hungría. La efervescencia es enorme. Se pide insistentemente que se declare ilegal en Francia al partido comunista. Llega la hora de votar y... 453 diputados contra 81 se oponen a declarar al partido comunista fuera de la ley.

En Francia estas cosas ocurren así.

EL ELEGANTE SEÑOR DEL MONOCULO Y SUS «PROGRESISTAS»

Es decir, que la separación y la lucha existen, pero a la «hora de la verdad» todo se queda un poco en agua de borrajas.

Aquí está, si no, ese «estupendo» señor llamado D'Astier de la Vigerie. D'Astier de la Vigerie tiene una filiación extrema izquierda, aunque todo el mundo sabe que ha venido haciendo durante tiempo y tiempo el juego a los comunistas. Es el jefe de su grupo de extrema izquierda. Y, además, es uno de los más conspicuos «dandys» de París, con su monoculo fascinador, su alta figura y sus ternos, que parecen recién salidos de las manos de una «planchador-artista».

Este, como los otros, como el radical socialista Lipkowski, o Hernu, se rasgan ahora las vestiduras. La filiación de monsieur D'Astier es exactamente «progresista». Y él y sus progresistas señores Dreyfus-Schmidt, Ferrand y el consejero de la Unión Francesa, Jacques Miterrand, además de Le Brun, el secretario de la C. G. T., han firmado un largo comunicado de protesta. Una protesta, sí, señores, de dos filos:

«Sabemos los peligros que habría representado para la paz de Europa la instauración de un régimen fascista en Hungría. Pero fieles tanto a las tradiciones neutralistas como a los principios de no injerencia de un Estado en los asuntos de otro Estado, declaramos que no sabríamos aprobar las intervenciones del Ejército soviético en Hungría.»

Y aquí el funambulesco final, en el que aseguran que «por eso elevan una firme protesta y ponen en guardia a la opinión pública en lo que se refiere a las manifestaciones anticomunistas».

El señor D'Astier de la Vigerie, una vez dado el paso adelante de la protesta, da un par de pasos atrás. ¿para salvar al comunismo en la opinión pública?

Toda una danza apache.

EL SOCIALISMO EN CAJONITOS.—¿PASO GRANDE O PASO CHICO?

Las dimisiones se amontonan sobre las mesas de despacho de los dirigentes comunistas.

El Occidente, que había hablado con ellos, que se había sentado a su misma mesa política en nombre «de la libertad y de la igualdad de los hombres», se niega a tomar el postre con los comunistas. El segundo plato ha sido demasiado fuerte.

Las protestas se suceden. En Francia, el secretario general del Sindicato de la C. G. T. no puede reprimir su indignación. Mientras tanto, en Italia, el gesto de Pietro Nenni es para el gran público; devuelve el importe de su Premio «Stalin» y hace hincapié en su afirmación de que él es «socialista y nada más que socialista». También en Italia, en Merano, Ermes Barbieri, comunista consagrado, ha causado sensación con su ruidosa dimisión.

Es el socialismo, que da, pues, el gran paso atrás que lo separa del comunismo. Un paso atrás del que nadie sabe con exactitud la medida. Unos lo dan muy grande y otros muy pequeño.

El peligro: que muchos se queden donde estaban o se les lleven las corrientes políticas que mejor sepan aprovecharse de la situación.

Porque la verdad es que si los comunistas hoy en día están en total desacuerdo unos con otros y huyen hacia el socialismo, el socialismo a su vez no sufre menor división. Así el que viene corriendo desde la desestalinización hasta el socialismo se encuentra con un caótico partido que al perder posiciones no sabe dónde quedarse.

En Francia el periódico «Combat» apareció hace pocos días mesándose los cabellos y echando en cara a los intelectuales franceses la división del partido socialista: el partido no se pone de acuerdo porque no se ponen de acuerdo sus cerebros.

Desde sus columnas «Combat» lanzaba sus consignas que pocos o nadie recogían: «Es preciso que los intelectuales franceses se esfuercen en impedir toda utilización abusiva de los acontecimientos actuales en un sentido contrario a los intereses e ideales del socialismo». El título del episodio podría ser éste: «Se busca un rincón en el que refugiarse.»

El socialismo no sabe qué hacer con sus desordenadas y alarmadas huestes. Alguien tendría que poner orden. Se culpa a los intelectuales por no imponer su palabra en las alturas y estar tan alarmadas como las huestes mismas.

Sería de desear una barrera y una autoridad en este sentido. El paso dado hacia atrás por comunistas, socialistas y progresistas e intelectuales no es suficiente: «Nada entre dos aguas».

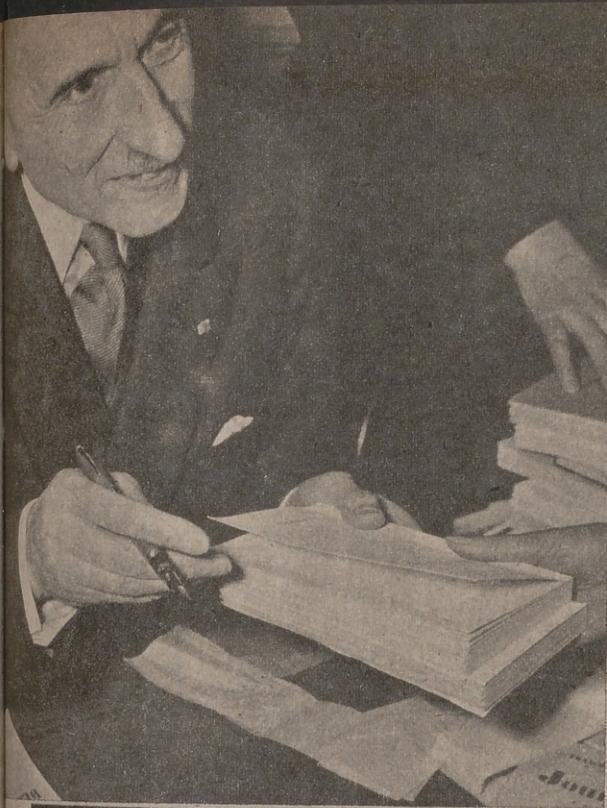
Hacia la izquierda, la desilusión; hacia atrás, ¿la democracia cristiana acaso?

LA POLITICA DEL AVES-TRUZ O A QUE CARTA SE QUEDA USTED

El día en el que Pietro Nenni decidió mientras se hacia el nu-



Simone de Beauvoir, fotografiada con Sartre, durante un viaje a Suecia



François Mauriac, uno de los intelectuales que figuraban en la Asociación «Francia-U. R. S. S.»
A la derecha, Jean Paul Sartre, en una conferencia de Prensa



D'Astier de la Vigerie, progresista de la extrema izquierda. A la derecha, Luis Aragón, comunista,
director de la revista «Lettres françaises»

do de la corbata que todo el mundo en Italia iba a saber bien pronto que los socialistas —sus socialistas—dejarían de estar de acuerdo con los comunistas amigos de los horrores que ocurrían en Hungría, fué decisivo.

Horas después los diputados todos, los italianos en masa veían cómo la figura gruesa y masiva de Nenni pegaba una vez más el salto funambulesco.

Luego hizo lo que ya sabemos todos: renunció a su premio «Stalin» de la paz, que el mismo Stalin le había entregado en 1952 en Moscú y reenvió el importe del premio al Kremlin.

Claro está, la Prensa toda de Occidente se ha hecho eco del asunto: socialistas, socialistas y socialistas. Pero vamos ver ¿Dónde está la democracia cristiana? ¿Qué hace? ¿Qué piensa? ¿Qué dice? Por más que uno

pasa y repasa por diarios y revistas italianos y extranjeros, la democracia cristiana no aparece por ningún sitio. ¿Política de silencio?

Hace bien poco tiempo uno de los demócratacristianos más afechos al ministro de Asuntos Exteriores italiano dijo en público que ellos, los demócratacristianos habrían de ser los herederos de la desestalinización.

Hoy, cuando la desestaliniza-

ción es un vendaval que ha diezmado las filas comunistas y los sucesos de Hungría hacen tambalearse al partido y dividirse a todos los partidos de izquierda, a la democracia cristiana no se la ve por ningún sitio.

Cuando la oleada de desilusionados políticos corren como locos hacia un centro real en el que exista un programa y una autoridad, la democracia cristiana, que asegura estar con los brazos abiertos para recoger tantos y tantos frutos, no hace ningún gesto. Claro que para hacer gestos hay que tener brazos.

Son esos inexistentes brazos los que no hacen señas en el horizonte político de hoy, ¿qué decir?

Ellos que han estado deseando la avalancha política, no encuentran hoy diques que oponer: les falta el dique de la autoridad.

Por eso su silencio actual en la palestra política. No se puede precipitar la opinión hacia ellos, puesto que ellos mismos tienen la conciencia de su división interna, de su falta de cohesión. Y son ellos mismos, los demócratacristianos tan amigos siempre de tener una mano peligrosamente tendida hacia el exterior los que hoy no asoman ni siquiera la cabeza: la política del avestruz.

A ellos, a los que venció la palabra *coexistencia* ladidamente importada de la U. R. S. S., para mentalidades huecas y blandas, asusta hoy el panorama que podría hacerles responsables.

«FRANCIA U. R. S. S.» LOS INTELECTUALES DIMITEN

Mauriac, Eduardo Herriot, Jean Paul Sartre. Con estos tres nombres encabezaba el «Humanité», órgano del partido comunista francés, su lista de intelectuales dimisionarios. Aquella tarde no venía en sus columnas, como se esperaba, la crónica del mitin anunciada, que se debería celebrar a las cuatro de la tarde en el recinto del Velódromo de Invierno. La Policía había suspendido el acto. La acusación que se hacía a los dimisionarios o expulsados era bien clara. Se les acusaba de haber criticado públicamente al comunismo por sus brutales actos de represión en Hungría. Se les acusaba de «indisciplina», según palabras de «L'Humanité».

Sin embargo, había que hacer una pequeña distinción. Donde el órgano comunista de Francia decía «expulsión» había que leer esta otra: «dimisión». Así estaba todo más claro. El mismo día en que los mil tanques rusos abandonaban la frontera húngara y entraban en Budapest a saco por la ciudad, André Mauriac enviaba una carta breve y laconica a la sede de la sociedad «Francia U. R. S. S.», a la que hace más de diez años que pertenecía. Mauriac, el viejo funámbulo de la filosofía política, el moderno Blondine, que a fuerza de contradicciones ha olvidado sus opiniones propias, el eterno amante de la peligrosa coquetería política siempre a un paso del comunismo, cuando no de la herejía en materia dogmática, se expresaba en estos términos en su carta al secretario de la sociedad filocomunista «los sucesos de Hungría no permiten seguir perteneciendo a la asociación».

El mismo día, en la misma asociación se recibía otra carta firmada nada menos que por uno de sus socios fundadores. El viejo político, santón del partido radical y preboste mayor del republicanismo francés, Eduardo Herriot, con sus ribetes de intelectual, desgarraba sus vestiduras ante la «Francia U. R. S. S.» con estas palabras:

—No hemos podido llegar más bajo. Todos los hombres libres deben sentirse obligados a romper con el comunismo. Es una obligación y un derecho.

La grieta estaba ya abierta. Los capitolos del intelectualismo francés que un día arastraron a la juventud para ponerla en el peor de los disparaderos, comenzaban a girar en redondo. Ahora sería fácil hacer recordar a Mauriac, por ejemplo, sus errores y sus acerbas filípicas liberales a todo y a todos los que no respirasen filocomunismo.

Un grupo de escritores de la extrema izquierda siguieron la postura de Mauriac. La novelista Simone de Beauvoir, tan celebrada por sus «Les mandarins» y tan amiga de Sartre, encabezaba otra lista de dimisionarios. En ella iban los nombres de Vecor y de los escritores comunistas Claude Roy, Roger Vailland, Rolland, afiliados al partido con una veteranía de cinco años el que menos.

—Protestamos contra el imperio de los cañones, porque en la fuerza de los tanques no creemos que esté la libertad.

La protesta no dejaba de expresarse en términos retóricos. Y muchas veces la retórica es el mejor sinónimo de la cobardía del miedo. Un mínimo de exigencia moral, de sinceridad, la mínima dosis de lógica en el pensamiento o en la conducta obligaban a estos hombres a rasgar las vestiduras ante el valor de estos millares de húngaros que en su patria han muerto por defender su auténtica libertad.

UNA BOMBA LLAMADA «SARTRE»

—Condeno enteramente, y sin ninguna reserva, la agresión soviética de Hungría y repito que el actual Gobierno ruso ha cometido un crimen.

Jean Paul Sartre, el oráculo del existencialismo comunista francés, lanzaba este anatema contra las huestes que hasta ese día le habían contado entre sus filas. Cuando en París se corrió el rumor de que el anciano filósofo tenía algo importante que decir y que lo diría sin perder tiempo, los millares de jóvenes universitarios parisinos que pueblan el barrio latino o el bulevar de Saint Michael o las calles que circundan Saint Germain, se preguntaron dónde establecería su tribuna el pregonero existencialista. Hace cinco años, la voz de Sartre era bastante conocida por los jóvenes franceses. En esta ocasión, el filósofo supo escudarse, en su retirada a medias, tras las columnas de «L'Express». El periódico agotó fácilmente sus ejemplares en ese día.

Tampoco Sartre, entretenido en sus falsas y equívocas elucubraciones filosóficas, había descubierto hasta ahora la trampa y el engaño del comunismo. Es más, había sido uno de los más acérrimos

defensores que el comunismo podrá encontrar en sus quintas filas internacionales. Escritor de pluma fácil y agilísima, supo encontrar, rebuscando entre las oscuridades de la «angustia» y del «tedio» existencial, una excusa demasiado fácil y rampona para justificar una postura política excesivamente comprometida. Eran los días en que la juventud de Francia tenía puestos sus ojos en el que ya había de consagrarse con el pomposo título de «maestro de las juventudes». En los personajes de las obras teatrales de Sartre hay una constante preocupación: la libertad. Conseguida y hacer que nada ni nadie la arrebatase es el nudo y el desenlace de la «Nausea», por ejemplo. Hoy, Jean Paul Sartre hace una acusación directa a quienes, valiéndose de la fuerza armada, han robado a un pueblo su ansiada libertad. Era natural que el filósofo se expresara de este modo y que sus palabras fueran duras y fuertes. Sin embargo, hoy Sartre no ha tenido tiempo de meditar y hacer sus reflexiones de filósofo sobre la causa que ha producido este bochornoso y ultrajante ataque a la libertad de un pueblo. Ha visto, tras sus gruesas gafas de miope con muchas dioptrías, los hechos aislados, mientras le llegaban frescas las noticias de la sangre derramada en las calles de Hungría. Su condena ha sido sólo para el hecho concreto, para la ignominia descubierta por el ruido de la metralla y de los tanques soviéticos. Sartre no ha querido ir más lejos.

El origen del escándalo de Hungría—ha venido a decir el existencialista—está en el informe de Krustchev, excesivamente generoso en descubrir las atrocidades rusas. Sartre no ha querido siquiera disimular su cinismo, ya que se ha atrevido a decir:

—El resultado del informe Krustchev ha sido descubrir la verdad a masas que no estaban preparadas para comprender esta horrorosa narración de crímenes y faltas, lanzadas sin explicación, sin análisis histórico, ni prudencia.

—De momento no se puede hacer otra cosa que condenar... Yo rompo con sentimiento, pero enteramente, mis relaciones con los escritores soviéticos que no denuncian—o no pueden denunciar— el crimen de Hungría. Ya no se puede tener amistad con la fracción dirigente de la burocracia soviética: es el horror quien domina.

En el extenso artículo de Sartre aparecido en «L'Express» no hay otra cosa. Una condenación clara a la injusticia. Pero la injusticia es siempre condenable y más por un intelectual.

Es claro que no debería haber lugar para el confesionalismo. El comunismo ha quedado una vez más al descubierto. Los que ayer más al predicaban en las largas y enmarañadas páginas de los libros y de los artículos cerebrales, aparecen hoy en desbandada. Los sucesos de Hungría han tenido, al menos, este efecto. Sin embargo, abandonar es poco cuando se descubre, aunque sea tardíamente el error y la falsedad. La cobardía no puede ser nunca el refugio o la excusa para tomar posiciones claras y sinceras.

Momento de izar la bandera española en la terraza del edificio de la ONU



A LOS DIEZ AÑOS, POR LA PUERTA GRANDE

ESPAÑA, EN LA ARENA DE LAS NACIONES UNIDAS

EL "CASO ESPAÑOL", CASO DE PAZ

EN la misma orilla del East River, en Nueva York, esquina a la calle 42, se alza como una enorme caja de cerillas de aluminio y cristal el edificio de las Naciones Unidas. Desde sus amplísimos ventanales pueden divisarse los gigantescos puentes que cabalgan sobre el River, o hacia el Oeste, los rascacielos de Manhattan, como el Empire State Building, con su «faro de la libertad».

Dentro de este, inmenso edificio, constantemente azotado por el viento, hormiguea y brujulea un mundo babélico, quintaesencia del

cosmopolitismo del siglo en que vivimos: Diplomáticos de casi todas las naciones de la tierra, y periodistas que han llegado aquí desde todos los puntos del globo. Unos y otros se mezclan, charlan, intrigan, en los salones de delegados, con un vaso de «scotch» en una mano y un cigarrillo rubio en la otra. Hacen rancho aparte los del grupo afroasiático, gente de color a veces con turbú o turbanete, delante de sus humeantes tazas de aromático té, y de vez en cuando impresiona a la abigarrada Asamblea una bellísima muchacha india, con su sari, que cru-

za con un bloque de cuartillas en una mano y un pitillo en la comisura de los labios; o una etiope vestal de ébano, que busca al embajador de su país.

Cuando va a reunirse el Consejo de Seguridad o la Asamblea General, acrece la espectralidad y la animación. Salones y pasillos aparecen llenos de curiosos, que nadie sabe quiénes son, y los cotarros internacionales se escandalizan. Los altavoces ganguean avisando a los periodistas para que pasen a recoger los tiques de entrada en las tribunas reservadas a la Prensa, o los «releases»



Ante la Asamblea General de las Naciones Unidas se presenta el llamado «caso español»

que anticipan todo lo que va a ocurrir para que los corresponsales alcancen al cierre de los diarios de Tokio, de Berlín o de Madrid.

Por los pasillos y salones de esta Babel de la paz colectiva, sorprendemos las caras de «sos personajes que divulgan casi diariamente las agencias fotográficas de todo el mundo. Vemos al hindú Chrisma Menon, apoyado, como un dandy, en su bastón de junco y flanqueado por dos desamparantes secretarías vestidas como sacerdotisas de Siva, y que traen al retortero a casi toda la concurrencia masculina. Cuando va a hablar Menon, la gente se las promete muy felices. Su inglés es perfecto, y su retórica, británica, de la buena, con sus sabias mezclas de humor, de sarcasmo y de demoledora amabilidad. Menon siempre tiene audiencias populosas; como los buenos toreros, llena la «plaza» hasta el «se han agotado los billetes». De vaciarla se encargan los oradores latosos, que ya están catalogados como una peste. En cuanto el presidente le concede la palabra a uno de estos especialistas de la tabarra, el público sale de estampía, a refrescar el gáznate en el restaurante del 4.º piso, o en el «bar»—exento de impuestos—de la planta de delegados.

Después está el yugoslavo Alex Bebler, el «pequeño Talleyrand» de Tito, que anduvo con las Brigadas Internacionales, en España, y que resultó herido en el frente de Teruel. Es menudo, rubio, pul-

cro y carga el inglés con un fuerte acento croata. Bebler es el hombre para salir de los callejones sin salida. Cuando ya nadie sabe qué partido tomar, él sugiere una salida de emergencia, algo así como la escalera contra incendios. Fué Bebler quien al dejar fuera de combate el inglés y el francés al Consejo de Seguridad, el 29 de octubre pasado, a raíz del ultimátum a Egipto, sugirió: «Lo que procede hacer ahora es convocar a la Asamblea General en sesión extraordinaria».

Entre las «estrellas» de estos últimos debates están el egipcio Lutfi, que jamás pierde la calma, pase lo que pase; el israelí Eban, que es el hombre de la documentación meticulosa, exhaustiva; el norteamericano Lodge, simple, pero que jamás divaga y el canadiense Pearson, exacto como un reloj suizo, que sabe centrar como nadie una cuestión y puntualizar sin salirse del tema.

Ahora va también para estrella de las Naciones Unidas el jefe de nuestra delegación, Lequerica, que, como buen español, es un maestro en el arte de la improvisación y del peloteo rápido y certero. Su primera intervención ante la Asamblea General se cerró con una salva de aplausos del público oyente, y de la Prensa, aunque tales manifestaciones están prohibidas por el Reglamento, y aunque el presidente de turno recuerda esta norma reglamentaria después de cada salva de aplausos. En medio de tantas voces me-

lifluas y pausadas como allí se oyen el cascado vozarrón de Lequerica resuena como un tambor.

NI HUERFANOS NI VIUDAS

Y bien amable lector; este es, poco más o menos, y rápidamente abocetado, el ambiente casero del edificio de las Naciones Unidas, del Monopolio de la Paz, como dijo hace poco Belaúnde, con su retórica un poco finisecular, de parlamentario suramericano, pero siempre grata porque, entre otras cosas, Belaúnde, además de un Quijote peruano, es el patriarca y probablemente el decano de las delegaciones permanentes en la O. N. U., donde veintiún repúblicas del árbol hispánico imponen como lengua doméstica el castellano, sin contar con los portorriqueños, que forman parte del «staff» del restaurante.

Aquí, dentro de esta imponente «caja de cerillas» puesta de pie, con su acero, su aluminio y su cristal, se entrecruzan los tiros rasantés de todos los estilos diplomáticos del mundo, imponiendo los orientales su finísima sutileza mental a la lógica mecánica de los occidentales, el espíritu al logos, como si dijésemos. Y aquí es donde la Asamblea General está llenando su XII período ordinario de sesiones, lidiando esos formidables toros o minotauros que son Hungría y el Oriente Medio. Dos grandes temas de política internacional, que no son, por desgracia fantasmas o delirios de la imaginación o de la mala uva.



Sobre el tapete, la admisión de nuevos miembros. España ingresaría con otros quince países

Porque, señores, no siempre las Naciones Unidas se han echado toros a la cara; en sus comienzos, sobre todo, vieron los toros desde la barrera, o simplemente torearon de salón sombras chinescas.

¿Se han olvidado ustedes ya? Quizá mereciera la pena olvidarlo; quizá no. Pero por si acaso, vamos a recordarlo. Este mismo organismo internacional que ha tenido que pasarse la vida justificándose a sí mismo, tarea que no siempre ha sido fácil, impuso a España un día, allá por 1946, hace casi exactamente diez años, unas sanciones económicas y diplomáticas basadas en que nuestro país constituía una amenaza para la paz del mundo. Incluso se nos acusó de estar fabricando bombas atómicas en Ocaña.

Diez años han bastado para pulverizar aquella fabulosa historia inventada por aquel polaco Lange del que no hemos oído hablar más, que tal vez se haya muerto de garrotillo o que a lo peor vive en Varsovia, o Dios sabe dónde. ¿Cuántas veces estuvo amenazada la paz del mundo, en estos diez últimos años? Tenemos, sin ir más lejos, la guerra de Corea, el bloqueo de Berlín, la guerra de Indochina, y ahora, últimamente, el ataque a Egipto y la sublevación húngara. No podemos quejarnos. La paz ha corrido y sigue corriendo bastantes peligros, en este sentido está muy solicitada.

Sin embargo, en ninguno de es-



A la derecha, Gromyko pronuncia un discurso reclamando la intervención extranjera contra España

tos tiberios ha figurado para nada el nombre de España. Desde 1939 nuestro ejército no ha disparado un tiro contra nadie, no ha hecho una sola viuda ni un solo huérfano, ni ha derribado una sola casa. Por el contrario, nos hemos dedicado a recoger niños dejados en la orfandad por

las armas de otros países que jamás constituyeron un peligro para la paz del mundo, y que en consecuencia no fueron sancionados como tales, y también nos hemos dedicado a dar asilo político a esos millares de refugiados del otro lado del telón de acero, que de vez en cuando recorren las ca-



Un espectáculo habitual en la O. N. U.: Vichinsky dice «no»

lies de Madrid pidiendo libertad para sus patrias lejanas y satelizadas.

En cuanto a lo de las bombas atómicas de Ocaña, este fenomenal bulo sólo pudo prosperar gracias a la enciclopédica ignorancia que existía en el mundo sobre lo que es y lo que cuesta una bomba atómica. Ahora que vemos que para realizar el programa «átomos para la paz» tienen que mancomunarse sus esfuerzos económicos varios países europeos mucho más ricos e industrializados que España, podemos darnos cuenta de hasta qué punto la idea de fabricar bombas atómicas en Ocaña era algo así como ponerle farolillos de colores a la Vía Láctea.

UNA PARADOJA QUE CLAMA AL CIELO

Claro está que todo esto eran pretextos para meternos la cornada. Sólo cabe discutir, en este caso, la calidad y oportunidad de los pretextos. No podían durar más de lo que duraron, y lo milagroso es que duraran tanto. En fin no vamos a darles a ustedes la lata recordando las grotescas piezas de aquel rompecabezas. Las cosas fueron como fueron, y que con su pan se lo comían aquellos países que tuvieron tragaderas lo suficientemente amplias como para pasar por el gornate tan kilométricas mentiras y sandeces.

No nos duelen prendas, repetimos, porque todo aquello se lo llevó el diablo. Pero como estamos haciendo historia, pequeña

historia, y cuando uno se mete en estas faenas debe ser riguroso, tal vez no esté de más recordar que habiendo sido España, en 1946, tan fácil y alegremente sancionada por nada, porque sí, porque a unos cuantos países les dió la real gana, en cambio, esa misma Organización de las Naciones Unidas se resistió encarnizadamente a condenar y sancionar como agresoras a Francia, Inglaterra e Israel, por un lado, y a la Unión Soviética por otro, pese al hecho absolutamente inescamoteable de que las tres primeras han saltado por las buenas al cuello de Egipto, bombardeando sus ciudades, sus puertos, sus carreteras y, pese al hecho, igualmente inocultable, de que la última, Rusia, a paseado y está paseando todavía las cadenas de sus tanques de sesenta toneladas sobre las tripas de los patriotas húngaros.

Es una paradoja que, por supuesto, clama al cielo. Que la pacífica, tranquila y atareada España—atareada en rehacerse de sus propios males—, fuese condenada al aislamiento por cuatro calumnias groseramente montadas y que Francia, Inglaterra, Israel y Rusia hayan salido de sus bellas querías limpiamente, sin una mala nota por escrito, en su «expediente personal», es algo que demuestra que o las Naciones Unidas se pasaron de «severas» en 1946 o se están pasando de «blandas» en 1956. En esta dispar conducta, sólo a diez años

de distancia, no hay coherencia, ni sabiduría, ni nada. No hay más que arbitrariedad, elevada a la categoría de ley internacional.

En realidad, las Naciones Unidas comenzaron a comportarse sensatamente sólo cuando se quebró la alianza de tiempo de guerra entre la Unión Soviética y las democracias occidentales, y se pudo distinguir lo negro de lo blanco; es decir, distinguir a los que deseaban la paz de los que no la deseaban, a los que admitían la vigencia relativa del derecho de gentes, de los que no la admitían. Cuando se salió de aquella oscuridad en que vivió la Organización internacional a la sombra del botín de guerra y de los compromisos contraídos en aquella cadena de conferencias secretas que van de Yalta a Potsdam, se vió que todos los gatos no eran pardos y que, en todo caso, había unos gatos que deseaban comerse a los otros. Se estableció, con todas sus consecuencias, la política de los dos campos, a un lado los que querían devorar y a otro los que no querían ser devorados, y en la O. N. U. se inauguró aquella deliciosa etapa de los vetos soviéticos en el Consejo de Seguridad, y de los portazos y dieterios de Vichinsky y sus sacristanes menores, hoy jefazos de la diplomacia rusa: Gromyko, Malik y ahora el gris y parsimonioso Sobolev, imperturbable ante las risas del público cuando habla del derecho de los pueblos a la autodeterminación y de otras lindezas por el estilo.

Por desconcertante que resulte, es preciso llegar a la conclusión de que lo que salvó a la O. N. U. de convertirse en un instrumento vindicativo y en un dispensador de represalias y de injusticias, fué la división de sus miembros en dos bandos, rompiendo una artificiosa unidad de criterio colectivo y la preocupación por el mantenimiento a todo trance de esa unidad, que fué lo que permitió la comisión de una injusticia tan flagrante con España. La fractura de la O. N. U. en dos bandos delimitados y conscientes de sus discrepancias formales y esenciales, dió lugar al nacimiento de una dialéctica y de una lógica impuesta no por los principios, sino por las realidades. ¿Qué sentido tenía, por ejemplo, hablar de la seguridad colectiva, por encima de la realidad, que delataba una inseguridad también colectiva? ¿Cómo identificar los intereses de la Unión Soviética con los de aquellas naciones que se sentían directamente amenazadas en su vida por la voracidad de la misma Unión Soviética?

ALGO TENEMOS QUE DECIR

Pues bien: con la ruptura, con la división del mundo y de las Naciones Unidas en dos campos, según la terminología empleada por Andrei Zdanov en la conferencia de Varsovia, constitutiva del Kominform, vinieron las primeras luces sobre él en su tiempo famoso «caso español». Todo el artificio montado para condenarnos y represaliarnos quedó como una cáscara hueca y pestilente, y la misma Organización Internacional que en 1946 nos proclamó peligro potencial para la



El embajador de Estados Unidos en la O. N. U. felicita a nuestro representante, José de Erico, por su ingreso en las Naciones Unidas

paz del mundo, encontró ridícula e injusta esta proclamación, y por eso el 16 de mayo de 1949 cuarenta de las cincuenta y nueve naciones que entonces pertenecían a las Naciones Unidas revisaron el desaguado de 1946 y dieron carpetazo al «caso español».

Ahora, en esta XII sesión ordinaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas, y anteriormente en la sesión de emergencia, España, tras haber ingresado por la puerta grande en la Organización, ocupa su puesto en el estético edificio del East River, y como tiene algo que decir en esto de las relaciones entre las naciones, lo dice, con imaginación y con un criterio constructivo. En el primer discurso pronunciado por Lequerica ante la Asamblea General, está el origen de esa resolución que tanto juego está dando todavía, de enviar a Hungría una comisión investigadora de la O. N. U. El delegado español sugirió, como quien no quiere la cosa, que puesto que estaba pensando —entonces— en enviar a Egipto una Policía internacional para separar a los contendientes, no veía por qué no había de hacerse otro tanto en Hungría, también para separar a los contendientes, en este caso el Ejército Rojo y los patriotas húngaros. La sugerencia fué captada en seguida por la Asamblea, y de aquello a proponer la creación de la Comisión investigadora, no hubo más que un paso. En aquella ocasión, co-

mo decíamos más arriba, Lequerica se ganó la ovación de la tarde por parte del público, habituado ya a saltarse el reglamento de la casa.

De lo que España tiene que decir en la O. N. U. son el mejor exponente las palabras de nuestro Ministro de Asuntos Exteriores, pronunciadas en la noche del 13 de noviembre, con motivo de la reunión en sesión plenaria de la Asamblea General.

«Dejar morir a un pueblo, como dejar morir a un hombre, es una forma hipócrita de matarle. Las manos no se manchan de sangre, pero las conciencias se cubren de lodo. España responderá siempre con presteza y denuedo a la llamada en servicio de toda causa justa.»

España en la O. N. U., por boca de su Ministro de Asuntos Exteriores, ha fijado su justa posición al aludir, sin nombrarlos, al cuerpo vapuleado en carne y en derecho de Egipto, y al semicadáver, en la total, de Hungría.

CREDITO DE CONFIANZA

Para terminar este trabajo diremos que los españoles hemos sido «formados» en cierto desdén hacia las Naciones Unidas y en la duda sobre su eficacia. Muchos pueblos, comenzando, sobre todo, por el norteamericano, comparten este criterio, pero si tuviésemos que justificarnos añadiríamos que es bastante razonable tal actitud nuestra después de todo lo que pasó. Nadie puede discutirnos este derecho ni encontrarlo irracional.

Pero una de las cosas que hay que revisar periódicamente es el capítulo de agravios y prejuicios y, personalmente, pensamos que, para nosotros, ha llegado la hora de hacer esa revisión y de comenzar a depositar una cierta confianza e incluso ilusión en el futuro y en la eficacia de las Naciones Unidas. Pertenece al mundo de vuestras ideas y de nuestras convicciones el creer en la eficacia de la razón, cuando se tiene, y del intercambio de opiniones, en voz alta, en un foro universal. Y en este sentido, la O. N. U. puede ser útil a la paz y a la humanidad. Lo menos que podemos decir de ella es que es mejor que exista a que no exista, y puesto que ahora España es miembro de esa Organización, nada de lo que le ocurra puede sernos ajeno, en el éxito o en el fracaso. Además, fuera de la O. N. U. las pequeñas potencias, planteada como está la lucha por la hegemonía mundial, no tienen canales para expresar su manera de sentir y pensar los problemas internacionales, atacados siempre desde las alturas de los tres, los cuatro o los cinco grandes. Si somos lo suficientemente modestos como para no querernos hacer pasar por «grandes», como Francia, por ejemplo, encontraremos en esta razón una razón más para concederle a las Naciones Unidas, en el futuro, un crédito de confianza y de longevidad.

M. BLANCO TOBIO

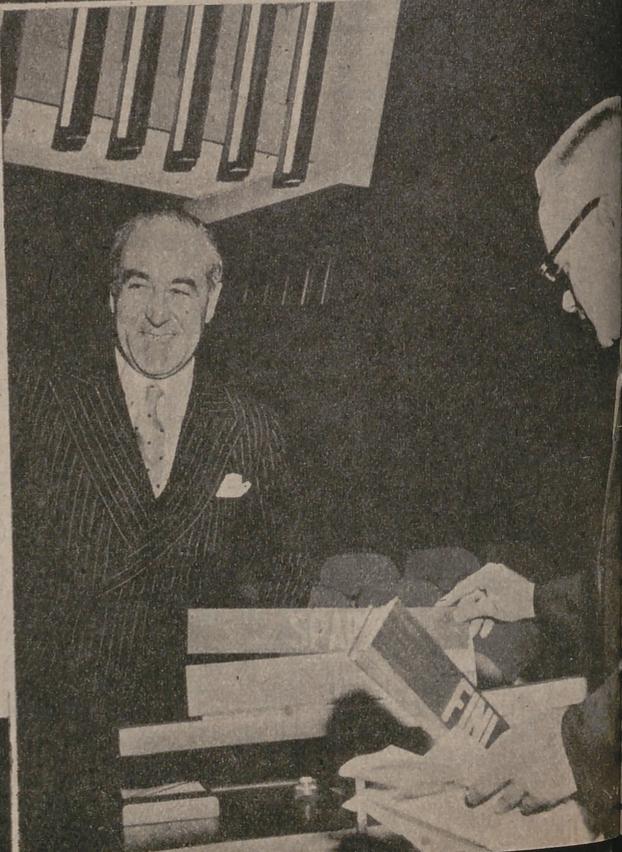
EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



**A LOS DIEZ AÑOS,
POR LA PUERTA GRANDE
ESPAÑA, EN LA ARENA
DE LAS NACIONES UNIDAS
EL "CASO ESPAÑOL"
CASO DE PAZ**



Arriba: El Ministro español de Asuntos Exteriores es despedido en Barajas por Mr. Lodge, al trasladarse a Nueva York.—Derecha: José Félix de Lequerica, embajador de España en la O. N. U.—Abajo: El conde de Motrico recibe la placa con el nombre de España para el pupitre reservado a nuestra representación